

DGCL
A

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T'SERCLAES

N.º de la procedencia

8360

IMPRESIONES Y... ALGO MAS
DE UN PEREGRINO ANDALUZ
A AVILA Y ALBA DE TORMES

T.H.: 134467
C. 1207809

IMPRESIONES Y... ALGO MÁS
DE UN PEREGRINO ANDALUZ
A AVILA Y ALBA DE TORMES

III Centenario de la Beatificación

DE

SANTA TERESA DE JESUS
1614 -- 1914

*Sacadas a la luz pública para solaz, esparcimiento
y edificación de todos los buenos españoles,
devotos de la inclita Virgen y Doctora Abulense*

POR EL

SR. LDO. DON RAFAEL RODRÍGUEZ GARCÍA

PRESBITERO, CURA ECÓNOMO DE LORA DEL RÍO



SEVILLA.-1914

IMPRESIONES Y... ALGO MAS

DE UN PEREGRINO ANDALUZ

A AVILA Y ALBA DE TORMES

III Centenario de la Beatificación

SANTA TERESA DE JESUS

1614--1914

Recuerdos a la gran santa con estos recuerdos

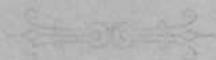
y reflexiones de todos los buenos españoles

de todos los puntos de España y de los

por el

SR. D. DON RAFAEL RODRIGUEZ GARCIA

presbitero, cura ecónomo de Lora del Río



Impreso en la oficina tipográfica de EL CORREO DE
ANDALUCÍA, Albareda 17.-Sevilla.



R.103767

DEDICATORIA

Al Emmo. y Rvmo. Sr. Cardenal Almaraz y Santos, Arzobispo de la Archidiócesis Hispalense.

Aceptad benigno, Emmo. Sr., este, no se si llamar aborto o parto feliz de mi tosca pluma: a nadie, mejor que a su Eminencia, puede y debe dedicarse este trabajo, por haber sido Vos el organizador de esta empresa, digna por todos conceptos de eterna loa.

Si la recibís, con el gusto al menos con que yo la encomiendo y coloco bajo tan lucido pabellón, doy desde ahora por descontados el éxito y buena acogida de este mísero libreo; pues no cabe recomendación ni influencia mayor que el nombre del benemérito teresiano Cardenal Arzobispo de Sevilla; ni por mala y ruín de parte mía, dejará de valer obra en la que la simpatísimas Virgen Avilesa, la gran Teresa de Jesús, es la figura principal y el sol radiante que atrae todas las miradas y los corazones todos.

Disimulad y pasad por alto, muy por atto, Sr. Eminentísimo los lunares de estas mal perjeñadas líneas; y suplan estos garratales defectos mi antigua devoción a la Santa Castellana, y la veneración y afecto que os tiene vuestro humilde y respetuoso súbdito.

El Autor. 2



PRÓLOGO

Lector amado y a la vez temido: Este Prólogo, cuyo recuerdo ha constituido mi angustia y pesadilla durante muchos días, muy bien pudiera titularse... ¡Fatales consecuencias de un suculento almuerzo!

¿Por qué...? ¡Muy sencillo!

Yo, como varios amigos y compañeros peregrinos, tuve la suerte o..., desventura durante nuestra estancia en Alba, de ser alojado del sin par hostelero, que vió la luz primera en Macotera.

Como natural consecuencia de esta desventurada aventura, salimos de Alba de Tormes, contentos sí, y risueños y filarmónicos,—que nunca la alegría dejó de ser patrimonio del Grupo de mi pueblo ; pero con las naturales consecuencias de tanta frugalidad en el yantar.

A la siguiente mañana llegamos a Cáceres, en cuya estación esperábame un queridísimo amigo que, brindándome con mullido asiento en un lujoso landeau, me hizo conducir a uno de los mejores hoteles de la población. Cuando volví al tren, me hallaba transfigurado: ¡oh mágico poder de la piztanza! ¡tal y tan grande es el influjo que ejerce una buena mesa!

La satisfacción me embargaba, y en aquel momento en que refrigeraba mi antes debilitado estómago, y en que creíame capaz de conquistar un mundo, fué cuando el autor de este libro me pidió hiciese el prólogo. ¡Y cuidado si va diferencia

de hacer un prólogo a conquistar un mundo! Sin embargo, yo que me creí capaz de lo segundo, no acierto a lo primero.

Que el Cura de Lora es hombre listo y sabe lo que hace, es cosa olvidada de puro sabida: que el Cura de Lora ha cometido una grave torpeza, un error lamentable, al pedirme prologue su amentsimo libro, es otra grande y meridiana verdad. Supongamos, y es mucho suponer, que los lectores en vez de comenzar por el primer capítulo de este Viaje archicélebre y empezar desde luego saboreando el ingenio y la sal que por doquier rebosa el libro, tuviesen la ocurrencia o sintiesen la curiosidad de saber lo que dice el prologuista, ¿acabarian de leerme?

Y si luego comparan lo desmirriado de mi ingenio con los esplendores del suyo, ¿no condenarán mi atrevimiento, que osó poner mácula en libro, todo él tan limpio, ameno y bello?

De la personalidad del autor poco tengo que decir: y no porque ella no sea lo suficientemente interesante para llenar mil páginas, sino porque su popularidad hace que todos sepan de sus méritos tanto como yo.

El Cura de Lora es Cura de veras, de los que no temen a los trabajos ni a los sacrificios, de los que no desdeñan la ocasión de hacer el bien, sino que por el contrario, buscan y preparan las ocasiones. Trabajador infatigable, elocuente predicador, inspirado poeta, escritor brillante.

Así se explica que, al empezar la Peregrinación, fuera uno de tantos; en mitad de ella, una figura principal, y al fin, una verdadera institución. A él recurren todos, viajeros de las tres clases: quien le pide un cigarro puro, aquel otro caramelos, quién bombones, alguno, una... pastillita de aspirina, quién fiambres, café... ¡hasta helados! Y no pocos buscaban la sal y el donaire de su andaluza charla.

Y para todos tenía e iba... provisto: para el fumador, para el goloso, para el hambriento y para el hablador. Y a todos trata con cariño, y todos se separan satisfechos de su lado.

Este hombre, verdadero prototipo de nuestra raza hidal-

ga, caballeroso, liberal hasta el extremo de no presenciar una lástima que deje sin socorro, virtuoso sin mojigaterías, exacto cumplidor de su penoso deber de Párroco, galante y bondadoso; que con igual destreza hace un soneto que dirige a los fieles emocionante plática, y lo mismo organiza una jira a Seffilla que unos ejercicios piadosos, este hombre acometió la empresa de ser el cronista de nuestras andanzas.

Sus Impresiones y... algo más de un Peregrino andaluz a Avila y Alba de Tormes constituyen un libro amenísimo que deben leer todos cuantos fueron peregrinos, y conservarlo como recuerdo y verdadera historia de nuestras aventuras por tierras de Castilla: y los que no formaron parte de la peregrinación, también deben leerlo, pues sólo de este modo se darán clara y exacta cuenta de lo que ésta fue y de cuanto en ella pasó.

Maestro en el difícil arte de narrar, logra el autor en este libro llevarnos al final sin fatiga alguna, a pesar de lo extenso que es y de parar en todo detalle y pormenor; y de tal modo deleita, que difícilmente se interrumpe su lectura, una vez comenzada.

Haciendo gala de sus conocimientos artísticos y arqueológicos y de su refinado buen gusto, resultan sus Impresiones una verdadera Guía artística de gran valor, con descripciones de los principales monumentos de las poblaciones visitadas.

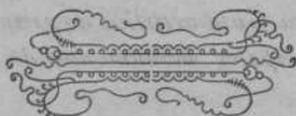
Constituye un acierto la inserción de los trabajos leídos en la Velada que se celebró en Salamanca; porque ello da ocasión de saborear las exquisiteces de los poetas Sres. Muñoz y Pabón, Moreno Maldonado, Buendia, Montoto y Sedas, y su celeberrimo y nunca bien ponderado Romance heroico-humorístico, como también los periodos esculturales y brillantísimos del discurso del Sr. Siurot.

Y luego, como si todo ello fuera poco, como si el libro en sí y cuanto en él se narra no fueran bastante para hacerlo deseable, el Cura de Lora, en un rasgo que le honra y que pone de relieve su fe y su generosidad, dedica su obra y

los productos de ella, a la Santa más española y a la española más Santa; a la sin par Teresa Cepeda y Ahumada; a la inclita y celestial Teresa de Jesús, la Virgen Castellana, la Santa y sabia mujer que con un pobre hábito por vestido, y la pobreza por capital, pero con un corazón destrozado por el amor divino, dió más gloria a España que cien legiones de héroes, de artistas y de sabios.

José Montoto y G. de la Hoyuela.

Lora del Río y Julio 28 de 1914.



CARTA ABIERTA

Señor D. Rafael Rodríguez García, Pbro.

Mi muy respetable Sr. Cura y ex-Jefe queridísimo: Con harta pena de mi corazón echo mano del odioso y antipático ex, (¡horror de escribientes, temporeros y Ministros!), que me recuerda, como un sueño feliz, los breves días que bajo su paternal jefatura pasamos en la nobilísima e hidalga tierra Castellana, cuna de la más grande y simpática Santa, la insigne Doctora abulense.

Y digo que con pena, porque tan a poco me ha sabido la Peregrinación sevillana a Avila y Alba de Tormes, tan me he quedado con la miel en los labios y con un no sé qué indefinible y nostálgico allá en el alma, que muy de buenas ganas repetiría el viaje por el mes de Octubre, si los homenajes que se proyectan, cristalizaran en venturosa realidad.

Pero mientras tanto, he de conformarme con la lectura sabrosísima, y sin desperdicios, de sus Impresiones que dicho aquí para inter nos, me han resultado, como el viaje, muy breves por lo hermosa, muy alegres por la gracia soberana con que V. describe; y sobre todo, muy... verdad, algo como una cinta cinematográfica de verismo fidelísimo.

Prometí a V. unas líneas para la cabecera de su libro, y aquí las tiene, desmañadas y sin enjundia como mías; pero también como mías, rebosantes de sinceridad y afecto, y muy distancetadas de la vil lisonja.

Y deje V. que, para concluir, le diga que con su libro, va a pasar al revés de lo que ocurrió con aquel famoso picador de toros que, llevado a la enfermería, después

de monumental caída de latiguillo, oyendo decir al practicante que tenía rota la clavícula, exclamó todo lloroso y compungido:— ¡No me ha roto la... canícula! ¡me ha estropeado tó er verano!!

Su libro de V., a la inversa, vá a hacernos llevaderos y agradables los rudos calores estivales que sufrimos, y creo yo que hasta el invierno, y... ainda mais.

Mi enhorabuena más cordial, y mande y disponga V. de su devoto amigo y respetuoso exrecluta.

Q. B. S. M.

Francisco García López

Peregrino núm. 198, del Grupo núm. 20.

Lora del Río 25 de Julio de 1914.



TELON DE BOCA

Mucho mejor que con el teatral epígrafe que encabeza estas líneas, debiera yo haber bautizado esta Introducción con el manoseado título de... *Atando cabos*, o con ese obligado principio con que, cuando pequeñuelos, empezábamos todos los cuentos... ¡Pues señor... Era vez y vez!!!...

Porque, aunque no de fabulosa conseja, escuchada con la boca abierta al amor de la lumbre, se trata, sin embargo, después de efectuada felizmente la devota excursión, aún me parece un sueño, algo así como brillante película, sueño delicioso y cinta cinematográfica que han dejado sabores de mieles y que han sabido a poco a los que en hora buena *se arrancaron*, y liaron los bártulos para esta Peregrinación.

¡Qué rabia, y qué tirarse de los pelos ahora, al pasar los ojos por estos renglones, la de los *tentones*, los que dan *tres bocados a una pasa*, y que por no gastar unas míseras pesetas (¡muy pocas por cierto!), se han quedado repitiendo tardíamente aquello de... *¡ergo erravimus...!* que, traducido a la lengua vulgar, equivale a aquello otro de... ¡buenos tontos hemos sido...! ¡bien empleados se nos están nuestra apatía y nuestro... *conservadurismo!* ¡nos declaramos *lilas*... con toda la barba!

Yo por mí digo, y me atrevo a asegurarlo y afirmarlo en nombre de los peregrinos todos, que hemos disfrutado lo que no es decible, y nos ha pasado a la

mayoría lo que ocurre a los que entran de sopetón a practicar Ejercicios espirituales: que de ordinario (y valga la experiencia cotidiana), se entra con el ceño arrugado y murmurando entre dientes, y al tercer día... *se resucita* el espíritu, y sale uno más contento que unas castañuelas. Y es que, a medida que avanzábamos, nos iba echando el *gancho* Santa Teresa, y nos sentíamos por anticipado felicísimos peces, sólo de pensar que íbamos a caer en las redes de tan *sandunguera* Pescadora de almas.

Declaro, antes de que se me quede en el tintero, que ni quisiera ni debiera ser yo, quien emborronase estas cuartillas por temor de sentar plaza de parcial y apasionado, y por lo del bíblico decir: *laus in ore proprio vilesцит*; pero... ¿qué remedio?; a mí me tocó la *china*, y encomendándome a Dios y a su hijita idolatrada la Santa Andariega, yo os haré la descripción del Viaje más famoso que el de nuestro manco inmortal al Parnaso, y capaz por sus variados incidentes de dejar en pañales las fantásticas expediciones al Polo Norte de nuestros aventureros de guardarropía.

Después de todo, ni trato de conquistar laureles, (que solo me servirán para los clásicos guisos de patatas *viudas* en estofado), ni la presente obra va a tener otro mérito que una memoria a prueba de bomba para relatar todo lo visto, admirado y ocurrido, y una dosis de tan buena voluntad, que tape la boca a los Zoilos y Aristarcos que, escarpelo o azotes en mano, intenten hacer la disección o autopsia de este *bicho raro*; por anticipado ¡oiganlo bien!, me río de ellos y... de sus *santas intenciones*.

Porque, lo repito una vez más; no pretendo ganar fama de literato, (que jamás lo fui), ni de castizo hablista (que ya hace falta *tupé* para pretenderlo); y así no espere el curioso lector recrearse con primores y filigranas de estilo ni abismarse en torrentes desbordados de

imágenes de... cartón piedra más o menos. La índole de la obra reclama a voces que se digan y expongan las cosas, como ellas son, llana y corrientemente, sacrificando muchas veces los arameles retóricos a la verdad, dado caso que hiciesen falta retórica y artificios poéticos para relatar, *cálamo corriente*, un viaje de unos centenares de kilómetros.

Trátase, como en breve verá quien paciencia tenga para seguir leyendo, de hacer una narración lisa, llana y escueta, a lo mejor sin orden ni concierto, sin tiempo para limarla, sin humor para corregirla, a vuela pluma como quien dice; porque de perder el tiempo en esos menesteres... *correccionales*, el libro había de resultar algo más que *fiambre* y más duro de roer que el pan noémico y casi *subcinericio* que allá en Alba de Tormes nos prodigó el *cándido Macoterano*.

Se trata de presentar un album fotográfico, sacado, como es natural..., ¡del natural! y... ¡lectores, el daguerreotipo no mientel: aunque vaya V. a *disparar* la maquinilla para reproducir el entusiasmo de aquellas caras, el palpar de aquellos corazones, el júbilo santo de aquellas almas extasiadas ante la buena Moza que es el orgullo de Avila y honra y gloria de la castellana tierra...!

Allí, ni aquí, valen pinceles ni buriles, ni plumas; ni *placas* fotográficas para expresar tanta grandeza: yo al menos me confieso impotente; y si hay algún guapo que se atreva a pintar los escalofríos del entusiasmo, que dé un paso al frente, y que alce el dedo, para no confundirlo con la *insipiente gentecilla*.

De cuatro ideas sueltas, de unos mal hilvanados recuerdos, voy yo a zurcir esta Crónica, como capa de mendigo, abundante en multicolores remiendos: no soy, ni le llego a un zancajo a aquel orfebre florentino, el gran cincelador Benvenuto Cellini que, con cuatro piedras preciosas fabricaba una joya de arte: soy, a la in-

versa, un pobre platero de la Plaza del Pan (hoy del Señor de la Pasión), que en busca de plata vieja y con la arqueta al hombro, deambula de pueblo en pueblo a caza de gangas, y dispuesto a dar por joyel florentino unos pendientes falsos de la Casera del Corral de los Chicharos.

Pero si alguno, ya desconfiado con semejante noticia... *plateresca*, preguntase entre serio y burlón, y con cara boba de *catecúmeno*: ¿qué bien nos viene con la adquisición de las presentes *Impresiones*? Direle, y sin darle tiempo a replicar, que tres, como las hijas de Elena, y a cual más importantes y buenos, para diferenciarse de aquéllas:

1.º Para los que formaron parte en la Peregrinación Sevillana, un refresco de memoria sabrosísimo, un recuerdo de sus entusiastas correrías por los benditos lugares por donde, *acansinada*, anduvo tanto la Santa.

2.º Para los tontos de capirote que, *por amor de las perras*, se quedaron en casita, ponerles con esta relación los dientes largos, tan largos... que si se les hiciesen agua me reiría yo del Diluvio.

3.º y último. Para los que piensen acertadamente empuñar el bordón de peregrino y marchar a aquellos lugares, un *vade-mecum*, un guía ilustrado, un báculo, un lazarillo festivo.

Porque no crean los lecteres que, a tontas y a locas, pretendo yo dar tono ameno y escribir en prosa ligera, tan ligera que se pierde de vista, esta narración; y aunque no se me oculta que esto es tan difícil, como hacer un prólogo humorístico a una Tabla de Logaritmos o buscar un rato de esparcimiento en la Guía de Ferrocarriles, o un *chiste* en la *Gaceta*; así y todo, empéñome en rebosar este *buñuelo* en festiva salsa, para libramme al menos de escuchar de labios de algún Dómine Cabra el apabullante... ¡*poquito pelo y con muchas liendres!*

A los que les pareciera subidillo de precio el li-

brejo, sepan y entiendan que muy de buenas ganas de balde lo daría y con una ración de jamón en dulce para ayudar a leerlo; pero ¡válame Dios! que la impresión de... estas *Impresiones* es carilla, y me causaría mala impresión *desimpresionar* más pesetas para *impresionar* a los lectores: a más, que yo, sólo de oídas conozco el fondo de reptiles, ni recibo subvenciones de ninguna sociedad bancaria, ni... quiero quitarle su fama al célebre Sastre del Campillo.

Después de todo (y esto sería y formalmente lo digo), las dos pesetas serán una limosna (que Santa Teresa bendecirá) para ayuda de las importantes obras de la grandiosa Basílica Teresiana que en Alba de Tormes se está levantando, muy paulatinamente, por falta de recursos.

Con que, ¡a decidirse, peregrinos y devotos de la Seráfica Doctora del Carmelo! a comprar el libro, y por nada ni por nadie lo prestéis a esa nube de *gorrones* que pasan el día discutiendo el proyecto de la segunda escuadra, o si Joselito se trae más que Belmonte, y que no son capaces de largar, ni a tres tirones, las veinte perras gordas! ¡GUERRA A LA GORRA!

Y vaya como remate de este telón kilométrico, y para sentar las costuras de los que harto exigentes quieren por dos pesetas el Diccionario Enciclopédico de Espasa, vaya la respuesta que dió un Cura que cantaba bastante mal a una empingorotada señora, que fué a lamentársele en la Sacristía de lo desentonado que había estado en la Misa: ¡Señora! ¿por seis reales querria usted quizás un *Gayarre*?

Pues... aplíquense la moraleja los *regateantes*.

Y ahora... ¡manos a la obra!

Rezado el itinerario, bajo la protección del Arcángel S. Rafael y de aquel otro Arcángel sandunguero y resalado que se llamó Teresa de Jesús, con un pericón monumental bajo el brazo izquierdo, y con el rezumante

búcaro de la Rambla, bajo la *región axilar diestra*, entre el zumbar de colmena de la muchedumbre que se aglomera y al bienhadado anuncio hecho con estentórea voz por un *cheminot* que calza... *caligas alpargateras*,

¡Señores viajeros, al tren...!!

montamos en el estribo, nos santiguamos devotamente por lo que pueda tronar, y... empieza, ¡gracias a Dios! el

CAPÍTULO I.

De Sevilla a Madrid

El monstruo gigantesco (vulgo locomotora) se des-
pereza soñoliento, lanza un bostezo formidable que quie-
re ser pitido estridente, da una chupada... *tilánica* en el
veguero de su chimenea, y adornándose con sus vedi-
jas de blanco humo, respira fuerte y hondo, y avanza
por los rieles... (Y ¡quiera Dios que no se salga!)

Allá, a lo lejos, vése la Giralda con la estatua de la
Fe en su remate, y que parece darnos un tierno adiós de
despedida con el alegre voltear de sus campanas: en el
andén queda una multitud agitando sus pañuelos, algu-
nos de problemática blancura, y que semejan bandada
de palomas, también *problemáticas*, que levantan el vue-
lo: las ventanillas resultan escasas: todos quieren aso-
mar la cabeza sin temor a las caricias del Padre Sol que
pica más que Badila en sus buenos tiempos.

Al fin, y con algunas contusiones por causa del *aso-*
mo ventanillesco, se *adentran* las masas peregrinatorias a
sus respectivos departamentos; y tras unas miradas de
requisitoria a bultos y maletas, portamantas y sombre-
reras, búcaros y termos, que bailan en la red el tango
argentino, da principio el entusiasmo, pero entusiasmo
y alegría fraternales, que no decaen un solo instante.

Todos los peregrinos lucen el precioso distintivo
de la Peregrinación: ante nuestros ojos desfila la céle-

bre Puerta de la Barqueta con su chiquillería bulliciosa, que, en traje sicalíptico, chapotea en las aguas del caudaloso Guadalquivir, del río amigo que va a acompañarnos con sus brisas y rumores hasta la tierra de los *ronquidos*, la simpática Jaén. Ya hemos dejado atrás el Cementerio de San Fernando, y murmurado un *requiem* para que allá luengos años nos aguarden sus *callados vecinos*.

Todos, sin distinción de clases, corren de un vagón a otro para cambiar saludos e impresiones: y aquí uno saca el batín de crudillo para *dar golpe* y... evitar el polvo, allá otros rezan en coro *horas menores*: allí uno hace estudios topográficos abismado en la contemplación de un mapa que el viento balancéa; acá otros discuten, ríen, cantan....

¿Cantar he dicho? ¡Cada vagón resultaba un Teatro de la Opera en pequeño! Las voces de tiple de las peregrinas mezclábanse en *harmónico concierto* con las robustas de bajo y baritono de los peregrinos; y aunque al principio, cada cual tiraba por su lado por falta de ensayo del Himno, al fin, ya cerca del Empalme, hicieron las paces y *se empalmaron* las voces y varonil, valiente pujante retembló en los aires la estrofa 1.^a, que, cual saludo enviábamos ya a la Mística Doctora.

En mi afán de no omitir el más nimio detalle, ni pasar por alto nada que digno de mención sea, allá vá la letra compuesta para el Himno de la Peregrinación Sevillana por el inspirado vate, (viaja sin bata, que conste!) D. José Moreno Maldonado, canónigo Doctoral de Ntra. Santa Metropolitana Iglesia.

Dice así

Cantad a Teresa,
La galana flor
Que al cielo embelesa
Y a España da honor.

Resuene en Castilla
El himno de Fe,
Que entona Sevilla
Rendida a sus pies.

Arrullos de frondas
El himno tendrá,
Rumor de las ondas
Del Betis y el mar;

Rumor de sonrisas
Del leve aire azul,
Murmullos de brisas
Del suelo andaluz.

II

Teresa, eres gloria
Y eres claro Sol
De la clara historia
Del pueblo español:

Eleve sonoro
España hacia tí,
Armónico coro
Ferviente y viril.

Sus notas, su acento
Sean fiel expresión
De la Fe y aliento
De su corazón.

Tu amor lo reciba
Y por premio de él,
Haz que siempre viva
La española Fe.

Y ya que de canto se habla, que es casi lo mismo que hablar de perfil; y como no podían ni debían faltar en una Peregrinación de andaluces las notas típicas y



clásicas de esta bendita tierra con sus juguetonas *seguidillas* y sus coplas populares, alternando con el himno, y al seco son de palmadas batidas por muchas manos, allá desgranaron sus alegres notas por los campos de la Rinconada y de Brenes, cubiertos de doradas mieses. las siguientes *Sevillanas* y *Jotas*, regalo hecho a la Peregrinación por nuestro muy querido y batallador diario católico «*El Correo de Andalucía*,» representado en este viaje por su digno Administrador el Pbro. D. Antonio Otero y Maceas y por el Redactor Sr. Feria, que por cierto no tiene cara de ella. Y... ¡cuidado que lo he contemplado con detención!

Allá ván las coplas, cantadas sin guitarra, pero con toda el alma y... sudando la gota gorda, porque... *Apolo* apretaba de firme, sin respeto a que había peregrino que por temor al frío avilés venía con su chalequito de Bayona, enguatado por más señas, y su capa... casi pluvial, por si tenía que actuar de padrino en algún bautizo!

He aquí las coplas:

Cantares a Santa Teresa

SEVILLANAS

I.^a

De Sevilla venimos

A armar la fiesta;

¡Mucho más se merece

Santa Teresal

Que es una Santa

Que es preciso, señores,

Liar la manta.

2.^a

Avila sea bendita
Y Alba de Tormes,
Por ser cuna y sepulcro
De Santa enorme;
Enorme pieza
De santidad y gracia...
¡Santa Teresa!

3.^a

Su corazón bendito
Fué traspasado
Con dardo de oro fino
Filigranado.
¡Ay, Santa mía!
¡Traspasa el mío helado!
¡Sé tú mi guía!

4.^a

¡Que viva Salamanca,
Hispana Atenas!
¡Fuera melancolías!
¡Abajo, penas!
¡Que aquí Sevilla,
Con tóos sus peregrinos
De gozo chilla!

5.^a

¡Príncipe de la Iglesia,
Yo te venero,
Santos por apellido,
Sin ningún pero!
Que es gran nobleza
El tener por su Santa,
¡Santa Teresa!

6.^a

Cruge las castañuelas,
Si estás contento;
Y que viva Sevilla
Con D. Eugenio.
Que Andalucía
Está, tras su Teresa,
Loca perdía.

7.^a

El corazón suspira
Y el labio reza,
Ante la Santa insigne
Santa Teresa,
¡Olé Sevilla!
¡Que honra a la gran Doctora
Con seguidillas!

8.^a

Rasguea la guitarra
Con entusiasmo
Y cántale a Teresa
Del mundo pasmo.
¡Palmas y luces,
Y corazón se traen
Los andaluces!

JOTAS

Chiquío, si vas al Pilar,
Después de tu *Aragonesa*,
No busques Santa ninguna
Antes de Santa Teresa.



Zaragoza, su Pilar;
La de los Reyes, Sevilla;
Y Teresa de Jesús,
La gran tierra de Castilla.



¡Bendita sea Alba de Tormes
Que goza por norte y luz.
El corazón traspasado
De Teresa de Jesús!



Un baturrillo, por terco;
Dió por Pilar la cabeza;
Pero un avilés da más:
Da el corazón por Teresa.



El Ebro con sus arrullos
Aduerme a su Pilarica;
Y el Tormes, por no ser menos
Le canta a su Teresica.



Salamanca, Salamanca,
Con tóa tu Universidad,
Hoy te saluda Sevilla
Siguiendo a su Cardenal.



Pa gracia, la de mi tierra;
Pa Santos, Juan de la Cruz:
Y Avila para el salero
De Teresa de Jesús!



Si estuvieran aquí juntos
Senantes y Pablo Iglesia,
De fijo que se abrazaban
Al nombrar Santa Teresa.



Para activo, el catalán,
Para sal, el andaluz,
Y pa noble el castellano
Con Teresa de Jesús.



Gime, guitarrico, gime:
¡Canta, guitarrico, canta!
Que se hagan polvo tus cuerdas
Por la más garrida Charra!



¡Ay, Teresa de Jesús
Quiere tú, y que Dios lo quiera,
Que siempre remate en Cruz
Nuestra española bandera.



Deja, Teresa, que llore;
Pero enjuga tú mis lágrimas,
Y ya que española eres,
Acuérdate de la Patria.



Si tú lo pides a Dios,
¿Qué podra negarte a tí?
Pues no olvides a quien canta,
Acuérdate tú de mí!



Destemplado el guitarrillo...
¡Vaya, pues, la última copla!...
Con ella van los suspiros
Del pobre

CURA DE LORA.

No es mi ánimo, ni precisa para nada hinchar el perro, como se dice en la germanía de los chicos de la prensa; de estirar la cuerda, este viaje resultaría en tren de mercancías, y llegaríamos a Madrid quizás *momificados*.

Haciendo en la plataforma del vagón estos actos reflejos, pasamos por Cantillana, preguntando alguno si por *un casual* seguirá aun el diablo haciendo de las suyas en este bonito pueblo; y con detención de unos minutos en la *suculenta* Tocina, cuna de la Princesa de *Pringadosky*, atraen las ansiosas miradas las llanuras, tapizadas de verdes maizales, de Guadajoz y Azanaque por las que, y como respetuosa cohorte de municipales (de *los serios* ¿eh?) pasean su *nostalgia* las gordas y lucidas reses del ganadero Sr. Urcola, dispuestas a darle un susto al más arrojado émulo de Paquiro y Curro Cúchares.

El rechinar metálico de las ruedas del convoy indícanos que atravesamos un puente, sobre cuyo barandaje y a pesar del peligro que debió para ello sufrir el *calígrafo pontonero* se leen los tan sobados letreritos de...
¡Maura sí! ¡Biba Bermonte!

Y... la decoración cambia por completo: a ambos lados, sendos olivares y allá en el fondo, y como flecha lanzada al aire, distínguese el monumental *Espárrago*, como le llaman los limítrofes pueblerinos, la gallarda torre de Lora del Río, ojival hasta el cuerpo de campanas, y cubierta, a guisa de caperuza o montera, con una colosal *chocolatera* de Café económico.

El andén de la villa loretana semeja viviente hormiguero: ha pasado con demasía la hora de nona; y entre

los vítores entusiastas y nutridos aplausos de los loreños, de los enamorados devotos de la Serrana Virgen de Setefilla, hace irrupción en sus dominios, jadeante y sudoroso el largo tren especial de la Peregrinación; el Cura, al frente de diecinueve peregrinos de estos andurriales, hace la presentación al Emmo. Sr. Cardenal que rebosa alegría en su paternal semblante, de autoridades y Corporaciones religiosas, y tras los cumplidos de rigor en casos tales, y después de repartir profusamente entre el público numerosos ejemplares de las *Sevillanas* de Santa Teresa, al son del Himno y entre el repiquetear de la campana de la Estación ordenando el *avance*, arranca de nuevo el tren en busca del pueblo, tristemente célebre por su fatídico *Huerto del Francés*, y por ser la atalaya donde los alcaldes, como *muezzines mahometanos*, anuncian a Sevilla la altura de las aguas del río, para prevenir las... *graciosas* arriadas trianeras.

Y entramos en la provincia de Córdoba, la Sultana, la rival de Damasco, la cuna del Lagartijo y del incommensurable Guerrita, la patria de Machaquito y Manolete, astros que en estos tiempos de positivismo dan tres y raya a los Cajal, Menéndez Pelayo y demás... *retrogradados y oscurantistas* que pierden el tiempo en cubrir de nuevos y lucidos florones la enseña roja y gualda de la Patria.

Y... ¡gracias, gracias que ya tenemos noticias de que lo *del estornón* del Gallo ha resultado una exageración algecireña!; que si no, ¡conflagración europea tenemos!

Y entre estruendosos *palmoteos* y dándonos *palmas* de satisfacción en la frente, pasamos en *palmas* por Palma del Río, que allá se queda en lejanas lontananzas con sus palmipedos volanderos y con sus mozas de... buen *palmito*: y luego *Hornachuelos* con sus celebérrimos

Duques y... las *ducas* que pasan sus habitantes; y después *Posadas*, que intriga a los peregrinos al pensar en el *oloroso* nombre que llevará el sexo debil nacido en esta población; y más tarde, *Almodóvar* con su recién restaurado Castillo que nos recuerda los tiempos feudales en que allá, de una almena de la Torre del homenaje, bailaba *abracadabrante* zarabanda el cuerpo de algún pechero moroso, y por último, *Villarrubia* de purpúreo zagalejo y doradas trenzas, policromadas, cual la de otra diosa Ceres, de rubias espigas y rojas amapolas. .

¡¡Córdoba, treinta minutos...!!!, grita con candenciosa entonación un mozo con tufos flamencos y gorrilla sobre la oreja; nos apeamos por ver de estirar *los remos*, y vemos en el espacioso andén al Ilmo. Sr. Obispo Doctor Guillamet, al primer teniente de Alcalde D. Jose Carrillo, los Excmos. Sres. Gobernadores civil y militar, al Secretario de Cámara del Obispado, a una Comisión del Cabildo Catedral compuesta de los Canónigos señores Bermejo, Ballesteros y García del Moral y otras distinguidísimas personalidades que, atentas y cariñosas, han acudido a ofrecer sus respetos al ilustre Purpurado hispalense y prodigar afectuoso saludo a la Peregrinación sevillana.

Por breves momentos nos aposentamos en el Restaurant, que me recuerda los hornos crematorios de la Necrópolis del *P. Lachaisse* de París, y pidiendo con autoritaria voz una cerveza *frappé* de *La Cruz de Campo* nos sirven un brevaje al que, o hay que hacerle *la cruz*, o tirarse *al campo*, por su pronunciado sabor a *gramíneas burreas*; y por añadidura, ¡calentito, muy calentito!, como para curar un resfriado del año de *la Nana*.

Escupiendo por el colmillo, abandonamos el *confortable* aposento, pasamos revista de comisarios a los que visten sacos de dril y crudillo, (los *boy scouts* de la Peregrinación,) saludamos al simpático arcipreste de Campillo que, llegado en el tren de Málaga, viene a incorpo-

rarse a filas, y... entonando con aire marcial el Himno, ocupamos nuestras *trincheras*, no sin antes cantarse con los quejumbrosos tonos de la clásica *malagueña* estas improvisadas coplejas:

¡Córdoba, la gran Sultana!
De estar orgullosa cesa:
Que no valen tus toreros
Pa descalzar a Teresa!

Tú tienes una Mezquita,
Y mi tierra, una Giralda;
¡Pues eso no vale ná
Ante Teresa, mi Charra!!

¡Adios! te digo cantando,
¡Adios! ¡rival de la Meca!
Que Córdoba bata aplausos,
Que son pa Santa Teresa!!

Gritos y aclamaciones frenéticas acogen los últimos *jipios* del espontáneo *cantaor*; y... ¡*jolé tu mare!* ¡*viva er sentimiento!* exclaman unos; ¡*bendecida sea tu región laríngea y tu arranque bucal...!!* dice *beatíficamente* el Sr. Montoto; y con un búcaro que chorrea oloroso Montilla (con el que destetaron, según las Crónicas, al Gran Capitán) en brazos, como pequeñín de teta, partimos hacia Alcolea, muy cerca de las seis de la tarde.

Y después de contemplar el famoso puente que ha inmortalizado la musa popular con aquel cantar de hembra con *acharés*.

¡Quiera Dios que tú te veas,
Como se vió Novaliches
En el Puente de Alcolea!

después de vislumbrar entre los opalinos reflejos del crepúsculo vespertino los blancos caserios de Villa-

franca, Carpio y Pedro Abad, un nutrido coro de peregrinos de 2.^a clase avanza por los puentes levadizos... o *echadizos* para saludar al Sr. Cardenal y Capitulares que le acompañan; y previo un cerrado y nutrido aplauso, uno, cuyo nombre callaré para que rabien en sus tumbas el egregio Mantuano y... el *flaco* Horacio, pulsando la lira del mismo Apolo, endechó a su Eminencia y a algún otro de los presentes una oda en latín casero y un ovillejo, que no copiamos para dar que hacer a la crítica de los venideros siglos.

Llegados a Villa del Río, en cuya estación añoramos nuestros juegos infantiles del Seminario al saludar al Sr. Cura, D. Antonio Torrero, nuestro antiguo amigo y condiscípulo; puesto ya el sol que aún baña con sus postreros rayos los olivares de Montoro, celebérrimo por sus oleaginosos caldos, nos encontramos en Marmolejo, rico en aguas medicinales; y minutos más tarde, en Arjonilla y la industriosa Andújar, entablándose a mi lado reñida polémica acerca de si la cera de Bellido es mejor que la de Ruiz de Gauna, discusión a la que un chusco puso remate haciendo de los contendientes *cera y pavilo*, al brindarles un trago de Montilla, no sin advertirles, zarandeando el búcaro, con estas palabras: ¡Cuidado, eh? *¡que no hay más cera que la que arde!*

Consultando mi reloj, que indudablemente atrasaba en relación con el meridiano del estómago, muy cerca de las veintiuna llegamos a Espeluy, en donde... ¡Oh satisfacción! ¡vamos a comer!

El estómago se ensancha de regocijo: el consolador tufillo del *consommé* que trasmina del comedor del Restaurant lujosamente ataviado, aguza nuestro apetito, pero... ¡mi gozo en un pozo!: me retraso un poquitín con el Sr. Laso de Moya por admirar su casaca de níveos tonos, que le cae, ¡vaya si le cae! como a Bailac una chaquetilla torera, y... me dejan para segunda mesa. ¡¡¡Bien empleado me está, por curiosón!!!

Pues... ¡nada! A pasear por el andén y a tomar el fresco que hará las veces de *vermouth* o aperitivo. Si estuviera de humor, sacaba una fotografía al magnesio, y después la presentaba como la estampa original de San Pacomio en la Tebaida.

En uno de mis paseos tropiezo (y pido mil perdones) con otro peregrino *explorador*: metido en carnes, de mofletuda faz, de redondeces exuberantes, y todo esto protegido por una amplia bata color pizarra que sin querer me trae a la memoria aquella monumental bala que ideó Julio Verne para su Viaje a la Luna; y huyo, huyo de él, porque si me enfrasco, de fijo que me dejan para comer las sobras en la Cantina.

— Pero... ¿cuándo van a terminar esos *angelitos*? ¿que van a dejar a... los *segunderos*? — decíame yo para mi sayo, cuando un mozo grita: ¡Señores de segunda mesa, al tren...!

Por poco la equivocación del fámulo ferroviario me cuesta un síncope: acostumbrado a gritar ¡al tren!, se olvidó del comedor; pero buenos estábamos para andar-nos con bromitas.

Al fin comimos hasta matar el hambre, y volvimos a nuestros soliloquios y a nuestros paseos hasta las diez con diez, en que se reanuda la marcha.

Encendemos un cigarro de *diez con diez*, que resulta de caoba, y tomamos posesión de las plataformas a caza de fresco, y para buscar en el estrellado cielo la Osa Mayor por vía de entretenimiento.

Cástor y Polux, Orión y Andrómeda se guiñaban los ojillos relucientes, pareciéndome sus parpadeos una broma celestial: algo así como la demostración del buen humor del universo al verme chupar el recalci-trante tabaco, que al cabo tuve que estrellar en la estación de Jabalquinto; porque como bueno, no era bueno; pero no echaba humo ni con una bomba aspirante.

Siento revuelo en mi vagón, y abandonando la plataforma, acudo a ver lo que ocurre: el Presidente de la Junta Organizadora D. Mariano Gómez Saucedo, acompañado del activo Secretario de la misma, D. Federico Roldán, van repartiendo unos papélitos perfectamente engomados y con unos números muy negros y muy gordos para marcar los equipajes; y el vagón se convierte en una tómbola.

Algunos frescos lo pegan en la panza del búcaro que, a juzgar por las señas, es la única impedimenta que se traen para el viaje, amen de un par de calcetines en el bolsillo: otros, con un gasto de jugo salivar excesivo lo adosan a una sombrerera aprisionada por las correas de un porta-manta: ¡equipaje de fantasía!, y los demás, pidiendo salivas prestadas, los colocan en cestas y maletas, que puestas en hilera, semejan la sala de un Hospital.

Y en estos menesteres *pegatorios*, llegamos a Baeza; y después de darnos unas ¡buenas noches! muy afectuosas, no sin antes rezar el Santo Rosario, nos dispusimos a pasar de un tirón los abruptos peñascales de Despeñaperros, entregados en los brazos de Morfeo.

Pero. . ¡inocente de mí! yo no contaba con la huésped, y jamás pude sospechar que mi vagón se convirtiera en una *Schola cantorum* admirablemente montada; donde se comenzó, a las once de la noche, por solfear el Himno, para depurarlo de vicios y notas falsas adquiridos con el polvo del camino, y se concluyó, a las seis de la mañana, muy cerca de Aranjuez, cantándose a la perfección y al unísono, con maestría tal que me río yo de la batuta del Mtro. Arbós y de todos los orfeones habidos y por haber, al lado del brazo derecho del Reverendo Padre Carmelita Fr. Luis Llop, Director de *El Santo Escapulario* que dirigió con más fe y constancia que Abraham el nocturno ensayo.

¡Señores! era preciso ver, y sobre todo escuchar

aquella *tabarra*; y de cuando en cuando las incursiones bullangueras de los vecinitos: tentado estuve de agarrarme al timbre de alarma, y quedarme en Argamasilla hasta que pasara el *chubasco polifónico*.

Total, que no hubo quien pegase un ojo: y como es natural, eran de ver, al rayar el día las caritas .. *peregrinas* de peregrinas y peregrinos, embadurnadas de carbón, polvo y sudor, y el peinado a lo Marión Delorme de las señoras, que saludaban la salida del sol con formidables bostezos y lagrimeantes pupilas.

Desde esta noche, algo más que toledana, aborrezco de muerte los *Nocturnos* de Chopín, a pesar de mi afición a la música.

Pero en fin; con agua pasada, no muele molino, y ya estamos casi a las puertas de Alcazar que por una bautismal partida... serrana, compite en balde con Alcalá de Henares el ser cuna del mejor ingenio que parieron madres españolas: y allí se matarán el gusanillo, y el tazón de café con el clásico bizcocho, previo el pago de tres reales, nos devolverá la alegría y ánimos para aguantar otra sesión musical.

Y así ocurrió: las cinco marcaba el reloj de la estación, y hora y media estuvimos allí, ora lavándonos la faz y manos por tres perras chicas, ora formando nutrido grupo y aguantando un *disparo matinal* del simpático corresponsal gráfico de *Nuevo Mundo* en Sevilla D. Juan Arenas que se trae un montón de placas; ora tirando cuentas de donde iría a hospedarme con mi grupo en la Villa del Oso y del Madroño.

Mas ¿a qué preocuparse por anticipado?

De nuevo suena la hora de marchar: el sol aprieta más que el calzado de una cursi que presume de pies chiquitines: las extensas llanuras de la Mancha, testigos de los *fazañosos* hechos del famoso hidalgo Don

Quijote y de los regüeldos y festivas simplonadas de su escudero Sancho, se extienden a nuestra vista: se hace provisión de agua en los tiznados búcaros, y partí-mos de una vez para Madrid.

Los cánticos de *las Marías* de Huelva, el himno de la Peregrinación a toda orquesta, el Himno Eucarístico, sevillanas, jotas, guajiras, todo el repertorio se saca a colación hasta ponerse los peregrinos entre Pinto y Valdemoro, y a dos pasos de Getafe.

El gran *Riquimiqui*, aparece en escena.

¿Quién es Riquimiqui? Pues... un joven de trigüe-ña tez, enamorado de la Virgen de la Esperanza de la Macarena, jaleador entusiasta e incansable, también con su casaca barberil que, juzgo le han prestado, por ceñirle *descaradamente* las caderas; joven que, desde que salió de Sevilla, hasta las manchegas alturas donde nos encontramos, ha hecho honor a su dulzarrón apellido, *riquimiqueando* y cantando más que un grillo cebollero; parece ser el empresario de los *vivas* y aclamaciones; y cuando, molidos por el cansancio o abrumados por el sueño, los peregrino *flaquean*, allá va, cual tromba des-hecha, en alto los macarenos brazos y riente la boca, el inconmensurable Riquimiqui gritando: ¡Viva Sta. Tere-sa de Jesús! ¡Viva la Peregrinación andaluza! Y... ¡vivaaaa, vivaaa.,!! contestan todos, contagiados de la *plácida dulcedumbre* que entre cuero y carne se trae el sin-par Riquimiqui.

¡Hurra a Riquimiqui! Que no diga luego que no le he hecho el cartel, por si sale alguna *contrata*.

Acabamos de pasar por Villaverde Bajo, y se oye en todos los vagones el vago rumor de los cepillos rascando el polvo de chaquetas y sotanas: se guardan gorros y gorras en los maletines y sacos de mano: se desenfundan las canoas y... algún que otro *acorazado* de los días que repican gordo; se alisan el pelo las mujeres; dánse un vistazo en el coquetón espejillo, y yo... sin-

tiéndome un Weyler metido en escaramuzas guerreras,
arengo a mi grupo núm. 20 de la siguiente manera:

Camaradas del grupo loretano
Que amais a la morena Setefilla;
¡Departid cual amigos, como hermanos!
¡Honrad a vuestra Villa!

Por la insigne Teresa aquí venimos:
Recoged el petate! ¡marchad, id!
¡Ojo con los rateros! ¡no sed primos!
Y... ¡entremos en Madrid!



CAPÍTULO II.

En Madrid

Son las diez con... diez de la mañana del día 27 de Junio; estaba *previsto*, como diría con estoicismo moruno un *Reporter pequeñín*, estaba *escrito*... que habíamos de llegar a esta hora, y a esta hora llegamos a la renombrada Villa del Oso y del Madroño.

Aún hay quien se traiga, después de las *pasadas serenatas*, recursos para emular a Vico y Valero, y en pleno andén inicia con gesto trágico el tan famoso Romance...

¡Madrid, castillo famoso

Que al Rey moro alivia el miedo...

Yo, es decir, el jefe *constitucional* del Grupo núm. 20, cumpliendo al pie de la letra y al pie... del vagón, las instrucciones sapientísimas de la Guía particular del Peregrino que dicen, sin quitar punto ni coma: «Al bajar de los coches se detendrán brevemente al pie de los mismos para, una vez bajados todos, salir ordenadamente para tomar el carruaje que les haya de llevar a sus hospedajes.»

Hasta aquí el... *sagrado texto*. Así lo hicimos: se bajaron las maletas al piso asfaltado del andén madrileño; congregué, como gallina a sus polluelos, a mi disperso

grupo, y a la vista de aquel montón informe de chismes diversos, que parecía un puesto del *Jueves* sevillano, o el resultado de un desahucio, meditamos unas *miajas* sobre las penas del pueblo de Israel cautivo en Babilonia, y tarareando la marcha triunfal de las *Antorchas*, y cargado cada *quisque* con su *mochila*,... y algo más, en columna rusa, de uno en fondo, salimos al exterior: atrapamos un *ómnibus*, y... allá vamos, cual *pluma al viento*, en busca de *La Leonesa*, casi Hotel, sito en la calle de Núñez de Arce.

Nos instalamos: nos lavamos, dejando al dueño del Hotel *encre noire* para todo el año, y tras un sustancioso refrigerio, y un breve descanso, nos echamos a la calle, cogiditos de la mano como los de Calatorao, y dispuestos a no perder el tiempo y a no dejar nada por ver en la coronada Villa.

Antes de proseguir, he de hacer la salvedad de que todo lo que aquí se narra es rigurosamente histórico, y que no trato de engalanarme con ajenas plumas al hacer este relato. Nada más fácil que hacerse de una Guía Monumental de Madrid, y escribir con pelos y señales todas sus grandezas; pero no es ésta, ni con mucho, la intención de este librejo, que resultaría ñoño y sin enjundia, si a copiar se dedicara su padre o progenitor.

Lo que aquí se dice que se ha visto, se ha visto; y las *impresiones* son... personales, algunas comiquísimas; y ahí están, para no dejarme mentir, los testimonios de dos *sesudos* personajes que capitaneo en mi Grupo.

Nombrado, por aclamación, *cicerone* de la comitiva, de dos en dos, como chicos de Escuela... graduada, los llevo al Palacio del Congreso, no sin antes abrir desmesuradamente la boca ante los arrogantes leones que de-

fienden el vestíbulo, creyendo alguno que, como *Toribio*, sacan la bronceína lengua cada cuarto de hora; ocupamos, previo un *pase...* del Conde de Colombí, diputado de nuestra tierra, la tribuna de la Presidencia, y un ugiernos trae los sabrosos caramelitos de *La Mahonesa* en artísticos cajetines que valen más que la *melosa mercancia* que aprisionan, y que tantas... hieles cuestan a Juan Contribuyente; y contemplamos el aspecto del *hemisiciclo*.

En el banco azul está Bugallal: en los escaños, una treintena de chicos, de incipiente bigote, a los que por mal nombre, se les llama *Padres de la Patria*. (*Risunteneatis...?*)

Discuten y *diatribean* López Monis y el *perinclito* Soriano, que muestra en la pelada mollera el chirlo que le hizo el Conde de la Mortera.

La sesión fué una de tantas; soporífera, desmadejada, como si se tratase de discutir subvención para alguna carretera: y abandonando desilusionados la *Fábrica* en que se forjan las leyes, y se *pastelea* a todo bicho viviente, nos dirigimos en busca de oxígeno al Paseo de la Castellana, llegando hasta la estatua de aquel *canario sonoro* que se llamó Castelar.

Y luego... tras refrescar nuestras fauces con un *chico* de cerveza alemana, nos dirigimos a la famosa *Puerta del Sol*, con su población flotante, con sus innúmeros tranvías que la cruzan y recruzan en todas direcciones, con sus automóviles mal olientes, y con su Evacuatorio mundial, verdadero palacedas *Necesidades...* madrileñas y forasteras.

Y como la tardecita se las trae, y el que más y el que menos no ha metido en la maleta el impermeable, nos vamos a casita; porque llueve, llueve torrencialmente, y el tableteo del trueno retumba en las alturas del... Ministerio de la Gobernación con su clásica Bola.

Devoramos el clásico y succulento cocido castella-

no, pletórico de *garbanzas*; y... celebrado *cónclave* o consejo, acuerda la mayoría tumbarse a la *bartola*, entre la fascinante luz de los relámpagos que se cuele por entre los encajes de los amplios ventanales y el seco zumbar y el tableteo con que la naturaleza se ha servido festejarnos.

Rezadas nuestras devociones, y sin olvidar un momento a Santa Bárbara, adoptamos la *posición supina*; y arrullados por la tormenta, a los cinco minutos, competimos con la borrascosa sinfonía, dando entre ronquido y ronquido, el *dó* de pecho y el *re* sobreagudo con el mayor desahogo.

A la una, o quizá más tarde, algunos que se escaparon, sin temor al chubasco, al Circo de Parish, alborotan al cotarro durmiente, cantando a coro el... ¡alirón! ¡alirón! ¡póm, póm, póm, póm!!!

Un zapato hiende los aires, y el argumento aplaca los entusiasmos *filarmónico-alironeños* de los trasnochadores, haciéndose la calma hasta las seis de la mañana del Domingo 28.

Amanece el día brumoso, encapotado, tristón: una menuda llovizna empapa las calles; el sol, como rapaz travesuelo, nos hace *rabona*, y con paraguas prestados (uno para siete), nos dirigimos a la Parroquia de S. Sebastián, que es la más cercana, y digo en el altar del Sagrario Misa, que escucha devotamente toda mi *cohorte*.

Cumplido el precepto, nos encaminamos a la linda Parroquia de San José, donde a las ocho, y en la preciosa Capilla de Santa Teresa, profusamente iluminada, y luciendo ornatos de primera clase, celebrará el Santo Sacrificio, distribuirá la Sagrada Comuni3n a los peregrinos y pronunciará sentida y emocionante plática el Sr. Cura Párroco de la Magdalena de Sevilla nuestro buen amigo D. José González Alvarez, auxiliado

por Enrique *su sombra*, digo su Sacristán inseparable.

Y... *factum est ita*: selecto público llenaba las naves del Templo: edificante en extremo resultó el piadoso acto: el celebrante con su cálido verbo y unción evangélica emocionó a las masas y entre cánticos eucarísticos que acompañados por las notas del órgano arrobaban al alma, fueron desfilando ante el Comulgatorio andaluces y madrileños; y... luego, a *ingerir* la media tostada con mantequilla de Flandes y sin temor a los aguaceros que menudean o *gordean* que es un primor, a ganar por ahí el *jubiléo de las pestañas*, a verlo todo, a investigar todo, *manque nos cáemos*, como decía un carmonés adherido a mi grupo.

Sin más coche que el de San Francisco, y después de dar un vistazo a la Plaza Mayor con sus históricos Portales y su bronceínea estatua ecuestre de Felipe III, después de admirado el esbelto y elegantísimo monumento coronado por la imagen de la Concepción Inmaculada, erigido por la piedad de la Reina madre, en la calle Mayor, encaminamos nuestros húmedos pasos a la Colegiata de San Isidro. La procesión de Tercia recorre la espaciosa nave central, precedida por un viejecito pertiguero de blanca y estoposa peluca que, sin pretenderlo, trae a la memoria de los más aquella cancioncilla del tiempo del polizón y del miriñaque:

Al espejo al salir me miré

Y un consejo al espejo pedí... etc. etc.

¡Aquello no era pertiguero...! ¡Aquello era una chuchería de *biscuit* quebradizo, digno de figurar en las vitrinas de un dilettante!

Y de allí, pasamos al más grandioso y severo templo de la Capital de la Monarquía, San Francisco el Grande, donde el robusto Sr. Tinoco tose campanudamente por escuchar el eco de su *forzada tos* en las elevadas bóvedas: sin cesar de llover, atravesamos a paso de

carga el Viaducto, visitamos la nunca bien ponderada Cripta de la Almudena, y nos plantificamos en el Palacio de Oriente, guareciéndonos de la lluvia bajo los amplios Claustros o soportales que guarnecen el Patio de la Armería Real.

Espaciamos las miradas por los bellisimos jardines de la Casa de Campo, y allá entre las neblinas se adivinan, más que se ven, los abruptos picachos del traidor Guadarrama, importador, según malas lenguas, de las pulmonías... *lagartijeras*.

Por ser Domingo, y más que nada, por estar el día hecho un guasón con sus alardes acuáticos, no puedo conseguir que contemple mi Grupo la Armería Real, y sobre todo, *la honda de David, la carabina de Ambrosio y la espada de Bernardo* que, algún cándido llegó a figurarse, se conservan aquí como oro en paño.

Pero en cambio, ascendiendo por la escalera de la servidumbre palatina, y saludando a diestra y siniestra a galoneados ugieres y porteros, que nos resultan capitanes generales, llegamos a la magnífica Capilla; el Cappellán que canta la misa posee una voz (¡y Dios se la conserve y se la aumentel) robusta de bajo que llama la atención de los peregrinos: asiste en su sitial el Ilmo. señor Obispo de Sión; nos prosternamos ante el Altar embebecidos con las melodías del Organo; y pensando que el tiempo vuela y que el sol sigue declarado en huelga, nos quedamos sin admirar el Salón del Trono; el de Columnas y el gabinete de la China, cubierto en toda su extensión de artísticas porcelanas.

Intentan algunos declarar a su vez el *boycotage* al rubicundo Febo, y retirarse a los *fondiles lares*; pero procuro disuadirlos de su vergonzosa fuga; y para infundirles ánimo y distraerlos, les narro episodios cómicos de cuando *Pepe Botella* habitó este Palacio, y los dejo boquiabiertos, al decirles el costo total de las obras de esta mansión real:

¡Ahí es nada! ¡Agarrarse, cajistas; que es una *frioral!*

¡Doscientos noventa y ocho millones, ochocientos veinte mil setecientos ochenta y cinco reales y .. treinta y un maravedís!!

La noticia, haciendo las veces de papel secante, enjuga las ropas y los espíritus, y lanzando todos una mirada de reto a los *lapideos* Reyes que, a guisa de *espanlapájaros* álzanse *inmóviles* en derredor de la Plaza de Oriente, apelonadamente y siempre zancajeando, para digerir el *moyete* matutino, que ya es vecino de nuestras pantorrillas, nos avistamos amistosamente con el Museo del Prado, cuyos salones se convierten para nosotros en campo de carreras pedestres, deteniéndonos sólo unos minutos en la contemplación de las famosas obras de Velázquez, el Greco, Goya y aquel *pintamonas*, según los futuristas, que se llamó Bartolomé Esteban Murillo y... que sevillano había de ser para que no fuese bueno.

Y... clarol como de allí está *un paso* la Biblioteca Nacional, con la lengua fuera, nos dirigimos a ella, deteniéndonos ante su amplia escalinata; y mientras se limpia el sudor la comitiva, para echármelas de erudito y estar en carácter con mi papel de *cicerone*, les explico que el frontón que está a nuestra vista fué modelado y cincelado en mármol por el insigne y laureado artista tortorino D. Agustín Querol, que representa en veintidós figuras de dos metros y medio de altura, la Paz, coronando a la Agricultura, la Industria, el Comercio, las cinco Bellas Artes, la Historia, la Jurisprudencia, la Teología, la Filosofía, la Astronomía, las Matemáticas, la Geografía, la Química y la Medicina.

En el vértice del tímpano se alza la estatua de España; y en las acroteras, las figuras del Genio y del Estudio.

—Sabed, amables camaradas—continué diciendo— que esa obra, lejos de reportarle beneficio pecuniario al

Sr. Querol, le costó a él, de su bolsillo particular, la bicoca de cincuenta mil pesetejas: es decir, que se cogió los dedos, por el costoso trabajo de traer los enormes bloques de mármol de Carrara a Madrid, y por tener, a mayor abundancia, que abonar hasta el ciento diez por ciento de sus giros sobre el extranjero por razón del precio del oro en aquella fecha, ¡acordáos; el fatídico año 98, cuando las vergüenzas e ignominias de Manila y de Cavite, cuando allá en el Castillo del Morro, y sin disparar un solo cañonazo de honor y de saludo, se arrió la bendita enseña de nuestra Patria para dar paso a la de *tela de colchón* de la nación yanqui!!!

.....

Algunas lágrimas asoman a los ojos ante el aire y tono tribunicio del orador de la escalinata; y haciendo *pucheros* y con el corazón encogido algunos, desisto de que vean el grandioso Monumento que tantas joyas atesora y que tan experta y sabiamente dirige nuestro paisano el eminente cervantista, gloria y prez de Osuna y de España entera, D. Francisco Rodríguez Marín. Y para consolarlos, los llevo al gran Parque de Madrid, al Retiro.

Y allí, paseando por sus umbrosas alamedas, contemplando sus fuentes, respirando su ambiente embalsamado, dándonos un paseito acuático por el Estanque hasta arribar al monumento de Alfonso XII, saboreando unas copas de Anís del Mono con patatas *sufflés* en un kiosco rústico, y por último admirando los *carcamales* leones, y las hienas y tigres cazados por Viriato, y el pelicano, y el avestruz, y 'a foca *Catalina* y la jaula de los monos, se nos vino encima la hora del almuerzo: tomamos un tranvía, nos apeamos en la Puerta del Sol, y cual nube de langosta con hambre atrasada, caemos sobre la Fonda!

¡Buena, buena ha estado la mañanita! Yo, antes de pasar al comedor, encargo a la Patrona me compre unas

alpargatas, y a las preguntas de *alguien* que me pide el programa de la tarde, contesto con un... *¡vaya V. al cuerno!*

Y así entiendo que lo hizo: se marchó a los toros a aplaudir las faenas de Vicente y del veterano *Quinito*.

Dormida una siesta soberana, arrullada por el monótono golpear del agua en los cristales, asomó al fin la enguacharnada faz el sol, a eso de las seis de la tarde: y... ¿quién no sale a dar una vueltecita? ¡Abajo pereza, y... arriba *el limón!* ¡a la calle el Grupo núm. 20!

Y allá va la *caravana* con su jefe en la vanguardia, como manada de pavos; las fuentes de Cibeles y de Neptuno constituyen nuestra primera visita; y en derredor de esos artísticos monumentos, historio a mis oyentes la nobleza e hidalguía de este pueblo de *manolas y chisperos*, del inmortal pueblo del *Dos de Mayo*, tan capaz del chiste como del heroísmo; tan inclinado a los festejos de la risa más picaresca como a los misterios de las penas más profundas; tan amigo de la jácara más donosa como del patético más sublime. Pueblo grande y de limpios blasones que muestra entre sus Santos, a San Isidro, su Patrono idolatrado, y entre sus Reyes, a Isabel la Católica, y entre sus Infantes, a D. Juan de Austria, el heroe de Lepanto; y entre sus hombres de Estado, al Marqués de Grimaldo y Antonio Pérez; y entre sus hombres de guerra, entre mil, a Rodrigo Zapata de León, *el capitán de la bandera de la sangre*, intrépido militar, el primero que plantó la bandera española en las baterías de San Quintín; y entre sus jurisconsultos, a Vargas Mejías, embajador de Carlos V en Trento, y entre sus escritores y poetas, a Quevedo, Tirso de Molina, Fray Lope Félix de Vega y Carpio, Calderón de la Barca, Ercilla, Quintana, Hurtado de Mendoza, Leandro y Nicolás Fernández Moratín, Mariano de Larra (Figaro), Ramón de la Cruz, el eminente y sin rival

sainetero; y entre sus artistas, a Claudio Coello, Ricci y Pantoja; y...

—¡Eh, amiguito *cicerone*, pare V. el carro!— dícame atajando mi retahila el *Benjamín* del grupo:— corte por lo sano su historia, porque el dios Neptuno ha enarbolado el *tridente*, y parece indicarnos que marchemos con la música a otra parte!!

Y visitamos la Iglesia de los Jerónimos, y la recién inaugurada preciosísima Parroquia de la Concepción; y no visitamos el Banco de España, porque... ¿para qué? ¿teniendo tantos *pápiros* de cien *plumas* en el bolsillo...?

Como aún nos sobra tiempo, después de corretear la Carrera de San Jerónimo, atrapamos un tranvía que va... y nos lleva a la Bombilla, y nos convencemos de *visu* por supuesto, que la tan renombrada y sobeada Venta, no le llega a un zancajo a nuestro clásico *Eritaña*, ni puede competir con *Villa Rosa* ni aún... con el *Puesto de Fernando*: cambiamos de ruta y nos alargamos a las Ventas del *Espíritu Santo*, e *idem de lienzo*; huimos a escape, porque *aquello* es recordar, quieras que no, las *postrimerías*; en media hora, desfilaron siete carrozas fúnebres y cinco atahudes a hombros.

Ensimismados y taciturnos nos embutimos en la Fonda-Hotel, hacemos los preparativos para el viaje del día siguiente, mandamos aderezar un almuerzo fiambre para *veinte bocas*, compuesto de tortilla de yerbas finas, pescada y chuletas, con su aditamento de queso, vino *morapio* y frutas; y tras abonar la cuenta que... importa *un pico*, dispuestos a madrugar, nos acostamos tempranito; y... a las once de la mañana del día de San Pedro, la estación del Norte, pletórica de peregrinos, *es con nosotros*.

Ha variado el material ferroviario, y la ausencia de *puentecillos* de comunicación desagrada a los amigos del visiteo; pero ya procuraremos pasarlo bien; quien quiera convencerse, lea el

CAPÍTULO III.

De Madrid a El Escorial

El ruín Manzanares, que es, como le llamó graciosamente Quevedo, *arroyo aprendiz de río*, y el casi siempre *extinto* abroñigal, allá quedan, al arrancar el convoy, semejando (que es mucho semejar) blancas vendas que ornán las sienes de un *achocado*.

Aún resuenan en nuestros oídos los ensordecedores aplausos de los madrileños al despedirnos; los individuos de la Junta Central del Centenario Teresiano y caracterizados sevillanos residentes en la Corte recorren el andén estrechando manos y prodigando efusivas enhorabuenas; y se mezcla a las viriles notas del Himno, los vítores y aclamaciones a Madrid y a Sevilla.

Los que en la coronada Villa sólo se desayunaron con un *lente-en-pie* ligerísimo, entre ellos mi Grupo, requieren las cestas repletas de provisiones; y entre el plantío y las matas no se escucha otra cosa que el bíblico *stridor-dentium*, triturando y... *embaulando* las fiambres vituallas, salpicadas con sendos tragos del funerario y *campechano* vino de Valdepeñas ante los grasientos cartuchos de las viandas, que forman, ya arrugados y hecho en ellos el *vacio* por la máquina neumática de nuestras tragaderas, pirámide egipcia, se arranca, parodiando al nunca bien cantado Ríoja en sus *Ruinas*.

de *Itálica*, uno de *la mía* núm. 20, que dice con entonación de viuda inconsolable:

Estos Fabio, ¡oh dolor! que ves ahora,
Cartuchos viles de papel manchado,
Fueron, hace un minuto, cosa rica:
Aquí, de la que pica
Negra morcilla, ilustre y gran señora,
Aquí del embuchado
Sólo la tripa vil y el destrozado
Pellejo quedan; ya las mortadelas
Se han rendido a los filos de las muelas!

Y dando un *salto mortal*, concluye, entre suspiros:

¡Jamón, tortillas, todo se ha acabado!
Tan sólo *las espinas* han quedado:
Las *cestas* que desprecio *al aire* fueron,
A nuestra gran *gazuza* se rindieron...!!

Y... ¡vaya aplausos al improvisado *vate!* ¡vaya *olé*s y epítetos *jaleatorios* que atruenan el vagón, convertido, con gran envidia del vagón de al lado, en casa de vecindad macarena, en noche de bateo y jolgorio...!

Abrumado por la carga estomacal, más que por las aclamaciones, dispónese el iluminado poeta a *reposar* algo de las *ruínas embauladas* en un rincón *penumbroso* del coche; entorna los párpados, muerde el inferior con el superior labio que es un labio... *¡superior!*; pero... ¡ni por esa!, otro, también de *la mía* o... de *la suya* núm. 20, contagiado del numen poético, que es una especie de *tifus exantemático* que se pega más que la sarna, canta a voz en grito unas peteneras de circunstancia, en las que se alaban como merecen los trabajos del señor Penitenciario y de D. Federico Roldán.

A las doce horas con cincuenta y un minutos, como estaba previsto (para decirlo con *ferial* frase), arribamos a la estación *escurialense*, donde, entre numeroso y cu-

rioso público, nos esperan D. Félix Robles, alcalde del Real Sitio; el administrador del mismo, D. Antonio Sotillo; el Prior de la Comunidad de RR. PP. Agustinos. y... otras autoridades de menor cuantía.

A la espalda de la estación *bufan* varios automóviles, *cascabelean* los pencos de algunos coches o carrromatos, y *trompetea* furiosamente el cobrador de un tranvía tirado por gordas mulas; y en estos vehículos, y previo un descanso forzado bajo las raquíticas acacias que, cual oasis salvador, *somborean* el apeadero, remontamos la empinada cuesta que lleva al pueblo, no sin antes *abuchear* en el camino a un *auto* 40 H. P. que, conduciendo a la colonia jerezana, se queda embarrancado en mitad de la cuesta, por falta de líquido volátil.

Y pagados religiosamente los dos reales del asiento del tranvía, nos damos de cara con el magnífico Monasterio de San Lorenzo, que bien merecido se tiene capítulo aparte.



CAPITULO IV.

En El Escorial

Precisa, señores, dejar en las puertas de tan monumental obra el buen humor, y las apremiantes ganas de hacer un *chiste* o bromear un rato. Aquí hay que sentir, hay que admirar, hay que recordar lo que valió aquel gran Rey que se llamó Felipe II; aquí hay que extasiarse: aquí ¡ay! hay que sufrir hasta un pisotón del Cura del Salvador, que llevo a mi lado, y que, arrobado (no lo digo por... sus *arrobos*), no sabe ni ve donde pisa.

Hay que aprovechar las tres horas que la Junta nos concede para visitar el insigne Monasterio; y... cualquiera ordena y recuerda ahora *en frío*, después de pasados unos días, todo lo que allí se ofreció a nuestros espantados ojos! ¡cualquiera le mete el diente, o la pluma, a aquel *chozón de aldehuela!*

El famoso Monasterio, fundado por Felipe II, en conmemoración de la célebre victoria alcanzada sobre los franceses en San Quintín, el 10 de Agosto de 1557, día de la festividad de San Lorenzo, adopta en su planta la imitación de unas parrillas, utensilio que se empleó para el suplicio del valiente Diácono, cuya imagen aparece grabada en plomo fundido sobre todas las puertas.

Las cuatro fachadas del colosal edificio representan el cuadrilátero de las parrillas; los pies están figurados por cuatro torres de 58 metros de altura, que se elevan en los ángulos; los barrotes, por once patios cuadrados, que ocupan el interior, y forma el mango la habitación real, situada a espaldas de la Capilla Mayor. ¿Habrá quien se atreva a sostener esta sartén, digo estas parrillas, por el mango...

Atravesada, en *trote cochintero*, por huir de las *cari-cias* solares, la amplia plazoleta que da acceso al Monasterio, y pasado que fué el pórtico en informe rebujina de peregrinos que se empujan por ser los primeros en llegar, entramos en el magnífico *Patio de los Reyes*, así llamado, por contener las seis estatuas que representan otros tantos reyes del *Antiguo Testamento*, de la tribu de Judá y familia de David, por este orden: Josaphat, Ezequías, David, Salomón, Josías y Manasés. Sus coronas, de bronce sobredorado, pesan de tres a cuatro arrobas cada una, sin que se les vea por eso apretar los dientes, ni arrugar el entrecejo, y los cetros, del mismo metal, de una a dos arrobas. David descubre por el manto la empuñadura de un alfanje que tiene de peso más de cinco arrobas, y el arpa, de 14 a 15 libras, es decir, de las que entran pocas en..., *idem*, y Salomón ostenta en la mano izquierda un libro que, por ganar tiempo, no nos detenemos en pesar. Por la puerta grande, de las tres del vestíbulo, ingresamos al Templo, que nos deja *turulatos* con su imponderable magnificencia.

Admiramos, ante todo, el Coro bajo, cuya bóveda, completamente plana, causa un asombro extraordinario en el ánimo del espectador; pues, siendo de piedra y muy larga la fuga y distancia de los pilares de enmedio, se ve tan llana como el mismo suelo, admirándose a primera vista, no sólo el que se sustente, sino que descanse sobre ella un peso tan descomunal. La Iglesia está aislada del sota-coro por tres bellísimas rejas de

bronce, de limpias y elegantes formas, colocadas en los claros de otros tantos cercos: ofrece la forma de una cruz griega, larga de 52 metros, y contiene 43 altares, sin contar el mayor o el del Presbiterio, que luce a ambos lados diez estatuas de bronce sobredorado, de tamaño mayor que el natural, obra de Pompeyo Leoni: las de la parte del Evangelio son las de Carlos V, sus hermanas D.^a Leonor y D.^a María, su esposa Isabel y su hija María; y las del lado de la Epístola, Felipe II, su madre y sus esposas Isabel, María y Ana. Las bóvedas del Templo, que descansan sobre 24 arcos, están adornadas de frescos, en que Lucas Giordano representó felicísimamente algunos pasajes del Testamento Antiguo, y los demás altares tienen por ornato notables pinturas al óleo. En las dos naves laterales existen dos espléndidos altares, relicarios, abiertos en este día a la Peregrinación Sevillana, que contienen devotísimas e importantes reliquias; entre otras, fragmentos de la verdadera Cruz en que expiró Nuestro Señor, un pedazo de soga con que ataron su sagrado cuerpo, varias piezas de la Columna de la Flagelación, una o dos espinas de su corona, un poco de la esponja con que le dieron a beber hiel y vinagre y un pedazo de sus vestiduras. En la antiscristía admiramos un *Descendimiento de la Cruz* por Alberto Durero, y una *Huida a Egipto*, del Ticiano: y en la Sacristía, pintura al fresco por Fabricio, diversos cuadros de Leonardo de Vinci, Rubens, Murillo, Rafael, Ribera, Sebastián del Piombo y otros inmortales artistas.

Tras curiosear, entre asustado y gozoso, grandezas y bellezas tantas, entra en el Templo nuestro virtuoso Presidente de honor, el Emmo. Sr. Cardenal-Arzbispo de Sevilla, rodeado de una gran masa de peregrinos, y hecha en común la Visita al Santísimo y cantado a trescientas voces el Himno a los acordes del magnífico órgano, formamos coros de cincuenta, presididos por un



Padre Agustino que sirve de *cicerone*, y nos disponemos a visitar el Panteón de los Reyes y el de los Infantes, los Claustros y Salas de Capítulos.

En mi afán de no dejar escapar un pormenor, me agarro a la correa del paciente agustino, que prueba hasta la saciedad que es un hombre de... *correa*; y palpando sombras, descendemos al lugar donde se depositan los restos mortales de los soberanos de España. Está situado debajo del altar mayor y a él se descende por una escalera de 59 peldaños. La planta es un octógono de doce metros de diámetro, cubierto, como la escalera, de mármoles y jaspes, bruñidos con singular esmero, y cuajado por todas partes de adornos y molduras: el pavimento figura una estrella con un elegante florón en el centro, distribuido y labrado con piedras de variados matices y colores. La clave o remate de la bóveda está adornada de jaspe, en cuyo centro resalta un florón de bronce dorado, del cual pende una araña de primorosísima industria, belleza y gusto, también de bronce y de figura octógona, cuya sola descripción, como la del precioso altar de mármol negro de Vizcaya, y la de las urnas sepulcrales asentadas sobre garras de león, se llevarían un montón de cuartillas, y tal vez la paciencia de nuestros sufridos lectores.

Y como aún queda mucho y bueno que ver, rezamos un *responso* por el eterno descanso de nuestros Monarcas que fueron, y salimos de *estampía*, escaleras arriba, en busca de luz, de aire, y también sin pensarlo ni quererlo, de alguna *liebre* o gazapo que, resbalando, cogimos en los bruñidos escalones.

Merecen también examen detenido, y son dignas de visitarse, como a continuación lo hicimos asesorados por nuestro amabilísimo agustino, los aposentos que ocupó el gran Felipe II, siempre que iba al Monasterio, y en los cuales murió, después de una terrible y penosa enfermedad: es una celda sencilla y pobre, más bien que

palacio de un soberano, y en ella se conservan todavía, y admiramos con religioso respeto, y hasta con su poquito de *jindama...secular*, la alcoba que mandó construir junto al oratorio real y contigua al Templo; el escritorio, sus libros de piedad, algunas de las sillas de su uso, y dos taburetes en que solía reposar la pierna aquejada de la gota. El techo es llano y sin adornos; las paredes lucidas de blanco, como las de la casa del más humilde menestral; y el suelo, de ladrillo.

¡Qué tiempos aquéllos, y qué Reyes, y qué España tan grande... Abismados en estas reflexiones... *ancestrales*, observo que tira de mí la al parecer elástica correa del P. Agustino y dejándome llevar por la *correosa tiradura*, vamos a la Biblioteca principal, situada sobre el zaguán del Patio de los Reyes, y en la que hace falta *echar pan en las alforjas*, para meterse en minuciosidades descriptorias.

Está solada de mármoles blancos y pardos, y se comparte en tres divisiones por medio de dos arcos que dan su vuelta sobre pilastras resaltadas de las paredes, recibiendo la luz de un gran número de ventanas. La artística estantería, con arquitectura de orden dórico, es de caoba, ébano, cedro, naranjo, terebinto y nogal, y descansa sobre precioso zócalo de jaspe sanguíneo.

Y yendo a lo que, como buenos peregrinos teresianos, nos interesa, prescindimos de admirar curiosísimas vitelas, miniaturas y pergaminos, para admirar y venerar sus lindas vitrinas, a más del tintero de que se valió la Mística Doctora Avilesa, los autógrafos originales de las obras de la Santa Madre que llevan por títulos: *Libro de su Vida, Sus Fundaciones, Camino de Perfección y Modo de visitar los Conventos*.

Bajamos de nuevo al nunca bien admirado *Patio de los Reyes*, nos sentamos plebeyamente en el pelado suelo, nos echamos al colete un par de tallas de agua tan fresca como rica; pagamos la... *obra de caridad* con una

altruista perra gorda; vemos desde nuestra *silla curul* sacar los *trebejos* al Sr. Arenas para impresionar unas plaquitas; nos hacemos de un voluminoso y rojo *album* con vistas del Monasterio y de su joyas; escuchamos *embobados* las disquisiciones históricas de un lego que pretende hacer ver a los peregrinos allá en la bola (*¡bolas tenemos!*) de la Cúpula, restos del oro del áureo ladrillo que diz nos robaron nuestros vecinos gabachos; y tras este breve descanso, abandonamos nuestro *canapé pétreo* y al despedirnos con frases laudatorias de nuestro *Regular cicerone*, nos ilustra con las siguientes noticias que, cediendo a la tentación, reproduzco.

El coste de la obra total del Monasterio, que duró 21 años no completos, fué de seis millones de ducados, unos sesenta y seis millones de reales, suma increíble por lo insignificante, pues hoy no se haría ni con 300 millones; y... ¡bonito está hoy el *oficio* para meterse en *obrillas* de este calibre!

D. Juan Bautista Monnegro, el celebérrimo Juan Herrera y Francisco de Mora fueron, sucesivamente, los arquitectos encargados de la construcción de este grandioso monumento, considerado como la octava maravilla del mundo artístico.

Y echó el resto el Padrecito, contándonos que, según fundada tradición, las seis estatuas del Patio de los Reyes y la de San Lorenzo, de cuatro metros de altura, que ocupa el puesto principal en la fachada, se labraron todas de una misma y sola piedra, de la que aún sobró un buen trozo; y aseguró muy formal, y yo lo creo, que no lejos de la Villa, a la izquierda del camino del Castañar, se conserva aún este colosal fragmento con una inscripción, que dice:

*Estos seis Reyes y un Santo
Salieron todos de un canto,
Y aún sobró para otro tanto.*

Estrechamos una vez más la mano de nuestro fino acompañante: dimos un vistazo por no perder nada, a la *Casa de Infantes*, al palacio que fué del infante D. Carlos y al de D. Manuel Godoy, el privado y amigo íntimo de Carlos IV, y por nuestra cuenta y riesgo, al frente de los que pudo reunir de mi desbandado grupo, nos dirigimos a la hermosísima fábrica de chocolates de Matías López: correteamos sus innúmeras dependencias, talleres de elaboración y empaquetado, salón de máquinas y oficinas, y casi *desvanecido* con el penetrante olor de la canela de Ceylán, de la vainilla y del cacao, adquiero una artística bolsita pletórica de pastillas y bombones recién hechos, y los guardo, como *premio*, para el sargento de mi Grupo, D. Blas Fernández, que ha aborrecido en el viaje la *somatose* y la *leche condensada* que a prevención traía.

El tren, según el horario oficial de la Peregrinación, partirá para Avila a las dieciseis con once; y en estos críticos momentos, bajo un sol africano, y sin encontrar coche ni automóvil que nos conduzca, disponemos de veinte minutos para dar con nuestros molidos cuerpos en la estación y al son tarareado del marcial paso-doble *La Giralda* del maestro Guarranz con *solos* de clarinete, emprendemos una carrerita (gracias que cuesta abajo, y guarecidos por las acacias y paraísos que bordean la carretera) que tiene su término feliz en el andén, en los instantes en que el jefe llevaba a sus labios el clásico pito de *culantrillo*.

Se entona el Himno; se dan *vivas* a El Escorial y a Santa Teresa: rechinan perezosamente los coches al ponerse en movimiento; pasamos revista a nuestros *bártulos*; nos calamos la gorra de viaje, enguantamos nuestras manos, *sobrecubrimos* con botín de céfiro, adquirido de *lance*, nuestro traje talar; y... ¡a Avila! y ¡viva Santa Teresa!!!

CAPÍTULO V.

De El Escorial a Avila

Dentro de dos horas, largas de talle, pisarán, *Deo juvante*, nuestros pies, la tierra bendita que oreó e hizo florecer con sus sonrisas y heroicas virtudes la (para mí al menos que la quiero con toda el alma) más grande y simpática Santa, prez y honra de la española Iglesia: y... ¿por qué no decirlo?, del Universo entero.

Acobardado, aplanado todavía nuestro espíritu con el recuerdo de las incontables magnificencias del histórico Monasterio, que aún perduran en nuestra retina, y que durarán, mientras el cuerpo nos haga sombra, en las... *celdillas lobulares* del departamento de nuestra memoria, como si a todos nos hubiesen dado *cañazos* o hubiésemos comido *pata*, reina en el vagón un profundo y obstinado silencio.

Valiéndome del telégrafo de banderas, pido informes de los vagones circunvecinos, y quedo enterado de que igual calma meditativa, igual sopor admirativo reina y gobierna en todo el convoy: ¡hasta el juguetero *Riquimiqui* alarga la fisonomía, y mira hacia adentro, *recordando*, tal vez, aquellos rosados tiempos en que jugaba *al trompo* en la plazuela de Santa Lucía!

Las estaciones de Zarzalejo, Robledo y Santa María

Alameda pasan ante nuestras casi hipnotizadas pupilas *tanquam umbra, tanquam folium quod ventus rapitur*; y con estos alardes bíblicos, y previo un toque de atención de mi cornetín de órdenes, se desvanece, como por ensalmo, el atosigador marasmo que se enseñoreaba de mi Grupo, y como alegre rayo de sol por el resquicio de negra nube, surge de nuevo el contento y la alegría; que no en balde la tristeza y la apatía, cosas eran que odiaba a muerte la regocijada Virgen Castellana, hacia cuya cuna corremos con *rapidez* vertiginosa.

Para levantar de una vez los decaídos ánimos, hago el *reparto social* de los bombones y chokolatinas; y endulzada y... ennegrecida la *bóveda... plana* de nuestro paladar, retumba otra vez, vibrante como disparo de bombardas, el Himno, y los yermos campos y estériles llanuras de la provincia avilesa, saltan y ríen de júbilo, al escuchar las líneas primeras de nuestras trovas:

¡Cantad a Teresa,
La galana flor...!

Se trata de su Santa, de su predilecta Hija, de la que es el ornamento mejor del castellano terruño, y valles y collados, matojos y viñedos, estiran los brazos, y parece que cadenciosamente se mueven en danza flamenca, añorando tal vez lo que, desde tiempo inmemorial reza, aquel cantar quejumbroso de nuestra sevillana tierra:

¡No sé lo que tienen, mare,
Las flores del Campo Santo!;
Que cuando el aire las mueve...
¡Ay Soleá, Soleá...!!!
Que cuando el aire las mueve...
¡Parece que... *se menean!*

Inspirado ante aquel jubiloso zarandeo *rural*, el autor de este archifamoso Viaje suplica a un robusto chico

del Grupo, que se preste por unos instantes a servir de mesa de escritorio, y obtenida *la venia*, colocó sobre sus espaldas una blanca cuartilla de satinado papel, y haciéndole cosquillas con el incesante garrapateo del lápiz, fraguó esta composición que saco aquí, a la pública vergüenza:

Plegaria a Sta. Teresa de Jesús

SONETO

Fuego de serafín tener quisiera
Y alas, con las que el alma desde el suelo
A la serena paz del almo cielo,
Con rápido volar subir pudiera;
Y allí, en la pura y reluciente esfera,
Donde Teresa vive y del Carmelo
Es regalada flor, este mi anhelo,
Con muy rendido acento le dijera:
Teresa hermosa, mira que tu España
Va subiendo la cuesta del Calvario,
Víctima triste de enemiga saña,
Que le prepara ya tumba y sudario;
Sé nuestro amparo, y con graciosa maña,
Líbrenos tu gracioso Escapulario.

Acabábase el soneto cuando la estación de Navalperal alzose como centinela avanzado, ante nuestros ojos.

En el andén, cubierto de masas pueblerinas que, al frente de su Párroco, anciano y casi ciego, acuden a saludarnos, se improvisa una fiesta audaluz: aprovechando los escasos minutos de parada, todos descienden de los coches; y formando corro y batiendo estruendosas palmas, rasga los aires la..., *rubia voz* de *Riquimiqui* con las siguientes *sevillanas* que bailan con el garbo y salero propio de nuestra tierra, una chica agraciada de Gua-

dalcanal y un *pollito* con... *espolones retorcidos*, de Lora del Río:

De El Escorial salieron...

¡Olé!, los peregrinos:

Su Cardenal los guía,

¡Olé! con mucho tino!

Y aquí bajamos;

Y en Navalperal bailan

¡Olé!, los sevillanos!!!

Terminada esta copla con un nutrido aplauso de los *navalperalenses*, la indiscreta campana de la estación repiquetea que es un primor, y... todos huyen en busca del salvador asiento; pero se trata de una falsa alarma: descendemos de nuevo; y de nuevo, y más pujante se arma la fiesta, con las siguientes coplejas improvisadas, con que ameniza el jolgorio un anónimo *cantaor*:

¡Navalperal nos dice

Con alegría,

¡Vivan los Peregrinos

De Andalucía...!

¡Siga la fiesta!

Que esto, y más se merece,

Santa Teresa.



Más le temo, señores,

A la campana,

Que a unas viruelas... locas

O a unas... *tercianas*:

Pues nos da el susto,

Sin saber que, si toca,

Toca de... gusto.

¡Navalperal galante!
¡adiós!... decimos:
Te dan rendidas gracias
Los Peregrinos.
De hoy, más hermanos,
Somos los avilese,
Y sevillanos.

Y... ¡ahora sí que va de veras! ¡el agudo silbido de la locomotora, que lanza blanquecinos chorros de vapor nos empuja, a guisa de bieldo, sobre los *mullidos* almohadones de nuestros zaquizamíes ferroviarios; y con la honda pena estereotipada en la faz de los *navalperalenses*, que se quedan con la miel en los labios, arranca de nuevo el convoy, cruzándose, a los pocos pasos, con el larguísimo tren de adoradores nocturnos madrileños que, después de celebrar en Avila solemnísima Vigilia extraordinaria en honor de Santa Teresa, regresan a su tierra.

De tren a tren se entabla una *campal* batalla de pipos, saludos, vítores, palmas y entusiásticos y delirantes *vivas*: se chocan las manos de andaluces y madrileños, a través de las ventanillas, con temor de sacralas estropeadas: cambiamos nuestros Himnos, y todos al unísono, y como movidos por idéntico resorte, prorrumpimos en el Himno Eucarístico, que allá, al son de mil voces, se eleva, alegrando a los ángeles del cielo, y desgranando sus viriles notas por las escabrosidades abruptas de la provincia de Avila.,.

¡Gloria a Cristo Jesús!
Cielos y tierra, ¡benedicid al Señor!
¡Honor por siempre a Tí, Rey de la Gloria!
¡Honor por siempre a Tí, Dios del Amor...!!

¡Bien quisiera disponer de pluma menos pedestre, menos... *sancho-pancesca* que la mía, para describir esta escena! Pues a su vista, tuve que repetir con el poeta:

Siento frío por la espalda,
Y me late el corazón...

es decir, que el entusiasmo, un entusiasmo rayano en el delirio, *¡el disloque!* que decimos los andaluces, se apoderó de nuestros ánimos y corazones; un *disloque* frontezizo de... la *fractura*, que nos hacía gritar, y cantar, y llorar, *velis nolis*: pero... con las mejores ganas del mundo.

Restablecida una paz casi octaviana, casi de égloga, dedicámonos unos instantes a repasar las columnas de *El Debate* y *El Universo* adquiridos en Navalperal a *peso de oro*; y hacemos votos de gracia por habernos librado en Madrid de la *suculenta y tritírea* huelga de los panecillos y de la colosal tormenta que apaciguó a los alborotadores, y que fundió, con *chispa* sin igual, una columna-soporte de los tranvías en la calle de Serrano.

Y para matar el tiempo que nos resta hasta Avila, abro un *concurso* entre los individuos de mi Grupo, número 20, proponiendo como *flor natural* para el vencedor un par de ya *lamiosillos* bombones, al que acierte la *similitud* siguiente:

¿En qué se parece el corazón al chocolate?

Todos se retiran a pensar: apoyado el codo diestro sobre la palma de la siniestra mano, y el índice de la mano derecha sobre la región frontal, bucean todos con inquisitiva mirada y relamiéndose por anticipado, los *chocolateros*... *abismos* de la semejanza; y... ¡nada! ¡la *luz* no se hace en la masa gris de aquellos cerebros! El tiempo vuela: la medio-eval y casi druidica estación de Herradón-La Cañada, ha... o hemos pasado; al fin, todos, tras esfuerzos importantes, se dan por vencidos; y aun-

que tentado estuve de dejarles, por torpones y memos, con las ganas; más de los bombones, que de la tan rebuscada solución, con aire *doctoral* y enarbolando el brazo derecho como en actitud de bendecir, díjeles:

—Pues se parecen, muy señores míos y amigos, en que el corazón *late*, y el... choco... *late...!!!*

Estruendoso palmoreo acoge mi... *salida de tono*: divídense con el *tornillo micrométrico* los *despachurrados* bombones; y todos satisfechos y murmurando el salmo Davídico *Eruclavit cor meum* con el hartazgo, nos apostamos en las ventanillas, para contemplar allá en lo más alto de empinada loma la histórica ciudad de Avila con su amurallado recinto y esbeltos baluartes: tiramos, en son de saludo, a la lejana ciudad, un montón de besos para que los ponga, en nombre de Sevilla, a las plantas de Teresa de Jesús; y a las dieciocho con veintisiete, como estaba *previsto* y... escrito en el horario, entró nuestro tren en agujas, a los marciales acordes de la Marcha Real. En el andén aguardan a la Peregrinación y ofrecen sus respetos al Emmo. Sr. Cardenal el Obispo dimisionario del Tonkín, las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, el Maestrescuela de la Catedral Don José Caro, la Junta del Centenario, el Clero secular y regular, Comisiones lucidas de la Academia, Intendencia, Diputación, Ayuntamiento, Delegación de Hacienda, Instituto y Sucursal del Banco.

Hechas las presentaciones y saludos de rúbrica, con febril apresuramiento salimos a la parte exterior, donde el noble pueblo de Avila de los Caballeros nos prodiga una ovación que escucha, por lo estruendosa, hasta el *Maestrescuela*: y como ya esto resulta colarse en Avila, como Pedro por su casa, y sin decir *¡agua va!*, justo es que nos tomemos un momento de respiro, y que también se abarrote de *carbón* noticieril, y... *entre en agujas* nuestro

CAPÍTULO VI.

En Avila

¡Avila, ciudad nobilísima, que nos recuerdas con tus almenadas fortalezas aquellos siglos de oro de la patria historia que pasaron tal vez para no volver más! ¡Bendito relicario que atesoras en tu seno joyas y monumentos mil que miran con pasmo y envidia todas las naciones! ¡Tierra bendita de promisión, cuna feliz de la gran Teresa de Jesús, semillero de reliquias venerandas y de piadosos recuerdos...!!

Como el cansado peregrino, a la vista de la Ciudad Santa de Jerusalén, deja que antes de entrar en tu amurallado recinto, me prosterné, y bese el polvo que hollaron tus héroes y guerreros, la tierra que tantas veces pisó aquella *Santa andariega*, que es el mejor florón, la más rica presea de tu corona.

Yo te saludo con el entusiasmo y calor que caracterizan la andaluza tierra, y por anticipado sé que corresponderás con la hidalguía que es tu blasón más preclaro, y con aquella recomendada llaneza del castellano consejo cervantino.

.....
Sirvan estas líneas de *mentis* y *tapaboca* a los que se figuran que el Jefe y... *reclutas* del Grupo núm. 20 se vienen al viaje *ayunos* de urbanidad, *horros* de ilustra-

ción, y... con coplitas de repente. Y... ¡vamos a la Procesión, maletín en mano!

La temperatura es gratisima. La polvorienta carretera que atravesamos, vése sombreada por corpulentas acacias llenas de flores, y aún no han granado los verdes trigales de los campos colindantes: puede asegurarse que estamos en los primeros días del risueño Abril de nuestra tierra.

A las puertas del Convento de Santa Ana, de Religiosas Bernardas del Cister, y en el que se educó la reina D.^a Isabel *la Católica*, nos esperaban las Comunidades Carmelitas, organizándose a seguida la procesión con velas encendidas para acompañar a la veneranda Imagen de la Virgen de la Caridad, escogida por Teresa, al perder su madre natural, como su *Madre y Maestra*.

Dos interminables y vistosísimas filas de peregrinos, presididos por el Sr. Cardenal y autoridades locales, van a la vanguardia del paso de la Virgen, que parece sonreír, e invaden con ejemplar y edificante compostura las calles que rebosan de gente, ostentando ricas colgaduras y racimos de preciosas caritas avilesas todos los balcones y ventanas del tránsito.

En el trayecto tengo ocasión de admirar los típicos trajes de charros y charras, y sobre todo, los *junquitos* o... garrotés que, a guisa de bastón, se traen los campesinos, pensando que para el agua no servirán, pero sí para *deslomar* a un cristiano.

¡El Señor nos libré de una *mala hora*, de un *testigo falso...!* etc., etc.

El canto del Himno se repite sin cesar: un pequeño y bien ensayado Orfeón de niños nos ayuda en la... *polifónica* tarea, y a los *quites*, la Banda de música derrocha alegres tocatas.

¡Qué entusiasmo! ¡qué acto tan brillante! Por aquí las cadencias del Himno, por allá las aclamaciones, el palmoteo de la muchedumbre apiñada que se descubre

devotamente; más allá, nubes de pétalos de rosa, violetas y jazmines, cayendo de balcones, como ofrenda de cariño, sobre las andas de la Virgen; el vacilante reflejar de las innumerables velas entre las sombras de la tarde que declina; el rumoreo de los curiosos, las argentinas notas de las voces infantiles: *Riquimiqui* esfumándose en las lejanías con el estandarte de la Peregrinación sevillana, el azulado humo de los incensarios...

Pero todo esto es, ¡menos que nada para lo que nos aguarda!

A la salida de la Plaza, donde se alza la Iglesia de la Santa, nos espera apuesta, simpática, arrogantísima, luciendo manto y sayas de tisú de plata, bordado en oro, y sobre argénteas andas, la preciosísima Imagen de Teresa de Jesús; y al verla, el entusiasmo se desborda, las aclamaciones se multiplican, las lágrimas corren abundantes, el escalofrío de lo sublime nos electriza, y *viva la más güena moza der mundo!*, grita a mi lado un alcalareño; *¡jolé por las Castellanas graciosas!*, contesta un jerezano; y entre flores y *chicoleos* al *Hechizo avileño*, hacemos nuestra entrada triunfal en la Iglesia, convertida en un ascua de oro, y que ostenta en su fachada, espléndida y artística, iluminación eléctrica.

Avileses y sevillanos, nobles y plebeyos, ricos y pobres, en amigable consorcio y como río desbordado, llenan los ámbitos del hermoso Templo: un bosque de luces, maceteros y artísticos jarrones con flores engalanan el altar mayor; nuestro incansable Prelado sube al púlpito, y arrodillados todos, rezamos con él una estación mayor al Santísimo Sacramento; y a continuación Su Eminencia Reverendísima, visiblemente emocionado y con vibrante frase de apóstol, pronuncia sentidísima y elocuente alocución a los avileses y sevillanos, saludando a aquéllos y rindiéndoles gracias por el fastuoso y cariñoso recibimiento hecho a los peregrinos, y exhortando a éstos a seguir la peregrinación con verda-

dero espíritu de penitencia, para obtener por mediación de aquella Santa, cuyo lema era *¡O padecer o morir!*, abundantes gracias espirituales: terminando con una entusiasta y afectuosa súplica a la Santa avileña, que enardece al público y arranca de sus gargantas delirantes aclamaciones a la Castellana simpática, a la linajuda Avila, y hasta... a la *Virgen de la Macarena* proclamada por los *purpúreos* labios del no menos *purpurino Riquimiqui* que allá, en el Presbiterio, berrea y vitorea como un energúmeno.

Se inició el desfile; y en busca de hospedaje cómodo y barato, nos echamos a nadar por entre las sirtes y escollos, vulgo *pedruscos salientes*, de las *abulenses ruas*: la animación de la ciudad es indescriptible: bandas de música agotan su clásico repertorio en las plazas públicas y paseos; las murallas y torreones de la ciudad brillan, en obsequio de los peregrinos, con potentes focos eléctricos; banderas y gallardetes de . . . *rebajados* colores ornan los puntos estratégicos; y después de pasar la mano por el lomo de unos elefantes pétreos, *pa-sientes* en línea recta de los célebres toros de Guisando que también *pétreamente*, se yerguen en los salamanquinos campos, dando *balquinazos*, arribamos a la calle de los Tallistas, núm. 15, domicilio de la distinguida señora Viuda del General Franco que, en obsequio nuestro, ha convertido su hogar, que es un museo de arte filipino, en *hospital de sangre*, en el que entonamos el... *In exitu Israel de Egipto*, y... *despejamos* un poco nuestras *harto eclipsadas* faces y *carboneriles* manos.

Después de cenar con un apetito de 80 H P, nos informamos de que en el salón de sesiones del Excelentísimo Ayuntamiento tendrá lugar esta noche en honor de los peregrinos, una velada organizada por la Cámara de Comercio de Avila, de la que daré muy escasos detalles por tres razones principalísimas: 1.^a, porque no asistí al acto; (¡huelgan, pues, las otras dos razones!) Y

no asisti, también por tres razones: 1.ª, porque, tras la ruda jornada del día, no podía ni con mi cuerpo, que de glorioso no tiene ni pizca... (y sigue... la huelga de las otras dos razones.)

Pero así y todo, y en mi afán de sacarlo todo a colación, allá va el programa del literario-musical festejo, celebrado, en son de afectuosa bienvenida, en obsequio de la Peregrinación andaluza:

Primera parte

- 1.º *Sólo la libertad que proviene de Dios es la verdadera*, discurso leído por D. José Fernández Losada, abogado.
- 2.º *Aires rusos*, de Weber, por el Orfeón Teresiano Abulense.
- 3.º *Los amores de un Serafín*, prosa y verso. Poesía de D. Froilán Perrino, Lectoral.
- 4.º *Ave María*, de Tomás Luis de Victoria, por el Orfeón.
- 5.º *A Santa Teresa*, poesía de D. José Mayoral Fernández.
- 6.º *Balada Gallega*, por el Orfeón.

Descanso de diez minutos. (En este número entiendo yo que tomaron parte las masas corales y todo el público, hasta yo, desde mi tálamo, cubierto de adamasquinada colcha.)

Segunda parte

- 7.º *Santa Teresa y el Episcopado*, discurso por el Padre Abelardo, Carmelita descalzo.
- 8.º *En la trilla*, de Haedo, por el Orfeón.
- 9.º *Honor de nuestro pueblo*, poesía de D. Ferreol Tomás Hernández.

- 10.º *El siglo XVI y el XIX*, discurso de D. Nicanor Calleja.
- 11.º *Himno a Santa Teresa*, de D. Gonzalo Artaza, por el Orfeón.

Invitado por el P. Abelardo, también hubo de hacer uso de la palabra el benemérito pedagogo onubense Sr. Siurot; habló además el Excmo. Sr. Alcalde, y cerró la Velada con frases gratulatorias nuestro Eminentísimo Prelado.

Según lo que después supe por testigos fidedignos rayaron a incomensurable altura, lo mismo oradores que músicos y poetas, haciendo pasar deliciosísimo rato a la distinguida concurrencia que llenaba las Salas Capitulares: yo, valiéndome de esa mirada intuitiva y casi... *católica* (por mal nombre Rayos X), de que a cada paso echan mano los *reporters* de funciones religiosas que describen de ordinario sin presenciarlas, digo y aseguro, que me gustaron extraordinariamente, y aplaudí desde mi cama a rabiar, las composiciones de los Sres. Perrino y Mayoral, y sobre todo los *Aires rusos* de Weber que influyeron a mi juicio en las *tormentitas*, también de *Weber o de Comer*, del día siguiente.

Y extinguida con mi aliento bucal la *medrosica luz* de la capuchina que arde sobre mi mesa de noche, *ahormado* el cuerpo sobre el mullido colchón, doy media vuelta a la derecha para ahuyentar penosas pesadillas, y... ¡a dormir se ha dicho!

Y pues la tarea es larga, abramos del capítulo de... *imprevistos*, el...

CAPÍTULO VII.

Fiestas en Avila y visita de Monumentos.

Todavía, quien mal perjeña estas líneas, ocupaba la *penitente* posición vertical con la pared colindante; aún el rubicundo Apolo atrevido no se había a despachar con viento fresco el rosado *bolquete* de la aurora; aún mis veteranos vecinitos dormitaban con *seráfico* sueño, cuando el formidable rugido de la tempestad, evocada por los *aires rusos* de la noche anterior, retumbó en las alturas, como amenazador *toque de diana*.

Haciéndome el sueco al *firmamental* y elocuente llamamiento, me *ensindoné* lo mejor que pude; introduje, cual grulla macho, la cabeza bajo las almohadas, cerré muy apretadamente los ojos para no ver el cárdeno zigzaguar de los relámpagos, y me dispuse, rezando, a que pasaran los rabiosos furios de... *la primera de la serie*.

A las siete de la mañana nubladísima del día posterior de Junio, seguido de *la flor y nata* de mi Grupo, me encaminé a la preciosa Iglesia, de estilo gótico florido, de *Mosén Rubí* (hoy de Dominicas); y celebrado el Santo Sacrificio, dí gracias al Señor en aquella Santa Casa, donde es tradición que, cuando muchachuela practicaba sus devociones la inclita Doctora.

De allí, a la Iglesia de *la Santa*, templo barroco ro-

mano del siglo XVII, edificado en el mismo solar en que se alzaron un día la casa y jardines de los padres de Teresa de Jesús.

Correteamos por el lindo verjel que aún queda, y en el que tanto saltaría de gozo la niña Teresa, cogimos como valioso recuerdo unas plantitas de violetas (y perdónenos la Santa el hurto!), y pasamos a la Iglesia en los emocionantes momentos en que el celosísimo Penitenciario de la Catedral hispalense D. Mariano Gómez Saucedo, tras fervorín de sentidos arranques y frases ternísimas, distribuía el *Pan de los Angeles* a avileses y sevillanos, de los que no faltó ni uno, al menos de mi Grupo, al eucarístico banquete.

Terminado este conmovedor acto, desayunamos en una confitería, cuyo nombre no recuerdo, con las riquísimas yemas, más ricas aún por llevar el nombre de Santa Teresa y que compiten con las no menos ricas y famosas del Convento sevillano de San Leandro. Hubo quien devoró un par de... *docenas*, y se quedó tan fresco... con el vaso de agua con que finó su *ágape*.

Mientras llega la hora de la Función principal, y aprovechando *una clarita* visitamos con detenimiento la Catedral, fundada, según tradición, por Fernán González, renovada en estilo románico en la reconquista de la ciudad por Alvar García de Navarra en 1091, y cuyo carácter general es el románico de transición, o un estilo gótico de los siglos XIII al XIV, aunque en algunos trozos es románica del más depurado gusto, como es su elegantísimo ábside, que a primera vista ofrece aspecto de fortaleza medioeval.

Admiramos la artística sillería del Coro, el altar mayor con su crestería gótica y tablas de la vida de Cristo, los Evangelistas y los cuatro Padres de la Iglesia, de Pedro Berruguete, Juan de Borgoña y Santos Cruz; nos extasiamos ante el sepulcro (estilo plateresco como nuestras Casas Consistoriales de Sevilla), de *El*

Tostado, atribuido con gran fundamento a Domenico Francelli, contemplamos las filigranas del Trascoro y un grupito de atentos *si que también* interesados monaguillos nos conduce a la Capilla de San Segundo, Patrono de la Ciudad, y luego a la del Sagrario, que aparece *cruelmente* encalada, y por último, a la puerta... de la calle, donde en actitud expectante y sonrientes los picarescos ojillos, aguardan el óbolo gratificador, convertido en blanca peseta, que los colma de júbilo, y a nosotros de... *póstumas* atenciones.

Van a dar las diez, y regresamos a la Iglesia de la Santa, donde ocupamos sendas sillas en la nave lateral derecha. Ha dado principio con solemnidad extraordinaria la Misa Pontifical, que celebra nuestro Prelado, oficiando de diáconos y subdiáconos de oficio y honor, respectivamente, los señores Penitenciario y Lectoral de nuestra Catedral, el Arcediano Sr. Oliva, y el Capellán Mayor de San Fernando y Secretario de Cámara y Gobierno del Arzobispado D. Eugenio Almaraz.

Actúa de presbítero asistente el Deán D. Luciano Rivas; y de mitra y báculo, los presbíteros Sres. Alvarez Díaz, de Peñaflores, y Ruiz López, de... *su pueblo*.

Sevilla está lucidamente representada; mejor dicho, Sevilla en pleno, está en el altar. La concurrencia es tan distinguida como numerosa: las tres espaciosas naves del Templo rebosan gente, ávida de saturarse de las magnificencias del culto a las plantas de Santa Teresa, que ocupa sitial de preferencia.

Terminado el canto del Evangelio, ocupó la cátedra sagrada el M. Iltre. Sr. Canónigo Doctoral D. José Moreno Maldonado, el que, tomando por texto el versículo del *Magnificat*, *Fecit mihi magna qui potest est*, tuvo por algo menos de una hora, pendiente materialmente de sus labios, al auditorio que seguía con avidez al orador en sus arrebatadores periodos.

Como la índole, y sobre todo la *urgencia* de este li-

brejo no permite la reproducción íntegra y fiel del trabajo del Sr. Moreno Maldonado; y como por añadidura estropearon los filos de mi taquígráfico lápiz los morrocotudos truenos con que en aquella hora nos saludaba (y van dos!) la... *segunda de la serie*, sólo haré un ligero esbozo de su hermosa obra.

Comienza el orador refutando con bríos la acusación de mujer desequilibrada e histérica, lanzada por algunos contra Santa Teresa, probando que la ciencia, la literatura y el sentir cristiano, desmienten y tiran por tierra tan infundada invectiva.

En párrafos magníficos expone cómo la Santa Avilesa es el centro y el imán de los corazones; no sólo de todos los pueblos de España, sino de todos los católicos del mundo, que se sienten atraídos por su gran espíritu.

Hace un paralelo entre Juana de Arco y Santa Teresa de Jesús para expresar que Santa Teresa es el ideal, la bandera, la fórmula que encierra el espíritu de nuestra patria, con la ventaja por parte de la Seráfica Virgen Castellana, de habervencido, no con el ruido de las armas, sino por el amor que atrae hacia sí todos los corazones.

Y entrando ya de lleno en el tema de su discurso, explana con maestría, cómo la reforma protestante concentrando todo el veneno satánico de quince siglos, redujo sus ataques a los puntos capitales del dogma católico. En España, los herejes jamás obtuvieron arraigo, siendo más bien que hombres de ciencia, gente pervertida.

Santa Teresa venció a los enemigos de la Iglesia con armas espirituales, pudiendo nosotros contraponer a la sensualidad y costumbres corrompidas de los Constantinos, Egidios y Ciprianos de Valera, los deseos del martirio de la niñez de Santa Teresa, que fueron presagios de la penitencia y mortificación que llena toda su

vida hasta llegar a aquel apóstrofe sublime... *¡o padecer o morir!*...

Con elocuencia no menor, prueba la obediencia de la Santa a la Iglesia y a todos sus representantes; y demuestra cómo contra la campaña que hacían los protestantes contra los Sacramentos todos, y con rabia especial contra la Eucaristía, ella levantó Templos y fué paladín esforzado de la devoción eucarística, de la Virgen y de San José, al que nadie en el mundo ha dado más gloria accidental que Santa Teresa.

Y remata y cierra, como con afiligranado broche, su meritísimo trabajo con una fervorosa súplica a Teresa, a la que llama alma de España, *salero* de Castilla, amadora andante de Cristo y perfume de nuestra raza, pidiéndola en párrafos imposibles de transcribir el dominio de Cristo sobre nuestra Nación desventurada.

Muchas, efusivas, valiosas felicitaciones recibió el orador, y yo, que fuí el primero que allí lo hice, soy ahora el último que aquí lo hago, desde el *empolvado cuchitril* de mi librero, enviando al Sr. Moreno Maldonado mi humilde y entusiasta parabién.

A continuación dió Su Eminencia la bendición a los fieles, concediendo 200 días de indulgencia; y estimando algunos profanos en *achagues* litúrgicos que aquéllo era un *ite missa est* anticipado, invadieron el vestíbulo del Templo para hacer compras de rosarios y medallas, y disfrutaron de la hermosa *sinfonía* de la borrasca que, galante en demasía, nos agasajó con una *chispita* inofensiva, que (¡lo confieso ingenuamente!), me puso la carne... de *gallina* a medio desplumar.

Terminada la Misa que fué la del Maestro Ravello y cantada a cuatré voces, ¡orque meto la tormenta de *bajo* (debajo se había de ver la muy... *truhana!*), y acompañada al órgano por el joven y competentísimo organista de la Basílica hispalense; terminada la Misa,

se cantó el Himno a más de mil voces, y se organizó a seguida la procesión con los pasos de la Santa y la Virgen de la Caridad, verificándose en la Plaza la ceremonia típica y clásica de la despedida.

Durante la ceremonia, andaluces y abulenses rivalizaron en sus aclamaciones: hijos de Sanlúcar de Barrameda, entre ellos, los Presbiteros Sres. Otero, Núñez Alonso y Rodríguez González, llevaban sobre sus hombros las andas de la Virgen, por ser la *Caridad* la Patrona idolatrada de la hermosa ciudad gaditana; el entusiasmo es impondérable...!!

El aguacero núm. 532 pone *lo suyo*; y aguantando a pie firme, digo a *trancada* firme, el chubasco, llevamos a la Catedral la Virgen.

Y después, cada mochuelo a su olivo, a reponer fuerzas, y prepararnos para las excursiones vespertinas, *si el tiempo lo permite*, como rezan los carteles taurinos.

Y como quiera que aún están... *verdes* los preparativos del almuerzo, nos instalamos bajo un cielo más negro que las intenciones de D. Pablo o D. *Alacandro*, en las sillas de bejuco del jardín de nuestra amable Patrona, la distinguida Viuda del General Franco, dando allí lectura, entre copa y copa de *brandy*, a la siguiente poesía, leída en la noche anterior por su autor en la hermosa velada con que la Cámara de Industria y Comercio abulense, tuvo a bien obsequiarnos.

Dice así:

A Santa Teresa

(Por D. José Mayoral Fernández)

¡Santa excelsa, ínclita Virgen!: dignamente tejería un poema en honor tuyo, si lucrar la mente mía consiguiera algún destello de tu santa inspiración. Precisaba de tu arrobó celestial para adorarte,

de tu fe para sentirte, y ¡oh, Teresa! para amarte,
de una chispa de aquel fuego que abrazó tu corazón.

Falto estoy de estas mercedes; pero no venzo el anhelo
de que queden mis ideas sin alzar hasta tí el vuelo,
al rendirte un homenaje merecido la Ciudad:

El tributo de estos versos es humilde, como mío;
mas la suple el entusiasmo de mi alma que te envió
en las almas venturosas del amor y la piedad.

Y ahora más, que si produce en el alma orgullo cierto
ser tu hijo, se acrecienta esta dicha ante el concierto
de mi España al demostrarte su profunda admiración.
Pues te ofrecen hoy sus galas las llanuras de Castilla,
los vergeles de Valencia, los pensiles de Sevilla,
las campiñas de Galicia y los montes de Aragón.

No es España, es todo el orbe quien te rinde pleitesía
en tu Avila, en tu patria, respirando la ambrosía
de su ambiente embalsamado por tu aliento celestial.
En la patria de los Santos, donde *Santa* te llamamos,
porque siempre descolando entre todos te admiramos
como el sol, luz de la vida en el mundo sideral.

¡Salve, Virgen abulense!; ¡salve Santa Protectora!
no es posible en este instante para el alma que te adora
en estrofas inarmónicas su entusiasmo describir.

Juzgaría el pretenderlo de ridícula quimera:
si mi númen de medida de mi amor ¡ay! estuviera
como tú, por contemplarte, *moriría por morir*.

Por mirarte en el Empíreo por los ángeles cantada
con tu Madre sin mancilla, como Esposa inmaculada:
una Madre y una Esposa que Dios hizo para amar.
Una Madre que es María, y una Esposa que tú eres,
las dos rosas de virtudes, las dos ínclitas mujeres,
las dos fuentes de amor puro, las dos Vírgenes sin par.

Un aplauso que se escucha en Navalperal atruena
los oídos del emocionado lector, que junto con el efusi-

vo apretón de manos envió al Sr. Mayoral, que honra su apellido, manejando el plectro; y a continuación, por complacer a los dueños de la casa, que lo piden con insistencia, y sin temor a la lluvia que hace nos guarezcamos en el merehdero, al son trepidante de una nueva tormenta... (*¡la tercera de la serie!*); se improvisa una *juerguécita* andaluza, en la que se bailan las típicas sevillanas, con coplas improvisadas, tan oportunas, graciosas y con tanto aqúel, que hasta las nubes se echaron a palmotear de gusto.

Acabada la fiesta y llamados por el elocuente clamoreo del aroma y de cierta magnífica tortilla; nos embutimos en el comedor; almorzamos a cuerpo de rey; y a las catorce, poco más o menos a la calle en un *omnibus* medioeval, pagado por horas, dando principio a la visita de Monumentos notables.

Las primicias de nuestra admiración y de nuestros entusiasmos se las lleva la Basílica de S. Vicente, que se alza, a la Puerta de su nombre, sobre el lugar en que, en tiempo de Diocleciano, fueron martirizados por el gobernador Daciano los tres Santos niños hermanos Vicente, Sabina y Cristeta. Este templo, declarado monumento nacional, y hoy en reparación es sin exageración, uno de los más bellos edificios de la Ciudad avilesa, y el mejor tal vez en el mundo de los de su estilo románico del siglo XII.

Su riquísima portada con estatuas a los lados del más puro estilo románico, su espaciosa nave central que convida al recogimiento, sus artísticos ventanales, su retablo grandioso fueron pasto sabrosísimo de nuestros admirados ojos: y después de estampar, con nerviosa mano, nuestras firmas en elegante album, encabezado con la firma de personas reales, descendimos por desgastados peldaños, (que son tantos, como palabras tiene el *Credo*), a la Cripta, donde aún se admira y conserva en su rudeza primitiva la dura roca, junto a la cual

sufrieron el martirio los Santos Niños, y el oscuro hueco por donde apareció gigantesca serpiente que defendió los inanimados cuerpos de los Mártires.

Cercana a este lugar bendito, está la Capilla de la Virgen de la Soterraña donde es tradición, que junto al altar se descalzó Santa Teresa de Jesús, yendo definitivamente del Convento de la Encarnación al de San José, el primero que fundó la Santa Madre, y por tanto, cuna gloriosa de su gran reformación Carmelitana.

A continuación, dirigimos nuestros pasos a la Iglesia, llamada vulgarmente de *las madres*, tan cuajada de piadosos recuerdos; y a la derecha de la Iglesia principal, vimos la primitiva con su sencillo corito y tres altares dorados. La puerta del Convento primitivo quedó en la nueva Iglesia al lugar en que hoy está sepultado el gran devoto de la Santa y protector de su Orden el Excmo. Sr. Marqués de Canales de Chozas.

La Iglesia principal se comenzó en tiempo de la Santa, como se lee en tantas cartas suyas sobre la capilla de San Lorenzo, para enterramiento de su hermano D. Lorenzo de Cepeda. Pero no terminada del todo, a la muerte de la insigne Teresa de Jesús, se varió el plan de construcción, y se siguió el del Sr. Mora, arquitecto de Felipe II.

Como nota de piadosísimo interés, hemos leído y oído decir que sobre esta Iglesia hay varias revelaciones del cielo sobre su edificación y planos, y sobre milagros en los tiempos venideros.

Y sin tiempo que perder, pues el tiempo vuela, retorciendo calles y desempedrando cuestas con los herrados cascós de sus *corceles* nuestro ómnibus, nos lleva en un *santiamén* a la parte baja de la Ciudad, y muy cerca de la vía férrea, al famosísimo Convento de Santo Tomás, residencia hoy de Padres Dominicos; y coincidiendo la nuestra con la llegada del Emmo. Señor Cardenal que montaba el carruaje elegante que a su

disposición puso la cristiana Condesa de Villahermosa, fuimos recibidos a las puertas del histórico edificio, fundación de los Reyes Católicos, por el venerable Prelado dimisionario del Tonkin, Excmo. Sr. Don Fr. Máximo Fernández, por el M. R. P. Prior y Comunidad que, con su proverbial galantería nos atendieron y asesoraron en la visita.

El templo es de grandiosas proporciones, suntuosísimo y de estilo gótico florido. En la última capilla lateral derecha, donde se conserva aún cual veneranda reliquia el confesonario de la Santa, recibió la Virgen abulense el soberano favor de que San José y la Santísima Virgen le pusieran el manto blanquísimo y el precioso collar de pedrería, y en la misma Capilla se venera el Santísimo Cristo de la Agonía que habló según fundada tradición a la Santa Madre.

Son por todo extremo notabilísimos en este Santuario, a parte de muchas incontables grandezas, la tumba, estilo Renacimiento, del Príncipe D. Juan, nacido en Sevilla, e hijo de los Reyes Católicos, que se alza en la nave mayor, y que se atribuye al atrevido buril de Domenico Francelli: en la tercera capilla lateral izquierda, la tumba de los fundadores, D. Juan de Avila y D.^a Juana Velázquez: la sillería coral, que es una filigrana preciosa de estilo gótico florido; y sobre todo, el altar Mayor sobre un arco rebajado, en el que recordamos el precioso retablo de nuestro antiguo Seminario Conciliar de Sevilla, y en el que no son tanto de admirar las ricas tablas de Fernando de Gallegos, como la piedad acendrada de los Reyes Católicos, que para que la rica verja y hacheros del sepulcro de su hijo no ocultaran la mesa del altar, levantaron éste sobre el arco referido.

En su Sagrario se guarda una Sagrada forma, milagrosamente incorrupta, desde hace 425 años.

Bajada en solemne procesión al plano de la Iglesia,

el P. Palacios, natural de Aracena y educado en el Seminario hispalense, con palabra fluida, castiza y elocuente, pronuncia fervorosa y breve plática, en la que enumeró los motivos especiales de interés que para los andaluces tenía la Iglesia en que estaban reunidos, entre otros el estar en ella ocupando preeminente lugar el sepulcro del sevillano Príncipe Don Juan. Historió luego el milagro de la conservación de la sagrada Forma, que intentaron profanar unos judíos; extendiéndose en consideraciones teológicas sobre este misterio eucarístico.

Los peregrinos reverentemente desfilamos todos adorando la Sagrada Forma, expuesta en riquísimo viril de oro, y cantándose mientras duró el acto, extraordinariamente conmovedor, el *Pange lingua* y el valiente himno del Congreso eucarístico.

Y después de recorrer todas las dependencias del Convento, Claustros, museos y Biblioteca, nos dirigimos por fuera de las murallas, al Convento de la Encarnación, monasterio de Carmelitas de la antigua observancia.

Como los lugares que ahora vamos a contemplar son un relicario de vivientes recuerdos, con el buen gusto de no haber variado un solo clavo, ni quitado la apolillada hoja de una puerta; como aún parece que se va a oír tras aquel bendito torno, o ver tras aquellas empolvadas celosías a la Madre Teresa; como se trata del apacible retiro que testigo fué de las virtudes y comunicaciones internas y externas de la Santa con su Dios, justo es que hagamos punto, y consagremos a tantas emociones, como allí experimentamos, capítulo aparte.

CAPÍTULO VIII.

En el Convento de la Encarnación

Más de cuatro centurias han pasado, con sus rigores e inclemencias sobre el Monasterio, de aspecto simpático por su modestia y sencillez, objeto en estos instantes, más que de nuestra admiración, de nuestra veneración más rendida. Aún respírase allí, entre los agrietados muros, cubiertos de trepadoras parietarias, el mismo ambiente que respiró y embalsamó con el aroma de sus virtudes aquella Santa de cuerpo entero, de corazón grande y de gracia soberana, que se llamó Teresa de Jesús.

Después de haber recorrido en toda su extensión la preciosa Iglesia del Convento, venerando, al fondo del crucero, la hermosa Capilla erigida en el lugar de la celda de la Santa, y la tribuna del mismo crucero, donde San Juan de la Cruz oró y volvió a la vida a una religiosa que acababa de fallecer sin Sacramentos; después de besar con ósculo enamorado la almohada que le sirvió a la Santa y la llave de su celda, tocando en estas reliquias rosarios y medallas, nos dirigimos todos al patio que da acceso a la puerta seglar del Convento, cuya clausura va a abrirse para la Peregrinación Sevillana por gracia especialísima obtenida por nuestro Eminentísimo Sr. Cardenal, concesión no hecha ni aun a los

mismos avilese, con ser compatriotas de la Virgen Castellana.

Para proceder con orden y evitar molestas aglomeraciones, se hizo la visita en tres numerosos grupos o tandas: primero, el señor Cardenal con todos los sacerdotes, después las señoras, y por último los caballeros.

Narrar todo lo que allí se vió, todo lo que se gozó y se sintió en aquellos lugares benditos donde la gran Teresa tomó el hábito, y pasó los mejores años de su vida y recibió inúmeros favores de su Amado, y ejerció *aparcería* con la Virgen Santísima el cargo de Priora; relatar, aunque sea muy a la ligera, las hondas emociones, los tiernos afectos que en aquellos seculares claustros, sombreados por añosas parras, experimentamos, empresa sería de nunca acabar y digna de pluma mejor cortada y menos juguetona que la mía, desgarrada y ramplona.

Las religiosas, distribuidas por los diferentes lugares venerandos, explicaban, atentas y amabilísimas, a los peregrinos, la historia detallada y significación de los mismos.

Admirados los *locutorios bajos*, uno en que se le apareció a Teresa, son sus mismas palabras en el *Libro de su Vida, la sabandija grande, fea y extraña*, y Nuestro Señor atado a la Columna; y otro en el que, tratando con San Juan de la Cruz del misterio de la Santísima Trinidad, se vieron los dos, radiante el rostro, que sin remedio se arrebataban y, asidos a los sillones, se levantaban con ellos y en el aire quedaron absortos, arrobados en contemplación soberana; visitado con religiosa compostura el *locutorio alto*, en que es tradición que la Santa departía con frecuencia con sus confesores, los PP. Alvarez, Báñez Ibáñez, y con San Pedro Alcántara, San Francisco de Borja y San Juan de la Cruz, y en donde vimos, al servicio del público, un sillón del tiempo de Santa Teresa, formado de veludillo granate, en el que

debieron asentarse tantos Santos y tantos venerables varones; pasamos al gran Claustro del Convento, ofreciéndose a nuestra vista la escalera, antesala de la Gloria, donde rubio como las espigas de los trigales castellanos, blancó más que el ampo de la nieve que se cuaja en las montañas, gracioso y acariciador, y con ojitos como de quien eran, del gran Robador de almas, apareciósele un día a la Santa el Niño Jesús, sosteniendo con ella este brevísimo diálogo celestial, que ha pasado a la historia:

—¿*Quién eres?*—pregunta el Niño desde los peldaños bajos de aquella escalera. santa cual la escalera de Jacob, a Teresa que desciende ligera, y que, arrobada en éxtasis, cruza las manos sobre el pecho anhelante, a vista de aquel prodigio.

—*Yo soy*, exclama ella, éxtasiada y gozosa, —*yo soy... Teresa de Jesús!*... ¿Y tú, quién eres, que me robas el alma, que enajenas mis sentidos, hasta sentirme desfallecer con la dulcedumbre de la miel de tus palabras, y con la luz de tus ojos, y con los perfumes de nardos y jazmines de tu aliento... ¿quién eres tú, Niñito?—pregunta Teresa,

—*Yo soy*, replica el Niño, con inflexiones de brisas paradisiacas en sus frases, —*yo soy Jesús de Teresa!* Y la celeste, la divinal visión desaparece, quedando Teresa prosternada y suspirando de amor sobre aquellos escalones, que nosotros besamos, más que con los labios, con el alma y el corazón.

Pisando levemente aquella escalera, que debiera subirse de rodillas, fuimos al Coro alto, donde la Santa vió un día que, mientras la Comunidad cantaba la *Salve*, los ángeles estaban uno en cada asiento de la sillería del Coro, y desde aquella fecha las religiosas, por respeto se asientan en la grada: allí, doblamos nuestras rodillas ante la imagen del Bendito Patriarca San José, llamado *el Parlero*, porque daba cuenta a la Santa de lo

que ocurría en el Convento en sus ausencias, y ante la imagen de la Santísima Virgen que la Santa puso en la silla prioral, y en las manos las llaves del Convento, cuando *contra viento y marea*, fué a tomar posesión de su Priorato en aquella Comunidad, cuyas disensiones terminaron.

Después visitamos la estrechísima celda en que fué recluida Santa Teresa, cuando hizo sus primeros intentos de reforma, por lo que sufrió grandes persecuciones; y a continuación el lugar benditísimo, encima de la portería, salpicado con la sangre de la Santa, donde un día, serafín armado de aurífero dardo *transverberó* su enamorado corazón, viviendo así con la herida abierta y mandando sangre veintitrés años, quedando estupefacto ante prodigio tal la ciencia médica: en los muros de esta celda admiramos, encerrados en artísticos relicarios, bordados y primores salidos de manos de la Santa avileña.

En el Coro bajo, veneramos la silla misma en que Santa Teresa colocó, como a *Priora efectiva* a la Santísima Virgen; y a más la *cuatricula* o ventanilla del Comulgatorio en que recibió de Nuestro Señor el clavo de su diestra, en arras de sus místicos desposorios, y en donde, aparte de otros innumerables favores, sintió, al comulgar un Domingo de Ramos, que se le deshacía en sangre en la boca la Sagrada Hostia.

Al ángulo que da a la entrada, y campa ante la Iglesia del Convento contemplamos el devoto oratorio en que, a vista de Nuestro Señor llagado, el *Ecce Homo* que allí se venera, se deshizo la Santa en dolorosas y amargas lágrimas, y tomó resoluciones que decidieron en adelante los grandes progresos de su vida espiritual. También fué objeto de nuestra admiración en la huerta, y próximos al ángulo anterior al Convento, una ermita sexagonal, en el mismo lugar de la casa en que vivió San Juan de la Cruz.

También visitamos otros muchos lugares que sería imposible de reseñar, por ser a cual más interesantes, y constituir todo el Convento algo así como colosal Archivo o Museo grandioso de santos recuerdos.

Y después de proferir repetidas veces las frases del Príncipe de los Apóstoles en el Tabor: *bonum est nos hic esse!*, siguiendo la amplia carretera, y entre los *arrullos adormecedores* de la tormenta (¡la cuarta del día!), nos trasladamos a los *Cuatro Postes*, al Humilladero con su Cruz en el centro, cerca del puente sobre el Adaja, en que es tradición, encontró su tío a la Santa y a su hermano cuando huían del hogar paterno en busca del martirio.

Y desde allí, extasiados en la contemplación de la nobilísima ciudad avilesa que con sus torreones y baluartes se esfuma en el nublado horizonte, admirando los bien conservados lienzos de sus fuertes y artísticas murallas, entre chubascos que azotan, con *más ruido que nueces*, las cortinas de gutapercha de nuestro vehículo, entramos en la ciudad, pensativos y en silencio, fotografiadas aún en el alma, e impresas en la retina las magnificencias contempladas, cabe los vetustos paredones del bendito Convento de la Encarnación.

Tras brevísimo descanso, amenizado con el cambio de impresiones y con algún que otro *truencillo* de menor cuantía, salimos de nuevo a hacer provisiones de *baratijas y recuerdos*, y a pasear nuestro tormentoso *spleen* por los preciosos soportales de la Plaza Principal, en que la Banda municipal deja oír alegres composiciones y *flirtean* los alumnos de la Academia y algún que otro peregrino, ingertado en Tenorio, con las lindas chicas avilesas.

Cenamos al fin; rezamos en comunidad y al pie de los catres el Santo Rosario y nuestras devociones: nos

embutimos en el lecho, y soñando con Santa Teresa, de un sólo tirón nos encajamos en el rayar de la aurora del día 1.º de Julio. Toco a *diana* con unas palmaditas que saben a *cuerno quemado* a mis durmientes vecinos, y realizado escrupulosamente el capítulo de *aseo facial y manual* vamos a la Iglesia de las Madres, donde después de celebrar el Santo Sacrificio el señor Cardenal, ofició la Misa de Comunión el simpático avilés nuestro Penitenciario Sr. Gómez Saucedo; y después de dar un inquisitivo *vistazo* a la Iglesia de la antigua Parroquia de Santo Tomé, convertida hoy por arte de *birlibirloque* en Provisoria de Guerra, desayunamos y... almorzamos a continuación *propinzando* como postre a la morenilla Fidela un par de *ojos de bucy*, para que a su vez *propine* nuestro recuerdo a la... *cohorte cocineril*.

Nos despedimos de la amabilísima dueña de la casa, que se empeña en bajar a la estación, y así lo hizo; y rodeados, como siempre, de maletas, sacos de mano, búcaros y cestas, entramos en el andén a la una en punto, y cuando aún no está formado el tren que nos ha de conducir a la histórica Salamanca.

Desde poco después de las doce, era materialmente imposible dar un paso por la estación, donde vimos al Ilmo. Sr. Vicario General y Gobernador Eclesiástico del Obispado D. Isidro Castelo, al Excmo. Sr. Gobernador Civil, al digno Alcalde Sr. Sánchez Monge, al Presidente de la Audiencia Sr. Meréndez Pidal, al de la Cámara de Comercio D. José Aguirre y numerosísimo grupo de cuanto vale y significa en esta ciudad de noble abolengo.

Avileses y sevillanos fraternizan y departen en amigable consorcio, no cansándose los andaluces de expresar su satisfacción y agradecimiento por las atenciones que durante su breve permanencia en ésta han recibido.

Marca el reloj la una y cuarto, hora oficial de nues-

Entra partida: el momento de arrancar el tren es verdaderamente grandioso y de intensa emoción, que se traduce en llanto de regocijo. Los *¡vivas a Avila y a Santa Teresa!* se suceden sin cesar: las señoras agitan sus pañuelos: los hombres descubiertos contestan a las aclamaciones con gran entusiasmo, y los peregrinos, asomados a las ventanillas, correspondiendo a aquellas sinceras manifestaciones de simpatía, saludan cariñosos al pueblo de Avila, del que eternamente llevarán guardado en el alma el más sincero reconocimiento.



CAPITULO IX.

Camino de Salamanca

Altamente satisfechos y más que nada impregnados de un cariño más puro a la Santa Madre Teresa de Jesús, hemos salido de la ciudad que meció su cuna, y se honró y se honra todavía orgullosa con ser su madre.

Cada cual comenta a su manera, pero todos con encendidas frases, los deliciosos ratos pasados en Avila de los Caballeros, y lamentan la brevedad de las horas de nuestra estancia en ella: es grande la alegría, indescriptible el entusiasmo que reina en todos los departamentos: los que al partir de Sevilla, venían aquejados de algunas dolencias, han visto desaparecer, como por ensalmo, sus males; y todos ríen, todos cantan, todos se hacen lengua del gozo sano que satura el alma.

Como cinta cinematográfica desfilan ante nuestros ojos los fértiles campos de Mingorría, Velayos, Sanchidrián, Adanero, Arévalo, Palacios de Goda, Ataquines y Gómez Narro: bajo un furioso aguacero que repiquetea con *notas de cristal* en las cubiertas de los vagones, después de dejar a la derecha el Castillo de la Mota y las ruínas de un templo románico, llegamos a la espaciosa estación de Medina del Campo, tan famosa en lo antiguo por su floreciente comercio, y tan notable al presente por los valiosos recuerdos históricos que atesora.

Aprovechando la media hora de descanso que la Comisión organizadora concede, no faltan entusiastas que, sin temor a la persistente lluvia, entran en la ciudad y he aquí, a grandes rasgos o... a *puntadas de vara y media*, las bellezas que contemplaron.

El Convento de Carmelitas descalzas, segunda fundación del abrasado Serafín del Carmelo, que en su mayor parte se conserva como le dejó su Santa Fundadora: además de su celda, convertida hoy en devotísimo Oratorio, consérvanse en la clausura el locutorio y portal que en los primeros tiempos sirvieron de Iglesia, y tan *desmantelada*, dice con su inimitable gracejo la Santa, que de miedo a que le robaran el Santísimo Sacramento velaba de noche en una ventanilla, que tapa hoy un cuadro en el locutorio. Este locutorio y su reja son los mismos en que Teresa ganó a San Juan de la Cruz y al Venerable P. Antonio de Jesús para primeras piedras y fuerte cimiento de su reforma entre las religiosas.

Una verdadera exposición de valiosas reliquias teresianas aparece instalada por las religiosas en su Iglesia, y cuya relación omitimos en obsequio a la brevedad.

Inmediato al Convento está el célebre *Palacio de Dueñas*, en que habitó el emperador Carlos V a su paso para el Monasterio de Yuste, y cuyo dueño obsequió al César, que le agradecía quemara canela y otros aromas en sus braseros, arrojando entre sus ascuas cientos de miles de ducados en juro contra el mismo Emperador. Son muy de admirar en este Palacio el sencillo artesonado de su portalada, y el hermoso patio de orden corintio con su escalera de magnífica balaustrada de piedra.

Frente a este Palacio está el *Convento de Religiosas Agustinas*, en cuya Iglesia gótica sirvió de acólito San Juan de la Cruz. Y un poco más allá están las ruinas del Palacio en que murió el célebre Marqués de la En-

senada: y a algunos pasos de distancia la *Iglesia de la Compañía*, que guarda los restos del profundísimo teólogo P. Valencia, y posee un precioso relicario con algunos autógrafos y reliquias de San Ignacio de Loyola.

En la Plaza Mayor, una de las Mayores que se conocen, está la *Iglesia Colegial*, levantada por los Reyes Católicos, y en que son muy de admirar el altar mayor, una de las mejores obras de Pedro Berruguete, y en el altar lateral izquierdo, unas tablitas de San Gregorio Magno, en extremo notables. Esta Iglesia tiene a la plaza un balcón con su altar de Nuestra Señora del Pópulo, donde en tiempo de las antiguas ferias de Medina se decía Misa cada día, cesando toda negociación mientras se celebraba el Santo Sacrificio, que oían comerciantes y compradores.

En la misma plaza y junto al Ayuntamiento se conserva una puerta sencilla con arco de piedra (que hoy sirve de entrada a un comercio de ferretería), único resto del Palacio en que murió aquella gran Reina que se llamó D^a Isabel *la Católica*.

En el camino de la estación a esta plaza y un poco a la izquierda, se ven dos columnas de poca altura, al parecer sin fin alguno y como restos de alguna edificación, y que según tradición popular, se creen ser las que sostenían la banca de piedra del primer cambista de Medina, que se declaró insolvente a sus compromisos (¡cosa nueva! ¿eh?), y en castigo le rompieron la banca en que hacía sus asentamientos; de donde dicen tener origen la palabra *quiebra* y *bancarrota*.

A la misma plaza afluye la calle de San Segundo, en que está la antigua Parroquia de este nombre, en cuya pila fué bautizada la Venerable Madre Ana de Jesús, una de las más preclaras hijas de Santa Teresa, que después de varias fundaciones en Granada y Madrid, extendió su Reforma en Francia y los Países Bajos.

Al final de la calle de Salamanca está el *Hospital*,

fundación de Simón Ruiz Embito, piadoso cambista del siglo XVI, y en el que se guardan como preciosos recuerdos, los originales de las primeras letras de cambio que se usaron en el mundo.

A más de todo ésto, que no es poco ni despreciable, visitaron los *desertores* peregrinos, siempre bajo las *caricias... pluviales* que no cesan, la Capilla de la primera Misa de San Juan de la Cruz, la Parroquia de San Miguel, de lindo estilo gótico escorzano, los Conventos Reales de Clarisas y Dominicas, fundaciones respectivamente de D. Pedro *el Cruel* y de la Reina viuda de D. Fernando de Antequera; y por último, y ya que despiadadamente seguía... *jarineando*, el lugar donde estuvo la antigua laguna en que de muchacho se cayó San Juan de la Cruz; *laguna famosa*, de la cual con sorna preguntó D.^a Isabel *la Católica* a los diputados de Valladolid si *se había quemado* también, cuando por el incendio grande de Medina, trataron de arrebatarse sus mercados.

Con este bagaje de curiosísimos recuerdos, y calados hasta los huesos, llegamos a la estación, tomando el tren por los *mismisimos pelos*, y cuando el reloj marcaba *las catorce y minutos*.

Arrancar el tren y presentarse otra vez ante nuestros ojos, cual *fantasma aterrador*, el famoso *Castillo de la Mota*, todo fué una misma cosa. A vista de aquella fortaleza de elevado emplazamiento, hay quien por hacer gasas de erudición barata, asegura, formando *castillos* en el aire, que allí nació D. Mariano del Castillo, el popular autor del Almanaque Zaragozano: otros, con espeluznantes detalles, narran apariciones de *trascos y almas en pena*, con su imprescindible ruido de cadenas, y la voz triste y gemebunda de... *¡caigo o no caigo!*

Yo entonces, para hacer abortar tanta *trola*, contéles a mi manera la historia que, como cierta, corre de la fundación de su baluarte.

De la fundación del *Castillo de la Mota* o *Monta...* (*¡tanto monta!*) que habitaron los Reyes Católicos, y en uno de cuyos puentes pasó varias noches su pobre y desequilibrada hija D.^a Juana, de la fundación de ese Castillo, he aquí lo que se dice en tierras de Castilla.

Dícese (y no va de *cuento de... viaje*, que conste!); dícese que acusaron ante el Rey, uno de nuestros Alfonsos, a un rico labrador navarro llamado Andrés Sánchez, de que tenía en Medina una fábrica de monedas; querellósele el Monarca, y el Andrés, sin desmentir la acusación, citole a verla un día, muy de mañana. Llegó el Rey a casa del labrador en ocasión que salían a su trabajo cientos de pares de yuntas de labor con sus revezos, aperadores y gañanes, y mientras en su interior se escuchaba la sonería incesante de martillos y de yunques: eran de las fraguas donde se calzaban las rejas y armaban los arados para los pares que el Rey había visto partir a la labor, y habiéndole mostrado éstos el Andrés, introduciéndole en el local inmenso de sus fraguas, hízole comprender que aquélla en realidad era una verdadera fábrica de moneda: ¡tanto producía la explotación de los campos de Medina! Era Andrés un fiel vasallo de su Rey, y como rico, hizo construir para defensa de la Villa y de sus campos, el Castillo de la Mota, que puso a disposición del Monarca de Castilla. Esta fortaleza, tan sólida en su edificación como severa en su ornato, no ofrece estado ruinoso: aunque desmantelada y maltratada por la incuria del tiempo, todavía conserva sus galerías bajo la cinta exterior de sus almenas y sus cubos...

Aquí llegaba en mi narración ante los embobados individuos de mi Grupo, cuando la repentina parada del tren nos puso en conocimiento de que habíamos arribado felizmente al Carpio, límite de la provincia de Salamanca, donde subieron a cumplimentar y ofrecer sus respetos a nuestro Emmo. Cardenal-Arzobispo, el

Excmo. Sr. Gobernador Civil y el Vicepresidente de la Diputación salmantina.

En obsequio de estas autoridades que, atentas y en nombre de Salamanca, se anticipan a darnos la bienvenida, el canto, más pujante que nunca, del Himno, resuena de coche en coche, y alegra con sus notas las llanuras de Cantalapiedra, Carolina y Pedroso hasta llegar muy cerca de las seis de la tarde al pueblo de Gomecello, donde a pesar de la implacable lluvia, tributan al señor Cardenal cariñoso homenaje sus paisanos de La Vellés que, sufriendo molestias e inclemencias del tiempo, y después de recorrer a pie algunos kilómetros, acuden gozosos a besar el anillo del Príncipe de la Iglesia, nuestro Prelado, que por primera vez después de recibir el capelo cardenalicio, pasaba por estos lugares, su país natal.

Un *empujoncito* más de la máquina, y *pasada... por agua* la estación de Moriscos, llegamos a la insigne ciudad de Salamanca, población feliz que estrecha entre sus brazos (o más bien entre la planta de sus dedos), la Cuna y el Sepulcro de la Santa avilesa, a las seis y cuarto de la tarde, cuando el Padre Sol, envidioso tal vez de nuestra *homérica odisea*, ocultaba entre negras nubes el rostro y cuando, para tomar refuerzos y afilar el lápiz, abro yo el

CAPÍTULO X.

En Salamanca

Y entramos, apretaditos como *sardinas en banasta*, en el pueblo de los salamanquinos que son, por lo general, sobrios, laboriosos sufridos y leales, de carácter grave y franco; de genio dulce y apacible; de costumbres sencillas y cultas.

El recibimiento que la noble tierra salmanticense hace a la Peregrinación andaluza y a su dignísimo paisano y Presidente de honor el Emmo. Sr. Cardenal Almaraz, supera y deja muy atrás a los hasta ahora recibidos.

Bien puede asegurarse que Salamanca ha hecho un alto en su rutinaria vida, y rindiendo sus habituales moldes y desbordándose de inusitada manera, ha concurrido a la estación y poblado sus calles para ofrendar a los embajadores que venían de la católica Sevilla las primicias de su hospitalidad, de su hidalguía y de su nobleza.

Aquello me resulta, si puedo decirlo así, como una prolongación de Andalucía, y los corazones todos, salmantinos y andaluces, laten al unísono y al unísono saltan de gozo, pues los une y confunde el apretado lazo del culto común a la Santa Castellana.

Al descender del tren las bandas de música ejecu-

tan el Himno nacional, cuyas bélicas y marciales notas apagan las aclamaciones, aplausos y vivas ensordecedores y estruendosos.

Pasados los primeros momentos de entusiasmo y confusión, en el salón de recepciones de la estación son presentados por el señor Alcalde a Su Eminencia las personalidades que a recibirnos habían acudido.

Y lápiz en ristre, entre apreturas sofocantes y empujones de *padre y muy señor mío*, tomo taquigráficas notas de los señores siguientes, no sin hacer la... *socorrida* salvedad de la omisión involuntaria de nombres y apellidos.

Y ahora, pacientísimos lectores, preparáos a leer la... lista del censo electoral salamanquino, y creo que me quedo corto.

Vimos allí, entre el elemento eclesiástico, al Excelentísimo Sr. Obispo de la diócesis, acompañado del Provisor, Secretario de Cámara y Mayordomo de Palacio; una lucida comisión del Cabildo Catedral, compuesta de los Canónigos Sres. Liñán, Pereira, Boiza y el Beneficiado D. Marcial Aniceto; el Rector y Profesores del Seminario, D. José Manuel Bartolomé, Rector del Colegio de San Ambrosio; el P. Federico González, con una nutrida comisión de Estanislao y Luises; los Sres. Sacerdotes que constituyen la Real Capilla de San Marcos; comisiones presididas por sus Superiores de los Institutos religiosos de RR. PP. Jesuitas. Franciscanos, Carmelitas, Salesianos y Agustinos; inmensa mayoría del Clero regular y secular de la población y gran número de Párrocos y sacerdotes de la provincia que vienen a practicar Ejercicios espirituales, y las Asociaciones Teresianas y de las Tres Marías.

Entre el elemento civil, el Excmo. Sr. Gobernador civil de la provincia con su Secretario; el señor Alcalde al frente de los Concejales Sres. Díez Ambrosio, la Riva, Criado, Durán, Mayorga, Díez Solano, García y

García y Santos Baz; el Sr. Jiménez y Díez Solano, representando a la Diputación provincial. Y entre el elemento militar, el Excmo. Sr. Coronel del Regimiento de Albuera, acompañado del Comandante Sr. Perote, del Capitán Sr. Arce y del Teniente Burot; Coronel de la Zona con los Sres. Teniente Coronel Ribot, Capitán Sevillano y Teniente López.

Y entre el elemento vario, el Senador del Reino Sr. Maldonado, Comandante de la benemérita Guardia civil Sr. Planas con el Teniente Sr. Blanco; D. Toribio de la Serna y D. Carlos Barrio, Delegado e Interventor de Hacienda; el Presidente de la Audiencia D. Antonio Santiuste y Vida; los Caballeros XXIV; por la Universidad, los Sres. Sánchez Mata, Revillo, Esperabé, Requejo, Bernis, Boiza, Bustos, Rodríguez Miguel y Díaz; por el Instituto, Sres. Reymundo, Dominguez Berrueta y Riesco Bravo, y por la Normal de Maestros, D. Lorenzo Niño.

También asistió numerosa y distinguida comisión del Círculo Jaimista y el *Requeté*.

A más, vimos y saludamos a los señores Marqués del Vado del Maestre, Caja, Bartol (D. Gonzalo), Trujillo, Arcos, Vázquez de Parga (D. Jacinto y D. Juan), Mozas, Merás, Mañes, Hernández (D. Avelino), Maldonado (D. Francisco), Barrado (D. Cándido), Hernández (D. Romualdo), Rodríguez de Dios (D. Emiliano), Sánchez Rodríguez (D. Martín), Montero (D. Juan), Acosta (D. Jacinto), Maldonado (D. Iñigo y D. Antonio), Pascua (D. Roque), Colsa (D. José), Reynaud (D. Enrique), Arenzana (D. Félix), Cid... y mi lápiz, convertido en tosco *crayón* de peón de albañil, se niega a estampar más nombres, cosa que lamento por dejar en las lamentables regiones del olvido a la preciosa comisión del bello sexo que, con *charla golondriner*a, nos aturde y embelesa.

Hechas las presentaciones, organizose inmediatamente la entrada en la población, acordándose que se

efectuara a pie, no obstante las *negruras* del firmamento, que van a hacer con nosotros la gran obra de misericordia de... *lavar la cara al peregrino*.

Al salir el Cardenal Almaraz a la explanada que da frente a la estación, el honrado pueblo salmantino, que en ella estaba apostado, prorrumpe en ovación ruidosa que hace estremecerse en sus cimientos a Cantalapiedra y en *vivas* delirantes al preclaro y eminente hijo de La Vellés y a los peregrinos.

A la par, la banda de cornetas del Regimiento de Albuera que con una sección montada de esta fuerza, ocupa la explanada para rendir los honores debidos al ilustre Purpurado y Príncipe de la Iglesia, deja oír sus agudas y marciales notas, ejecutando la Marcha Real.

En pos del Cardenal desfilan y baten marcha el escuadrón de Albuera, la inmensa concurrencia y las masas de peregrinos que cantan el Himno, y sin temor al inoportuno aguacero que los empapa, llegan a pie a la Iglesia del Patrono de Salamanca San Juan de Sahagun.

Congregados bajo las severas bóvedas del Templo, nuestro Prelado, hondamente conmovido, sube a la cátedra sagrada, y después de rezar una estación al Santísimo, pronuncia elocuentísimas frases para saludar y mostrar la gratitud de los peregrinos al pueblo de Salamanca, brillantemente representado por el Obispo de la diócesis, las autoridades y las Congregaciones religiosas.

Dijo que agradecía en lo mucho que valía y significaba, el grandioso homenaje que inmerecidamente se le rendía, el cual colocaba a las plantas de Sevilla.

Manifestó que el Templo en que se hallaba reunida la Peregrinación había sido levantado durante el pontificado del inolvidable P. Cámara, y a sus expensas, a San Juan de Sahagun, Patrón de Salamanca, cuyo carácter esencial fué el de Pacificador de los bandos representados por dos poderosas familias que tenían de-

solada la Ciudad, hasta el extremo de que parecía que se encontraba despoblada; pues la gente no se atrevía a salir, y llegó a crecer la yerba en sus amplias calles.

Recordó a los peregrinos el milagro que efectuó el Santo, deteniendo y derribando con la frase de... *¡tente, necio!* a un toro que halló desmandado por las calles de la Ciudad, ostentando hoy, y como recuerdo imperecedero de aquel prodigio, el nombre de *Tente-necio*, una de las calles de Salamanca.

Evoca igualmente la figura del nunca bastante llorado Obispo agustino Fr. Tomás Cámara, y termina diciendo que los tiempos actuales eran de lucha, y que preciso era buscar y vivir la paz de Dios.

Bendijo al pueblo desde el altar mayor, rezando a continuación un responso en sufragio del P. Cámara.

Y una vez más, siempre pujantes y valerosos, resuenan las bellas estrofas del Himno de la Peregrinación; y a sus sonos, iniciase un ordenado desfile en busca de los hospedajes.

El Grupo núm 20, de mi indigna jefatura, consigue alojamiento en el bien montado y confortable Hotel *Terminus*; y una *mijita* aseados, y después de hacer irrupción devastadora en el Refectorio que ofrece brillantísimo aspecto, nos alargamos para hacer la digestión de *la langosta* a la Plaza Mayor, que es, sin duda, una de las más grandes y más hermosas en su género de toda España. Su forma es cuadrada y uniforme en toda su construcción: tiene cinco grandes portadas y un grandioso claustro o soportal con noventa arcos, en cuyas enjutas se ven varios y artísticos medallones que representan la serie de nuestros Reyes y algunos españoles célebres.

Allí, respirando la fresca temperatura, fantaseando con los juegos caprichosos de la casta Febea, vulgo Luna, que deja ver parte del *lunático moño* por entre negras nubes; y escuchando las cadencias y acordes con

que la Banda municipal nos agasaja; allí, viendo caras conocidas de nuestros compañeros de excursión, pasamos gratisimo rato hasta las once, hora en que se inició la desbandada de peregrinos para marchar en busca del hospedaje confortador.

Y a fin de cerrar, poéticamente al menos, la jornada de este día, para solaz y orgullo de la Peregrinación Sevillana, copio y transcribo la hermosísima composición con que, desde las columnas del novel diario católico *El Salmantino*, nos saluda con arrebatado numen (que me recuerda algo, y aún mucho, al malogrado Gabriel y Galán), D. Roberto Alcover.

He aquí la bellísima composición; la titula el señor Alcover *Un amor y una embajada*, y la dedica a la Peregrinación Teresiana de Sevilla:

Un amor y una embajada

A la Peregrinación Teresiana de Sevilla

¡Hijos de Andalucía!
la ardiente y gñtilísima gitana,
de cuyo rico seno se desbordan
en áurea catarata
savias que son vergeles de hermosura,
frutos que son tesoros de abundancia;
hijos de la epopéyica matrona
de ojos de mora y alma de cristiana,
la que al Guadalquivir tiene por novio,
y por altar nupcial a la Giralda,
y en las Sierpes se muestra gran señora,
y maja bizarrísima en Tablada,
y en la Alameda, altiva macarena,
y gitana dulcísima en Triana;
alegres sevillanos,
háviles en tañer una guitarra
y en cantar una copla con donaire

y en retar a un rival con arrogancia,
felices moradores de una tierra
donde en coyunda idílica se ensalza
el trabajo fecundo de los cuerpos
con la alegría eterna de las almas;
¿qué venís a buscar a este terruño,
rincón de la llanura castellana,
tan sobria en su hermosura,
tan mísera en sus galas,
con un sol de quietudes luminosas,
con un cielo de paz cristalizada,
y unos hombres de ascético silencio,
y una tierra de extáticas entrañas?
¿Vinísteis a admirar sus recios campos
donde la mies granada
parece un mar de oro cristalino,
parece un lago de movable ámbar;
donde anida la alondra entre los surcos,
y reza el regatuelo en la cañada,
y canta la perdiz en el barbecho,
y sesteá el gañán junto a la parva,
y el cielo sin fronteras
con la llanura anchísima se abraza,
fundiéndose en un beso encandecido
de luces y de llamas?
¿O es que vinísteis a ahuyentar el polvo
de nuestras mudas piedras centenarias,
a poner en sus frías esculturas
el fecundo calor de vuestras almas,
a hacer que entre los góticos relieves,
en las maravillosas filigranas,
en el mágico encaje del granito,
y entre las encantadas columnatas
brote el rojo clavel de la alegría,
florezca el lirio azul de la esperanza?

Quien tal imaginase

¡Cuán mal entendería vuestras ansias!
Que allá, en la orilla del divino Betis,
allá, a los pies de la gentil Giralda,
hay una tierra cuyo amor cautiva,
hay un Edén cuya hermosura embriaga,
y no deja al espíritu
que en pos de otras bellezas se distraiga,
¡que es poco todo el corazón de un hombre
para amar a la tierra sevillana!

Porque hay allí vergeles hermosísimos
cabe las frescas márgenes del agua;
y hay viejos olivares en la vega
cuyos frutos parecen esmeraldas,
y floridos trigales en el llano
donde arrulla la tórtola encelada;
y hay ricas viñas de dorado fruto,
y hay bellos huertos de frescura grata,
y palmeras de talle gentilísimo,
y verdes toldos de frondosas parras;
y flores de matices encendidos,
y mujeres morenas y bizarras,
y un sol que es un incendio de alegría,
y un cielo que es un mar de luces diáfanas;
y de ese cielo en el azul intenso,
y de ese sol bajo la luz dorada
surgiendo milagrosas
recortándose altivas y gallardas,
la Catedral gigante en su hermosura,
la silueta gentil de la Giralda,
de la torre del Oro el trazo esbelto,
y los moriscos arcos del Alcázar;
¡arcos en cuyo seno
aún se escuchan los besos y las lágrimas
que la hermosa María de Padilla
rindió a D. Pedro en sus caricias lánguidas!
¡Qué noble es vuestra tierra

qué hermosa es vuestra patria!
¡No es posible que el alma que la ha visto
en pos de otras bellezas se distraiga!
Pero es que aquí, sobre el regazo austero
de esta muda llanura castellana,
sobre el tapiz agreste de sus campos,
sobre su faz rugosa y desolada,
cayó una flor de los eternos cármenes,
cayó una joya del divino alcázar,
cayó una estrella de la cumbre edénica,
cayó una luz de la eternal morada,
un pebetero de inefable aroma,
una centella de inmortales llamas,
un tesoro de místicas bellezas,
una rosa de ascéticas fragancias.
Y fué una humilde virgen
en cuya noble alma,
entre incendios de místicos amores,
vibró el grito pujante de la raza,
¡raza indomable y recia,
como joven leona amamantada
a los pechos del épico heroísmo
que de su historia eternizó las páginas!
Y la esposa del Rey de los dolores,
la humilde virgen de oración extática,
de inefable locura el alma presa,
en sublimes delirios inflamada,
fué por el mundo derrocando obstáculos,
fué por el mundo avasallando almas,
venciendo voluntades con su esfuerzo,
prendiendo corazones en sus llamas,
y enhiesta noblemente
con celestial audacia
la bandera gentil de sus ensueños
la enseña de sus místicas andanzas.
Y éste es nuestro blasón; ésta es la gloria

de nuestra vieja y noble Salamanca;
guardar en su regazo,
estrechar con amor en sus entrañas,
las reliquias mortales de esa monja
que Dios hizo española y castellana.
A los pies de su augusta sepultura
os llevan, sevillanos, vuestras ansias;
váis a dejar sobre su santo mármol
la más hermosa flor de vuestras almas,
el más abrasador de vuestros besos,
de vuestras oraciones la más alta.

Unida con la vuestra
os acompaña el alma castellana
el alma de este pueblo cuyos brazos
se abren para estrecharos entusiastas.

En el mundo invisible de la idea
vosotros sois la llama,
vivísima, incansable,
pujante, soberana:
somos nosotros el robusto tronco
que mudo, inmóvil, el incendio aguarda.
Unase el tronco helado con el fuego!
¡Estréchese la leña con la llama,
y aquí, cabe el sepulcro centenario
de la extática virgen castellana,
surja el brote primero del incendio
que ha de purificar la sangre hispana!
Incendio de sublimes idealismos,
fuego de redentoras esperanzas,
hoguera de ambiciones epopéyicas
fiebre de caridades sobrehumanas;
inquietud inefable del espíritu
que nunca abate las robustas alas,
que siempre eleva el arrogante vuelo
clavando en Dios la meta de sus ansias;
locura de grandezas,

delirio de arrogancias,
hambre eterna de santos heroísmos
sed de inmortalidad noble y cristiana.
¡En fin la llama altísima
que encendió de Teresa las entrañas,
y la llevó *liviana y andariega*
hasta la noble tierra sevillana!

Cuando en su ardiente seno
sintáis de nuevo el beso de sus auras
vosotros que trajisteis
escrita en vuestras almas
la embajada de amor que vuestra tierra
rinde ¿hoy? a la excelsa castellana,
llevad también en vuestro pecho impresa
otra dulce embajada;
y es que cuando de nuevo hayáis pisado
la tierra sevillana,
a los pies de la Virgen de los Reyes,
de San Fernando ante la urna santa
pongáis una oración como homenaje
de adoración sagrada,
ascética, solemne,
dulcísima, entusiasta,
que les rinden los hijos de Castilla,
que les paga la vieja Salamanca.

¡Dios le pague tan lindo obsequio, Sr. Alcover!
y reciba por conducto de este desmedrado cronista de
tres al cuarto, la gratitud inmensa de la Peregrinación
andaluza que bate palmas de reconocimiento y jalea
con entusiastas *¡joles los poetas!*... a V., por su valiosísi-
ma composición, que guardaré como oro en paño.

Cumplido muy a satisfacción este deber de corte-
sía, mato de un... *bajonazo* la luz; y *apuntillo*, mucho me-
jor que el popular *Manteca*, este capítulo, para iniciar
con mejores bríos, y tomar por la punta el jueves 2 de
Julio en el

CAPITULO XI.

Visita de Monumentos en Salamanca

Para hacer juego sin duda con el *modo de ser* de los días anteriores, en los que el despertar de la mañana fué harto *legañoso y plañidero*, también el rayar del alba de hoy *nos raya las tripas*, como decimos por acá, con el trajecito ceniciento y el *asperge* que se nos trae. Pero... ¿qué remedio?

Nos echamos a la calle, provistos de paraguas de *reducidísimo* precio, y después de celebrar el Santo Sacrificio en la preciosa Parroquia de San Martín que, como casi todas las de la capital, es de estilo románico del siglo XII, nos dirigimos, sin guía ni cicerone a la *Catedral Nueva*, en que sobre el plateresco y el barroco predomina el estilo gótico florido, obra de tres siglos, desde el 1509 a 1733. Su hermosa y elevadísima torre dominando sobre las vegas del Tormes, es como la atalaya y el faro de los caminantes salmantinos: todas sus fachadas son de una riqueza inmensa en hornacinas, y las tres de la entrada principal tienen esculpidas en piedra la Vida y Pasión de nuestro adorable Salvador. Entre las alhajas, ornamentos y preciosidades que atesora este monumento, merecen citarse, entre mil, la Custodia que es de indisputable mérito y pertenece al orden gótico, y una antiquísima y bella Imagen, bizan-

tina pura, en plata sobredorada y esmaltes, de la Santísima Virgen.

Visitamos a renglón seguido la Catedral Vieja, comenzada, como la Parroquia de San Marcos, por el conde D. Ramón de Borgoña en 1110, inaugurada en 1160, y terminada en los últimos años del siglo XIII; es una de las más hermosas creaciones y modelo del estilo románico de transición en España, alzándose en él la esbelta ojiva sobre columnas y capiteles románicos. Las tablas del Florentino en su interior; la severidad de las Capillas de grados y rito muzárabe, y la rica verja y sarcófagos de la de Anaya en el claustro, son de lo más interesante de aquel monumento, admiración de los arquitectos: y en cuyos capiteles internos, todos distintos entre sí, y lo exterior en sus ábsides, cúpulas y torres, pasan horas y días enteros extasiados muchos extranjeros, que se llevan a su país copias detalladísimas de cada una de sus piedras.

Y como a las ocho en punto celebra nuestro Eminentísimo Sr. Cardenal Misa de Comunión en la Iglesia del Colegio de Hijas de Jesús (Jesuitinas), dejando para más tarde nuestra curiosa investigación de cosas notables de esta Ciudad, a la que con sobrada razón apellida la fama *Roma la chica*, nos dirigimos hacia la pequeña y devota Iglesia cuajada materialmente de peregrinos y devotos, que reciben de manos del Prelado la Sagrada Comunión, no sin ser antes preparados para el celestial Convite con fervorósima plática.

Cantados el Himno de la Peregrinación y preciosos motetes eucarísticos, invadimos los amplios corredores que circuyen el Patio principal del Colegio, y más tarde, el Aula o Salón convertido por las buenas Hermanitas en lujoso Comedor, donde Su Eminencia obsequia a todos los peregrinos con suculento desayuno, en el que abundan las galletas, los buñuelos y los clásicos *calentitos* de nuestra tierra.

La animación que en estos momentos reina es extraordinaria; y entre sorbo y sorbo del riquísimo Moka y el chispeante dialogar de mis vecinos de mesa, recibimos los artísticos *Programas* para la Velada de esta noche, y unas preciosas estampas de San Juan de Sahagun, como recuerdo de nuestra visita a su Iglesia.

Sobre elevada plataforma se ve la mesa presidencial que ocupan el Sr. Cardenal, e ilustres Capitulares de Sevilla; y más tarde el simpático Obispo salamanquino, que viene a honrarnos con su presencia, siendo acogido con vivas y aplausos de la animada concurrencia.

La colegiala Srta. Conchita Ruano, luciendo el típico traje de educanda, lee de modo admirable un discurso de salutación al Cardenal, que es premiado con ovación ruidosa: y a continuación la graciosísima y salada niña María Ruano declama, mucho mejor que su tocaya la Guerrero, una linda y valiente poesía, alusiva al acto, que es coreada con las aclamaciones, *bravos* entusiastas y palmadas del auditorio electrizado por las mieles de la voz de ángel de la chica.

El Sr. Cardenal, hondamente emocionado, impone silencio a los peregrinos que aún ovacionan a la minúscula, aunque a mi entender muy mayúscula oradora, y dice:

«¡Sevillanos!; me son doblemente gratos estos saludos tan admirablemente declamados, por recibirlos de labios de estas niñas, nietas de un queridísimo amigo, compañero de mi niñez y de mis estudios.»

Las últimas palabras fueron acogidos con cariñosos aplausos, que se repiten más estruendosos al penetrar en el Salón, vistiendo riquísimo traje de charra, de terciopelo azul bordado en oro, la simpática sobrina de nuestro Cardenal, la bella Srta. María Almaraz, que aquí reside con su familia.

Y después, llamado Riquimiqui, ya lo podeis supo-

ner: ¡se armó la fiesta:! fiesta netamente andaluza, en que supliendo guitarra y panderetas con palmadas, bailaron dos cuerpos serranos, al son de estas improvisadas coplas que, Riquimiqui cogía al vuelo:

¡Viva la Macarena
Porque es mi barriol
¡Y viva Don Enrique
Almaraz Santos!
¡Viva mi tierral
Jole por Salamanca
Y Santa Teresa!

—
¡No empujadme, señores,
Que en el pañuelo,
Llevo cuatro galletas
Y tres buñuelos.
Si el hurto digo,
Declaro que es encargo
* Para un amigo.

—
La fiesta terminó entre el delirio de los salamanquinos que aplaudían a rabiar nuestras inimitables *sevillanas*. Y montando en benéfico y nada bien oliente *auto* que *sirenea* o *bocinea* a la puerta, continuamos nuestro *jubileo visitatorio*, empezando por la Rotonda románica de la *Clerecía de San Marcos*; y de allí al *Colegio de nobles Irlandeses*, obra de 1527, que agrandó Felipe II, para dar albergue a los nobles irlandeses incapacitados por la persecución de la reina Isabel de Inglaterra de seguir la carrera eclesiástica en su país. Son notabilísimos en este suntuoso edificio, la portada, el retablo de Berruguete y la Iglesia, y los ricos capiteles, medallones y bustos de sus Pat'os.

Objetos de nuestra incesante y ya crónica admira-

ción fueron después, aunque someramente descritos, la *Casa de Santa Teresa*, la primera que ocupó en Salamanca, la célebre de los *Estudiantes* y de la *Noche de Animas*, sita allá en la parte baja de la Ciudad en la calle del Arroyo del Carmen. En ella es tradición que escribió la Mística Doctora, después de un arrobamiento, esos nunca bien sentidos y saboreados versos:

¡Vivo sin vivir en mí!
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.

Muy cerca de ésta, visitamos las *Ursulinas*, en cuya Iglesia de gótico florido, admiramos a más del rico dorado de sus retablos y enterramientos, el riquísimo artesonado del Coro y las balaustradas y crestería de la Capilla Mayor que, con deplorable gusto, cubrieron con un tejado archimoderno, a guisa de sombrero. Frente a su ábside está la *Casa de las Muertes*, así llamada por las muchas que en ella se hicieron en tiempo de los bandos de Salamanca; su fachada es notabilísimo ejemplar de estilo plateresco, con el busto del Arzobispo Fonseca, su fundador.

El Palacio de Monterrey, cuya elevada galería y torreón son una de las mejores obras del Renacimiento: es propiedad de los Duques de Alba, y en él estuvo alguna vez Santa Teresa con ocasión de la enfermedad de una hija de los Condes.

Las Agustinas, convento levantado a expensas de los Condes de Monterrey, y en cuya Iglesia nos extasiamos largo rato ante el bellissimo lienzo de la Purísima, de Ribera, (*el Españolito*) que ocupa el testero del Altar Mayor.

La Iglesia de *la Cruz* que, aunque parezca de mal gusto, es uno de los más notables monumentos del barroco español, con la particularidad de que sus ramajes y hojarascas, en mala hora pintados, son todos en pie-

dra. El Pasma de la Virgen al pie de la Cruz que allí se venera, es una de las más devotas y mejores esculturas que se conocen, y se cree ser de Salcillo. También son notables los cristales de la Vida de Nuestro Señor, que ornán el frontal del Altar Mayor.

El Seminario, Colegio Máximo de la Compañía de Jesús, obra de grandiosas proporciones y buen gusto, debido a la magnificencia de Felipe III.

Frente al Seminario vimos la *Casa de las Conchas*, artístico y vetusto edificio, así llamado por las trece líneas de conchas esculpidas en piedra que salpican la fachada, proyectando oblicua sombra al herirlas el sol de costado. Cuatro gentiles ventanas, dos partidas en cruz, y otras dos por sutil columna en forma de ajimez, lucen entre aquel original adorno sus primores góticos y plateresco. Las del piso bajo ostentan lindísimas y primorosas rejas, y el portal su ancho arquitrabe bordado de ramaje y las cinco lises del escudo de los Maldonados, que por los años de 1512 se fabricaron tan soberbia mansión, sellada arriba por las armas imperiales.

La Universidad, considerada como la primera de España, y quizás de Europa, por su antigüedad y riqueza, con su imponderable fachada, de gusto plateresco, todas sus dependencias guardan recuerdos históricos de mucho valor: pinturas de gran mérito, el aula y la cátedra donde explicaba Fray Luis de León, la memoria del Papa Luna, etc., etc.

También visitamos la *Casa Colegio de San Bartolomé*, llamado vulgarmente *Colegio Viejo*, que constituye otra de las atrevidas creaciones, en que el genio del artista desplegó toda su pompa y donosura. El edificio se construyó en 1760, según los diseños de Don José Hermosilla: su fábrica pertenece a la arquitectura clásica la fachada es grandiosa, sobresaliendo en ella un pórtico de gran mérito, adornado con cuatro colosales columnas del gusto jónico compuesto. El claustro tiene

dos espaciosas y alegres galerías. La escalera principal que revela el mismo gusto y magnificencia que la del Palacio Real de Madrid, presenta dos ramales simétricos, con anchos escalones de suave declive. Los salones son vastos y cómodos, con techumbres doradas, que parecen hechos de ayer: en la Sala rectoral, situada en el primer piso, se admira una sillería, cuyos respaldos contienen miniaturas originales de la China, de una belleza y colorido verdaderamente encantadores. En la galería alta se conserva con suma veneración el cuarto que ocupó San Juan de Sahagun, que fué colegial mayor de este centro de la virtud y del saber. Aquí se formaron los antiguos oidores de nuestras Audiencias y los más grandes sabios y Prelados ilustres de nuestros mejores tiempos; y su reputación llegó a ser tal en el siglo XVI, que se le consultó sobre el célebre divorcio de Enrique VIII de Inglaterra con Catalina de Aragón.

De allí, y abismada el alma en dulcísimo recuerdo, fuimos a *San Esteban* (residencia de Dominicos), obra notable por su suntuosidad, uno de los más atrevidos Templos del período más álgido del gótico florido, considerado como otra de las tantas maravillas que encierra la antigua *Salmántica*. La Iglesia afecta la forma de una cruz latina, con capacidad para doce mil fieles: su portada es bellísima, decorada con multitud de estatuas y labores: el bajo relieve del centro, que representa el martirio de San Esteban es obra de Antonio Coroni.

Sus retablos de Churriguera; sus estatuas, de Carmona; sus lienzos de Claudio Coello; la hermosa sillería, cuyo testero es un fresco del Triunfo de la Iglesia, de Palomino; el nuevo Mausoleo del Duque de Alba; su espacioso, elevado y hermoso Claustro procesional con sus rasgados ventanales, su crestería y sus mechinales, su Sacristía y Sala capitular, todo grande, soberbio y proporcionado a la grande historia de aquel emporio de

la sabiduría, todo esto es menos que nada a la veneración de los fieles y de los sabios, como el hoy empedruscado salón en que el genial genovés Cristóbal Colón demostró a los preclaros hijos del mejor *Guzmán*, la existencia de nuevas e ignoradas playas allende los mares surcados y conocidos hasta entonces: en aquella sala, que engarzada en oro debiera estar, celebráronse brillantes conferencias con Colón, cuando este célebre navegante propuso a los Reyes Católicos el descubrimiento del nuevo Continente.

De una capilla de esta Iglesia, apellidada del Gallo y de la Gallina, se refiere la siguiente leyenda.

Agonizando el celeberrimo Maestro en Teología Padre Gallo, oraba en dicha Capilla el día de la *Domínica in passione* Santa Teresa de Jesús: asaltaron en aquellos críticos instantes al Maestro tentaciones, dudas, un mundo insuperable de perplejidades y angustias contra la fe: el argumentante, ergotista incansable, era el Demonio, al que con gracia sin igual llamaba *el tiñoso* Santa Teresa, que oraba más y más, porque sabía los aprietos y el compromiso en que estaba aquel profundísimo teólogo en el trance decisivo de su vida eterna; y tanto y también oró y luchó aquel Moisés del Carmelo, la ilustre Virgen abulense, que rendido el que *tanquam leo rugiens*, nos persigue, huyó rabioso, diciendo: *Ya me llevaría yo al Gallo, si no fuera por la Gallina...!!!* Esto cuentan: *e si non e vero...*

A continuación, y ya harto cansados de nuestra excursión, dimos un vistazo a la Iglesia de *Sancti Spiritus* o Comendadoras de Santiago, cuya portada plateresca, de Berruguete, el hermoso retablo del altar mayor y el rico artesonado de su Coro, dionos una ligera idea de la grandiosidad de aquéllo que fué, años atrás, recogimiento de las más linajudas damas españolas.

Y con un paseo por el hermosísimo Puente Romano, junto al que presenciamos un mercado o feria de ga-

nados, dando *pitazos* por las calles salamanquinas, llegamos al.. ¡*Términus.*, *hotell* donde almorzamos a las mil maravillas, y sesteamos *luengo* rato.

Abriendo en la siesta un consolador paréntesis, consigno aquí, como laureles de la Peregrinación andaluza, que esta mañana, y en la Iglesia del Seminario, dió, a ruegos del Sr. Obispo, una brillante Conferencia a los Sacerdotes de la Ciudad y a muchos de los pueblos de la Provincia, el incansable apóstol, y bienhechor de la niñez desvalida, nuestro queridísimo amigo y compañero el arcipreste de Huelva, de fama mundial por su ardiente celo.

Expuesto el Santísimo, comenzó el popular Arcipreste diciendo, que sentía al mismo tiempo gozo y confusión: gozo, por hablar y dirigirse a hermanos sacerdotes; confusión, por eso mismo, por dirigir su tosca palabra a quienes, más que él, sabían de cosas del espíritu. Dijo que le habían obligado a elegir por tema la *Obra de las Tres Marias*, de la que hablaría sin pasión de padre; pues él no había sido otra cosa que la corneta por donde había soplado el Señor, *el Amo*, el Deífico Corazón.

Expuso a grandes rasgos y con unción evangélica lo que es y significa un Sagrario abandonado, esa gran contradicción de nuestro léxico; y cómo *las Marias* con su celo y cariño vienen a desunir esas dos palabras, y a dar un poco de consuelo al Prisionero del Sagrario.

Bien quisiera yo, expresar, aunque en esbozo, lo mucho y bueno que allí manifestó con su particularísimo gracejo y gracia andaluza el ejemplar Arcipreste; pero baste decir, en son de resumen, que su palabra, su gesto, su voz, sus ademanes, todo fué fuego, fuego arrancado del mismo volcán donde se encierra, de las entrañas mismas del Tabernáculo.

Reciba el Sr. Arcipreste onubense nuestros plácemes sinceros, y si a bien lo tiene, hágalos extensivos a su valiosísimo Auxiliar en las Escuelas del Sagrado Corazón de Jesús de Huelva, que a la misma hora, y con la maestría y pericia especial que le caracteriza, explicaba una lección práctica, ante numeroso e ilustrado auditorio en las Escuelas del *Ave María* de Salamanca.

A las seis de la tarde, y en los amplios Claustros del Seminario Pontificio, los salmantinos obsequian a su ilustre compatriota el Emmo. Sr. Cardenal y a los miembros del Cabildo sevillano que lo acompañan, con un lucido *lunch* de honor, servido por el Hotel *Términus*.

La característica alegría, propia de estos actos, se refleja en los semblantes todos, pronunciándose al final, entre los zambombazos de los *destapamientos champagnecos* brindis elocuentes, que recopila en sentidas frases el ilustre agasajado, dando gracias a sus paisanos por el homenaje de cariño que le tributan.

Y como ya a estas horas, y a pesar de la menuda llovizna, un incesante y bullicioso hormiguero de peregrinos y no peregrinos, se nota en dirección a la histórica Universidad, hacemos nosotros *mutis* por el foro, nos *encasquetamos* el severo frac de recepciones, y sacando punta muy larga al lápiz descriptivo, abrimos el

CAPÍTULO XII.

La Velada

A decir verdad, y sin apasionamientos que ciegan, no un paupérrimo Capítulo, sino libro aparte se merece la descripción de este acto, el más brillante y lucido, el más hermoso celebrado por la Peregrinación Sevillana en honra y obsequio de la Mística Doctora.

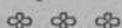
Gran interés y sentida expectación despertado había en el noble pueblo salmantino esta ofrenda literaria de Sevilla a Salamanca y a Santa Teresa, y por cierto que no salieron defraudadas sus esperanzas.

Y por dejar descansar un tanto mi ya mareada péñola; y más que nada, por ser yo uno de los *victimados* que habían de funcionar en el literario acto, cedo la palabra, y el lápiz, al simpático redactor de *El Correo de Andalucía*, que así dijo, *sacando el pecho*, desde las columnas del batallador periódico sevillano:

«Ningún lugar más a propósito para la Velada, tratándose de Salamanca, que el Paraninfo de la Universidad, de esa Universidad gloriosa en los anales de la historia de España, *alma mater* de doctísimos varones, tesoro de innumerables riquezas artísticas y de gloriosísimos recuerdos de nuestro siglo de oro.»

«Ha habido, durante la Peregrinación momentos de mayor regocijo; cuando a lo largo del tren, convertido por la comunicación de vagones en salón inmenso, circulaba una bullanguera *troupe*, que amenizaba el via-

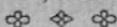
je, alternando el himno de los peregrinos con el alegre cantar de *jotas y sevillanas*: momentos ha habido de mayor emoción, cuando los peregrinos, después de un viaje de centenares de kilómetros, se postraban silenciosos, extáticos, conversando interiormente con la Santa, ante el lugar bienhadado de su nacimiento, en la Celda de la Transverberación y en aquellos Claustros de su Convento que aún conservan sus perfumes: ha habido momentos de mayor entusiasmo, que se manifestaba, delirante en las procesiones realizadas, por el himno mil veces, y a porfía, repetido, y los *vivas* y aclamaciones a Santa Teresa, que salían del alma y llegaban al Cielo. Pero lo repetimos; el momento más refulgente y conmovedor, el acto más brillante de la Peregrinación, lo que en lengua gabacha expresado fué el *coup de force*, el *clou* de nuestra excursión, fué el llevado a felicísimo remate en la Universidad salmantina, y en el que la oratoria y la poesía, la música y el canto, el gusto varonil y la belleza femenina, la inteligencia y el sentimiento se dieron cita, para formar el ramillete que Andalucía y Castilla, unidas, rindieron a los pies de la Santa, por su gracia, andaluza; aunque, por nacimiento, castellana.»



«El amplio Paraninfo, capaz de más de dos mil personas, se encontraba completamente lleno desde mucho antes de la hora señalada para el comienzo del acto, hasta el extremo de resultar harto difícil la entrada de las personalidades que habían de ocupar la presidencia.»

«Potentes arcos voltáicos iluminaban la histórica estancia, en la que aún parecen percibirse los fulgores de la ciencia española que brilló en Trento e iluminó al mundo entero: las paredes aparecían severamente adornadas con riquísimos tapices, que sólo salen de allí para contribuir, en el hermoso día del *Corpus Christi*, al triunfo de Jesús Sacramento; y hasta los bancos, anti-
quísimos, venerandos, con *inscripciones* medioevales, dos

tablas artísticamente forradas que se abren como un libro y despiertan recuerdos del pasado..., todo formaba un conjunto de regia grandeza y sabor tradicional, digno marco de la fiesta que ante aquel auditorio selectísimo y distinguido, compuesto de andaluces y castellanos fraternalmente unidos, iba a realizarse.»



«Y ocupó la presidencia, bajo rico dosel de terciopelo granate, el Emmo. Sr. Cardenal-Arzobispo de Sevilla, ocupando sitiales a su derecha el Ilmo. Sr. D. Julián de Diego Alcolea, Obispo de la Diócesis y el Excmo. Sr. Gobernador Militar de la plaza; y a su izquierda, el Ilmo. Sr. Rector de la Universidad D. Miguel Unamuno y el Dean de la Catedral hispalense.»

«Sonó el timbre, un timbre que por lo visto, en tierras de Castilla, sustituye a la campanilla clásica de los presidentes..., y subió, entre la expectación general, a la tribuna, el joven catedrático auxiliar de la Universidad y Secretario de la Junta del Centenario D. Antonio Boiza, el que, en correctísimo lenguaje y sentido decir, no exento de gracia, abrió la Velada y saludó a los peregrinos en nombre de Salamanca.»

Una nutrida salva de aplausos premia el discurso del simpático señor Boiza; y a continuación, con modestia suma, sube a la tribuna, nuestro queridísimo Lectoral D. Juan F. Muñoz Pabón, tan conocido y celebrado en el mundo de las letras, y premiado en distintos y reñidos certámenes; el que con inimitable gracia y arte dió lectura al siguiente bellissimo Romance, que días antes, en el día del cuadragésimo octavo aniversario de su nacimiento, dedicado había al señor Cardenal.

Lleva por título *La Transverberación*; y dice así...

Las cosas que a mí me pasan
No le pasan más que a mí;
Hayan de mí compasión
Por mujer, y por ruín.

Mándame santa obediencia

Los arcanos descubrir
Del alma más pecadora
Que nunca en el mundo ví:
Mas de Dios tan regalada
Con favores mil y mil,
Que no habrá lengua que acierte,
Por mucho que hable, a decir
Quién es más en la contienda:
Si Dios, bueno, si yo vil...

—

No sé si me hallaba en éxtasis,

Ni sé si me hallaba en mí,
(Pues la oración tan subida
En que amor me hace vivir
Me tiene como abobada,)
Cuando vide un Serafin
En forma de un rapazuelo
Rubio, cual oro de Ofir;
Por mejillas, leche y sangre;
Por boca, ardiente rubí;
Y por ojos, dos zafiros
De vívido refulgir,
Que, bajando en blando vuelo,
Se posaba sobre mí,
Cual pintada mariposa
Sobre azucena gentil.

—

¿A dónde vas, inocente?
¿A dónde vas? Dilo, dí.
¿Da la luz inaccesible
A la vileza más vil?...
¿Del empireo, al albañal?
¿Del trono de Dios a mí?...
Cura no manchar tus alas
De inmaculado jazmín

Con el náuseabundo ceno,
De que no acierto a salir.
Pártete, vuela, inocentè:
Y, por lástima de tí,
Tórnate de las alturas
Al encumbrado confín.
Deja al gusano en su podre;
Deja en su fango al reptil:
Torna a la luz, que es tu ambiente
Vuélvete a Dios, que es tu fin,
Tú vienes equivocado
Si piensas hallar en mí
Nada que no sea bajumbre,
Escoria, miseria, orín...

Llevaba en la diestra mano,
Mezcla de nieve y carmin,
Llevaba... un arpón de oro,
Como no lo vido Ofir;
Con punta como de llamas,
Mas de fuego tan sutil,
Que me llegó hasta el espíritu
E hízome de amor morir.
¿Quién narrará lo que entonces
En las entrañas sentí?
¡Por Dios y qué rara mezcla
De gozar y de sufrir!
Bienandanzas de Tabor...
Sudor de Getsemaní...
Asfixias de agonizar...
Deleite de revivir...
Indómitos anhelares
De padecer o morir,
Si aquéllo era padecer
Y no del deleite el fin...
Hiel y mirra del Calvario

Con mieles del mes de Abril...
¡Amor de amores divinos
Que ha llegado al frenesí!

¡Saca el dardo, que me matas!
¡Que ésto es sin muerte morir!
Mas tente... deja: ¡no toques!
¡Déjalo clavado ahí!...
Que te llevas las entrañas,
Y es tan dulce este sufrír,
Tan deleite este dolor,
Que no sé, pobre de mí,
Si muero porque no muero
O he muerto de no morir.

Una ovación enorme, estruendosa, acoge los últimos preciosos versos del melifluo Romance, ovación que se repite, cuando ya en la cátedra, se deja ver nuestro simpático Sr. Doctoral D. José Moreno Maldonado, que dá lectura al siguiente bellissimo e inspirado soneto:

*Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.*

SONETO

Aurea flecha vibrando, enardecida,
Mensajero gallardo de la altura,
El alma de Teresa herir procura.
Dejándola en un horno convertida;

Ahonda en el corazón la dulce herida,
Y es tan recia su llama de amor pura,
Que más dolor no da la muerte dura,
Ni deleite mayor guarda la vida.

La regalada esposa, al abrazarse
En la llama, que a un punto es blanda y fiera,
Y en que se siente arder y deleitarse.

Muere de no morir, y en tal manera,
Que se consume en ansias de acabarse,
Y vive del morir que ardiente espera.

Repítense ensordecedores y entusiastas los aplausos, y tras brevísimo descanso, en que los niños del Colegio de la Merced, acompañados al melodium cantaron bella romanza; de nuevo ocupa la tribuna el notable poeta onubense D. Rogelio Buendía Manzano, el cual dió lectura a unas cuartillas, muy aplaudidas por los asistentes a la Velada, y cuyos fragmentos transcribimos a continuación para edificación de los lectores.

Teresa de Cepeda y Juan de Yepes

«Queda el alma desta oración y unión con grandísima ternura; de manera que se quería deshacer, uno de pena, sino de unas lágrimas gozosas»..

(TERESA DE JESÚS)

«... Amado con amada confundido».

(JUAN DE LA CRUZ.)

«No se puede hablar de Santa Teresa, sin nombrar a ese gran gigante de nuestra mística a San Juan de la Cruz, tan místico como Fr. Luis y tan lírico como Teresa de Cepeda.

Fitzmaurice-Kelly, al hablar de Santa Teresa, tiene los más grandes elogios, las más acertadas definiciones; pero, poco después, al tratar de Juan de Yepes, pasa como sobre ascuas por este gran místico, diciendo que es hijo espiritual de la Santa y que su musical lirismo se escapa a humanas inteligencias.

El insigne Fitzmaurice-Kelly es sajón, y aunque irlandés, no puede llegar a beber de la musical agua milagrosa de San Juan de la Cruz: de ahí que se declare vencido ante tal sublimidad, que sólo los castellanos, los que hablamos esta gloriosa lengua castellana, podemos saborear como un manjar celeste que desde la tierra nos remonta a regiones ideales de bienaventuranza.

Otros escritores han dado en decir que no ha exis-

tido mística en España. No sé lo que será Juan de la Cruz..., lo que será Teresa de Cepeda, lo que será Luis de León.

Místico hay que ser en Castilla, en esta ascética y religiosa Castilla, en este gran monasterio, relicario de las más preciadas reliquias, cuna de los más grandes Santos, madre de los más esforzados paladines.

Místico hay que ser en Castilla, donde Teresa de Jesús, divina campanillita de plata, entre risas de mujer y martirios de santo, fué sembrando en los corazones semilla de santidad, inflamándolos en la más sublime locura.

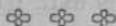
Místico hay que ser en Castilla, donde Juan de la Cruz recibió de su madre Santa Teresa ese divino que hizo al Santo sentir... *amado con amada confundidos*.

Místico hay que ser en Salamanca, donde Luis de León sintió el anhelo de la soledad del espíritu, de la soledad del espíritu con Dios.

Místico hay que ser en Toledo, donde *el Greco* espiritualizó sus santos y sus hombres en líneas alargadas que buscan algo de lo alto, y en colores sobrios que tienen la sobriedad del ascetismo.

Místico hay que ser en Avila, donde se respira todavía el aire que respiró la Santa, donde el arte románico y el gótico nos hablan de algo más que de lo terreno.

Místico hay que ser en esta ascética y poética Castilla, en esta apacibilidad del paisaje, donde *queda el alma con grandísima ternura, de manera que se quería deshacer, no de pena, sino de unas lágrimas gozosas*...



Una vez más el Sr. Muñoz Pabón consigue arrobar materialmente a la concurrencia que, embelesada y silenciosa, y sin perder una tilde, sigue la lectura por su

autor de este lindísimo *Diálogo* que gustó soberanamente y que cosechó infinitos y calurosos parabienes.

He aquí la inspiradísima composición:

Las dos amantes

(Diálogo entre Santa Marta Magdalena y Santa Teresa de Jesús)

Laura eterno de Bethania,
Nardo gentil del Sarón,
De los valles de Magdalo
Rosa de exquisito olor;
Loca, divinos de amores
A los pies del Hombre-Dios,
Tal, que tan sólo su madre
Cual tú en el mundo lo amó,
Para ver si a amar aprendo,
Explícame la lección:
Dime, maestra de amores,
Cómo amastes al Amor.

—Amé, y derramé más lágrimas
De vergüenza y contrición,
Que la mar arenas tiene,
Que tiene rayos el sol.
El llanto fué el inefable
Bautismo que me lavó.
Pequé mucho y lloré mucho.
Tal fué mi amor al Amor.

—¿Y aquel derramar perfumes
En la casa de Simón,
Y aquellos hondos silencios
A los pies del Salvador,
Aquellos rendidos éxtasis
De profunda adoración,
Clavados en él los ojos
Como el águila en el sol.
Aquel romper contra el suelo

Que de nardo se empapó
El ánfora de alabastro
Llena de arábigo olor?...

—Delicadezas... ternuras

De mi pobre corazón:
Finezas que amor inspira
Para amar más y mejor.
Llorar y verter perfumes:
Tal fué la pobre expresión
De mi amor de arrepentida.
Tal fué mi amor al Amor.
Y ahora tú monja sublime.
Gloria del pueblo español,
Virgen más limpia y más pura
Que las nieves del Tabor,
Blanco lirio que en la cumbre
Del Carmelo floreció,
Esposa transverberada
Por el invisible arpón
Que, porque vivir pudieras,
Un serafín te clavó,
Rica-hembra castellana,
De Avila insigne blasón,
Díme, pues también amaste,
Cómo amaste tú al Amor.

—¡Ay de mí pobre y cuitada,

Qué vergüenza y confusión
Tener que decir de amores
Sin saber ni que es amor!
¿Amar la pobre Teresa?
¿Amores divinos yo?
¡Antes ardiera la nieve
O hubiera sombras el sol;
Gemir entre sequedades
Cuando iba a la oración;
Verme siempre derramada

En cosas que no eran Dios...
Andar hecha una andariega,
De la posada al mesón,
De la clausura, al camino,
Del Obispo, al confesor,
Del Rey, al mozo de mulas,
Aquí nieves y allí sol,
Aquí apuros de dinero
Y acullá persecución;
Aquí dolores horribles
Como nadie los gustó,
Y en todas partes tibieza
Y en ninguna parte amor...
¡Mira qué esposa de Cristo
La que le he salido yo:
Una mujer sospechosa
A la Santa Inquisición!
¡Felice tú que tuviste
Para más amar a Dios,
Ricos vasos que romper
Llenos de costoso olor,
Con cuyo aroma de nardo
La casa se perfumó,
Eso es ser rendida amante,
Eso es amar al Amor!
— Sí que es amar; no lo niego:
Caridad me lo inspiró.
Mas di, egregia castellana:
¿Puede haber comparación
Entre romper en un éxtasis
Un vaso lleno de olor
Y andar como tú anduviste...?
— Pero, cómo anduve yo?
— ¿Que cómo anduviste tú?
¡Anegada siempre en Dios
¡Sonámbula peregrina

Del ensueño del amor!
En vez de pomo de aromas,
Destrozado el corazón.

Acto seguido el Cura Ecónomo de Lora del Río, nuestro inseparable *prójimo* D. Rafael Rodríguez García, algo afónico con los *zarandeos* del viaje, se descuelga con el siguiente trabajo que, dicho sea en honor de la verdad, causó el delirio del auditorio, que tan pronto reía a carcajada limpia, como batía palmas de entusiasmo.

Llevaba por lema *La Peregrinación andaluza a Teresa de Jesús* y por subtítulo el de *Romance heroico-humorístico*, y comenzó con el siguiente

PROEMIO

A guisa de prólogo explicatorio, Emmo. y Reverendísimo señor, Sres. Excmos., ilustrísima representación de Salamanca y... ajetreados peregrinos de la tierra de María Santísima, a guisa de proemio, antesala o prefacio (*del tiempo*, por supuesto) debo deciros dos palabras en prosa lisa y llana, para que no os llaméis a engaño ni me tachéis de escamoteador, cuando después de escuchar mi Romance, digno de imprimirse en Carmona y que lo canten los ciegos, no encontréis por ningún lado ni el heroísmo ni el humor de que su título alardea, como pobretón harto de sopas... ¡*Romance heroico-humorístico!*... ¡cómo quien no dice nada!!!

Llamelo así, cuando en él puse mis pecadoras manos empujadas por las Musas travesuelas, porque... ¡señores!, precisa ser un coloso, un titán, un heroe, para ante tan docta Asamblea, osar romper una lanza por aquella garrida moza, charra *por tó sus cuatro costáos*, que se llamó Teresa Cepeda y Ahumada... ¡cualquier cosa! Y que vengan a descalzarla las Colombines pensionadas por... la señal, etc.

Y lo de humorístico, ¡es un decir!; pero quisiera yo me hubiéseis visto a mí, al Cura de Lora del Río, cuando después de leer todo emocionado la carta en que Don Eugenio me invitaba a actuar en esta fiesta, unido a que aquella mañana tuve que aplicar *pro populo* y hacer yo no sé cuantas cosas de caridad, ¡y quiera Dios que no falte que hacerlas!... ¡vamos! que se me puso un humorcito de perros, rayano en humor herpético: y ¡así ha salido ello!: pronto os convenceréis, *juxta allegata et probata*: heroico acobardado y humorístico de... *pega*.

¡Cuántas y cuántas veces al barruntar este apuro en que había tarde o temprano de verme, cuántas y cuántas veces me asaeteaba la memoria aquel arranque varonil de la Santa avilesa de... ¡muero porque no muerol! sin que bastara a aliviarme aquello de... *nada te turbe, nada te espante!!!*

Y esto dicho... ¡*procedamus in pace!*

ROMANCE

¡Aquí me tenéis, señores!
Yo soy un grano de arena
Una brizna desmedrada,
Algo, como arista seca,
Que hasta aquí empujome el viento
Sin saber lo que se pesca:
Ego sum verniis, non homo;
Y se me va la cabeza,
Que ya es el *colmo del irse*,
Porque... ¡vamos!, no es pequeña.
Aquí me tenéis, dispuesto,
Por cumplir con la obediencia
Que debo, y con gusto rindo
A la autoridad suprema
De mi Prelado, a deciros,
Docta y lucida Asamblea,
Que me encuentro en gran apuro;

Porque no hay que darle vueltas,

Lo que.,. *natura non dat*,

Salamanca... *non lo prestat*.

Yo estaba tranquilo en Lora

Con mis andanzas loreñas,

Y recibí una cartita,

O por mal nombre, una esquila,

En la que me suplicaban...

(¿Ruegos a mí, que jalea

Soy de lo alto a lo bajo?),

Que a las Musas pretendiera

Un romance, o cualquier cosa,

Madrigal, soneto o décimas,

Aunque de empaque ripioso,

Para encumbrar a Teresa,

La más simpática Santa,

La mujer más retrechera,

La escritora más insigne,

• La más garbosa avileña;

Dulce, más que *azuca-arcande*,

Rica, más que la canela;

Al Serafín del Carmelo,

Despabilada Maestra,

Que si allá en el Paraíso

Fuese de Adán compañera,

Vuelve loca a la serpiente

Y la manzana le cuelga

En la puntita del rabo;

¡Pues cualquiera se la pega

A Teresa de Jesús!...

¡¡Ay qué torpe estuvo Eva!

¡Y cuántos, cuántos trastornos

Nos han dejado en herencia!

Paréceme que el exordio

Es un exordio de veras;

Y antes de entrar en *lo jondo*,
Creo que tan sólo me resta
Rogar a todos vosotros,
Peregrinos de mi tierra,
Que no os enojéis conmigo,
Si con voz de urraca vieja
Vengo a echar cuatro piropos
A la Santa más excelsa,
Más graciosa y más salada
Que jamás los siglos vieran.
Y que conste una vez más
Que aunque jamás fui poeta,
Hoy descuelgo de los sauces
Mustios de mi inteligencia,
No la cítara ni el arpa,
Sino mi tosca vihuela;
Y acariciando sus trastes,
Y punteando sus cuerdas,
Los ojos puestos en blanco
Como con dolor de muelas,
Lanzo al aire tres jipíos
De la siguiente manera:
¡Y que rabien los *mochuelos!*
¡Y que trinen los *Juan Brevas!*
¡Y se alborote Triana
Y baile la Macarena!
Antes, como salvedad,
Digo, que si yo me viera
Ante los cuernos del toro
Que sobre su puente muestra
La ciudad de Salamanca,
Lejos de abrir la muleta
Como Juanillo Belmonte,
Una *espantaila* diera
Como el mayor de los Gallos
El hijo de la Grabiela,

El *imperial Pastoreño*,
Aquel de la calva inmensa;
Y trepando más que un gato
En el árbol me subiera:
¡Vaya un escudo simbólico
Y salvador, etc., etc.
El escudo que se trae
La salamanquina tierra!
¡Una puente, un arbolito...
Y una res que es... *miureña!!!*
Y tras rogaros humilde
Por *tóa* vuestra parentela,
De que me miréis benignos,
De que me déis indulgencia,
Cambiando por el percal
Que es el capote de brega,
La capa tornasolada
Con adornos de oro y seda,
Así dice a Salamanca,
Así dice a su Teresa
Un peregrino andaluz
Con rítmica centinela,
Que más me recuerda a un grajo
Que a la alondra mañanera.

.....
¡Salud, *Salmántica* insigne!
Cèlebre por tus proezas,
Gloria de la historia patria,
Prez de la española tierra,
De adalides semillero,
De sabios, Santos Escuela,
Que formastes en tus aulas,
Que compiten por lo excelsas
Con las de Oxford y Bolonia,
A tan famosas lumbreras
Como el Cardenal Cisneros,

Confesor de aquella Reina
Que hoy, que tanto progresamos,
¡Vaya, vaya si escasean!!
Si por milagro, señores
Levantase la cabeza,
Nuestro inmortal Fray Francisco
Y lo que es España hoy viera,
¡Vamos, que volvía a morirse,
No sé si de asco o vergüenza!!!
Gloria a tí! Rincón preclaro
De la castellana tierra.
Que a Colón prestaste ayuda
De tus sabios con la ciencia,
Para que de ignotos mares,
En frágiles carabelas,
Un nuevo mundo arrancara,
Y cual joyel lo pusiera
En la corona esplendente
De la Católica Reina.
Tú, en cuya Universidad,
En todo el orbe primera,
Echaste firmes cimientos
Y diste la norma y regla
De las *Tablas Alfonsinas*;
A tí, la gonfaloniera
Que marchaste en la vanguardia
De las artes y las ciencias,
Con Nebrija, Arias Montano,
Covarrubias, y otras cientos
Glorias del saber humano
Que en Trento su fama ostentan:
Alfonso de Madrigal,
El Tostado, por más señas,
Zurita, Victoria y Ponce,
Que es un hombre que *chanela*;
Pues logra que hablen los mudos.

Y que los sordos se entiendan.
Tú, de Meléndez Valdés
Meciste la cuna bella,
Y de Cienfuego, y Quintana,
Y de aquel que, en elocuencia,
Más que Obispo de Tavira,
Fenelón de nuestra tierra
Apellidole la fama.
A tí, la andaluza tierra,
La Ciudad de la Giralda
Que el padre Betis orea
Con perfumes de azahares
De nardos y de violetas
Y jazmines, y claveles,
A tí, la española Atenas,
La simpática Sevilla,
Al són de sus castañuelas
Mezclado con oraciones
Con que bendice, y le reza
A aquella *Serrana* Augusta,
A aquella Virgen morena,
Más graciosa que sus coplas
Más *jonda* que sus saetas,
Más bonita que sus flores,
Más *salá* que las pesetas,
A su Virgen de los Reyes
Madre de Sevilla y Reina,
A tí te envía un saludo,
Un abrazo, una fineza,
Un ósculo *apretujao*;
Yo te lo doy sin tarjeta,
Acéptalo cariñosa;
Hazlo por Santa Teresa;
Que allí también se la quiere,
No de *jonjana*, de veras;
Y ella es quien nos trae revueltos,

Que nos tiene locos ella,
Y sólo por venerarla,
Por admirarla, por verla,
Pasando dos mil apuros
Hemos hecho la maleta;
Y ahora, dejad que a la Santa,
La intrépida Aventurera,
Rinda yo en nombre de todos
Un tributo que, si fuera,
Cual grandes son mis deseos,
No habría mayor grandeza.

Casi a la vez, en el cielo
Brillan de la Santa Iglesia
Los Loyolas, Calasanzs,
Borja, Javier, Villanueva,
Juan de Dios, Juan de la Cruz,
Diego de Alcalá y Ribera,
Y mil y mil que no cito
Por no apurar la paciencia.
Y sin embargo, Señores,
Entre ellos, como estrella,
¿Qué digo estrella? Cual Sol
En mitad de su carrera,
Luce la Doctora insigne,
Refulge la gran Teresa.
En el siglo en que Granada,
Cervantes, Lope de Vega
Y el gran Fray Luis de León
Ponen espanto en la tierra
Con su Guía de Pecadores,
Con su Quijote y Comedias,
Ella, la Virgen de Ávila,
Ella pasma con sus letras;
Y allá cuando Hernán Cortés
Todas sus naves incendia,

Y los tercios españoles
En San Quintín con proezas,
Y en Lepanto con hazañas
El nombre de España elevan,
Teresa lucha gigante...
Que a su corazón no arredran,
Ni la *Reforma*, ni el turco,
Ni los cristianos de pega;
Cual otra Juana de Arcos,
Como Judit, como Débora,
Ella requiere la lanza,
Y embrazando la rodela
De virtud, en que el demonio
Jamás consiguió hacer mella,
Aumenta los escuadrones
De la española bandera.
Y a pesar de los pesares,
Ella es muy mujer, muy hembra,
Con un corazón más dulce,
Más blando que la jalea;
Que, anatematiza y odia,
Como Castellana neta,
Esas faldas... *entravés*,
Tan... *entravés*, que vergüenza,
Y coraje dá el mirarlas;
Y esos trajes, color yesca,
Y esas blusas, color *tango*,
Que es una color moderna
Que emplean las sufragistas.
Antes de entrar en pelea,
En vez de poner la olla
O coger puntos de media,
Pero sirva de descargo
A su implacable rabieta,
El saber que son los tipos.
De las crónicas solteras;

¡Pobrecillas...!! Harto tienen
Con pasar de los cincuenta,
Y no encontrar un *suicida*
Que las mire y las... atienda:
¡Esto es progresar, Señores!
Y lo demás son... pamemas,
O naranjas de la China,
Paliqne en Puerta de Tierra,
Cuantos tártaros o rusos,
Pamplinas de canarieras:
Dispensadme este paréntesis
Que le hace falta *dispensa*,
Y dejadme que yo diga
Volviendo a nuestra Teresa.
Que ella, Señores, lo es todo:
Mártir, por la fortaleza,
Apóstol, por su gran celo,
Por su calma, Anacoreta,
Gran Santa por su piedad,
Doctora insigne por letras,
Virgen por su castidad,
Fundadora *clase extra*,
Y por su gracia, andaluza,
Sevillana y trianera,
Donairosa en el decir,
Alegre cual pandereta,
Y capaz por su sandunga
De hacer perder la chaveta
A aquel leguito pintor
(Serio, cual *cuarto de especias*,
Con sus ribetes de artista),
A Fray Juan de la Misericordia,
A quien con sal por quintales
Dijole un día Teresa,
Al contemplar su retrato
Sacado de la paleta

De aquel Velázquez de a ochavo:
«¡Ay de mi! Juan de mis penas,
Que me has hecho padecer
Mucho con estarme quieta!
Y al cabo, tú me has pintado...
Muy legañosa y muy fea.. !!»
Con una mujer así,
San Agustín de las hembras,
Encanto del orbe entero,
De Avila preciada perla;
Con Santa de tal calibre,
¿No es verdad que hay que quererla?
¿No es verdad que hay que invocarla?
¿No es cierto que el alma entera
Y el corazón y el cariño
Su gran Santidad se llevan?
Pues si esto es cierto, Señores,
Dejad que remate esta,
No sé si cajón de sastre,
Mosaico o mesa revuelta,
Rogándoos gritéis conmigo
De pie, y con todas las fuerzas:
¡Viva la gran Salamanca
Que nos acoge y obsequia!
¡Vitor a nuestro Prelado
Que ha organizado esta empresa,
Y que por algo en su escudo
Armas teresianas lleva!
Y sobre todo, ¡que viva!
¡Que viva Santa Teresa!

Aún se escuchan las risas y los aplausos y ocupa la tribuna de *los sustos* el joven abogado e individuo de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras D. Santiago Montoto de Sedas, que matizando de modo admirable sus preciosas estancias alejandrinas, leyó la si-

guiente genial e inspirada composición, que agradó mucho al distinguido auditorio:

A Santa Teresa

(Ofrenda de un peregrino sevillano)

Yo soy un peregrino de estirpe sevillana;
yo traigo por ofrenda mi amante corazón;
yo soy un pobre bardo; mi musa es la cristiana;
mi canto es de esperanza de anhelo y de oración.

Yo traigo de la espléndida, magnífica Sevilla,
las ondas argentadas del claro Guadalquivir,
las rosas que se encienden besando la mantilla,
la plata del naranjo y estrellas de zafir.

Yo traigo los repiques de la sin par Giralda,
riquezas de su cielo, efluvios de su sol,
llanuras de trigales, jardines de esmeraldas,
crepúsculos de ópalos, auroras de arrebol.

Yo traigo de sus hijas la mágica belleza
ceñida la alba frente de púdico laurel.
¡Que no en balde Murillo la copia en la Pureza!
No en balde es sevillana María Coronel.

Yo traigo de sus fuentes los plácidos rumores;
arpegios melódicos de amante ruiñeñor,
y cálidas estrofas de aquellos trovadores
que proclamaron pura la Madre del Señor.

Yo traigo estos portentos, del mundo maravilla:
joyel de amor y glorias, y viva inspiración,
y luces y colores... ¡el alma de Sevilla!
que llega desde el Betis buscando el corazón.

Un corazón ardiente, que irradia amor divino;
un corazón de fuego, vivísimo volcán;
un corazón que es faro del triste peregrino;
un corazón, de gracias magnífico Jordán,

Por su celeste lumbre venimos de amor ciegos,
como las mariposas que vuelan a la luz

ansiamos que nos queme con sus divinos fuegos para, al volver, llevarlos al ámbito andaluz.

La voz de un gran Prelado nos guía en esta empresa; siguiéndole, amorosos, dejamos nuestro hogar... tu corazón buscamos, ¡oh divinal Teresa! y manantial de gracias queremos encontrar.

Pedimos que a tu España, hoy tierra entristecida, devuelvas los tesoros de que señora fué.

Haz, Santa, que resurja, de nuevo redimida, y agite sus banderas la salvadora Fe

Que vivan en nosotros celestes ilusiones, y del impuro suelo nos lleven al Señor...

Haz, Mística sublime, que en nuestros corazones la viva llama prenda de tu divino amor.

Ya estaba caldeado el ambiente y dolían las manos de tanto aplaudir y las gargantas de tanto aclamar: y hasta el foco eléctrico que esparcía sus raudales sobre el estrado presidencial, aplaudía y se regocijaba a su manera, pues armaba a cada paso un repiqueteo *sui generis*, como rumor de policromas alas de mariposas gigantes de los tiempos prehistóricos.

Y a estas alturas ocupa la tribuna D. Manuel Siurot, que fué acogido con una prolongada ovación, reveladora del entusiasmo y simpatías que sólo su nombre despierta en toda España.

«Recojo y acepto agradecido — comienza diciendo, con la tranquilidad y aplomo del que se pasea por su casa — acepto con el alma entera esos aplausos; y por la telegrafía sin hilos de las emociones de mi corazón, los envío a mis niños pobres de Huelva, ya que éste es el único regalo que llevarles puedo! (Los aplausos más frenéticos se reproducen.)

Metiéndose en *jarina*, como por aquí decimos, da con gracia andaluza un *varapalito* a los ricos que tuercen el gesto y aprietan los cordones de la bolsa cuando oyen

hablar de... niños pobres y de *lágrimas* en estos dorados tiempos de diversiones y deportes.

Dar una idea, por ligera que sea, del brillante discurso del eminente pedagogo de Huelva, es totalmente imposible, y mis recuerdos se embarullan al intentarlo; y aún cerrados los ojos para evitar distracciones, sólo veo *ramalazos* de luz y de colores al arrullo acariciador de su ardiente y espontánea palabra.

Es la primera vez que, a la par que la honra, tengo la satisfacción de haber oído a este hombre, gigante en su modestia, y aún más gigante en el sacrificio: y confieso con la llaneza y honra que me es peculiar, que logró con su discurso sacarme de *mis casillas*; y yo a quien no se escapó nada, ví en más de una ocasión que el genial Sr. Unamuno, inició los aplausos, con el rostro rebosando júbilo. ¡Digo! ¿Tendré yo vista?

¡Sr. Siurot!, puede V. darme los *tres avisos* y que salgan *los mansos*; pues no ha de ser *este Cura* quien desflore ni manosee su lindo trabajo...!!! Porque no es sólo la profundidad de conceptos y claridad de expresión, sino lo escultural de la frase, lo atrevido de las imágenes y hasta la simpatía de su persona, atrayente y sugestiva, lo que constituye el secreto de la oratoria clásica y genuinamente *suya*, del Sr. Siurot.

Aunque faltando a mi palabra ya empeñada, digo que alcanzó alturas incomensurables, estudiando en Santa Teresa los caracteres más nobles y salientes de las diversas regiones españolas, para deducir que la Santa avilesa es como el gráfico de nuestra raza, para crear el cual pudiéramos decir (decía él), que hubo de dilatar Dios los meridianos y paralelos de sus ordinarios dones.

Estuvo felicísimo y lo recordarán siempre los peregrinos, cuando en párrafos llenos de valentía, que fueron aplaudidos con frenesí, enarboló el látigo y arremetió contra los que en vez de velar por el honor de

nuestra Madre España, le echan en cara sus defectos, y no dudan sacar a la plaza pública, y aún fuera del hogar patrio, sus pecados más o menos reales, que nos empequeñecen y desacreditan en el extranjero.

Y... ¿a qué decir más? Una lluvia de palmadas, un aluvión de aclamaciones acoge sus últimas palabras, aún vibran, como notas de arpa, en nuestros oídos.

A continuación cantáronse preciosos *aires charros* y baladas tiernas de la tierra que baña el Tormes, gustando sobremanera *La Canción del Burro*, que copiamos y... cantamos todavía en nuestros ratos de ocio, muy escasos por cierto.

He aquí la letra de la popular canción charra:

Ya se murió el burro,
Que traía la vinagre;
Ya lo quitó Dios
De este mundo miserable.

Que tu, ru, ru, ru, ru!

Que tu, ru, ru, ru, ru!!

—
Ya estiró la pata,
Ya arrugó el hocico;
Con el rabo dijo:
¡Adiós, adiós, Perico!

—
Él era valiente,
Él era mohino,
Él era el alivio
De todo villarino.

—
Todas las mujeres
Fueron al entierro,
Y la tía María
Tocaba el cencerro.

Todas las vecinas
Rezaron respuestas,
Y la tía María
Lo echaba en el bolso.

También agradó sobremanera, y fué *bisada* a ruegos insistentes del *respectable* la quejumbrosa canción que empieza:

Apañando aceitunas
Se hacen las bodas;
El que no va a aceitunas,
No se enamora...

Pero el tiempo urgía: eran muy cerca de las once de la noche, y el que más y el que menos aún no había *yantado*: razones por las que levantose a cerrar la agradable Velada el Emmo. Sr. Cardenal, el cual, visiblemente conmovido, dió las gracias a todos cuantos habían contribuido al éxito de la fiesta; ofreció todos los homenajes a la Doctora mística, de la que hizo el más cumplido elogio y manifestó ser uno de los momentos más emocionantes de su vida, en el que al frente de sus hijos los sevillanos, venía a su amada Salamanca, que consideraba su madre, a rendir un tributo de religiosidad, amor y poesía a los pies de la Santa de sus amores en nombre de la leal Sevilla, a quien llamó su Esposa.

El Emmo. Sr. Cardenal fué extraordinariamente aplaudido por salmantinos y sevillanos, causando la hilaridad de la concurrencia el estentóreo grito de uno del *gallinero* sin duda, que dice: ¡Viva la suegra... de Sevilla!

Como *el chico* a Salamanca, los salamanquinos con-

testan con un *viva* la graciosa *nuera* de nuestra tierra!!; y entre vivas y aclamaciones, y empujones y encontronazos, ganamos la galería exterior, donde *corre un gris que corta el cutis*; traspasamos los umbrales universitarios, y bajo un aguacero *menudito*, pero *caladero* e *incesante*, llegamos al *Términus*, donde, después de cenar, hacemos *la rosca* hasta las cinco y media de la mañana, hora *fatídica*, por lo temprana, en que vamos a abandonar la tierra de la nobleza e hidalguía.

Y como es natural y justo que a día nuevo, aunque lluvioso, se abra capítulo nuevo, *seco o remojado*, con la venia de los todavía medio dormidos peregrinos que discurren por el andén, comienzo el

CAPÍTULO XIII.

En Alba de Tormes

Como decíamos ayer... (¡y esto sí que es verdad!), a las cinco y treinta y siete, según el horario oficial, partiremos de la ínclita ciudad salmantina, de la que, a fuer de agradecidos, llevamos gratisimos e imborrables recuerdos.

La mañana, *talmente* de crudo invierno, convida a embozarse y sepultar las manos en los bolsillos: en el andén, y como feriantes acansinados, vense recostados sobre *pirámides* y *obeliscos* de maletas algunos peregrinos que cambian impresiones de las bellezas observadas, y que creo que es *lo único disponible* que les queda por cambiar; porque de perras... *¡perdone, hermanito, que no hay pan partío!*...

A pesar de lo intempestivo de la hora, vimos allí al Gobernador Civil, Excmo. Sr. Vizconde de San Javier, al Excmo. Sr. Obispo, al Excmo. Gobernador Militar Sr. Algora, al Vicepresidente de la Comisión Provincial D. Jesús Sánchez, al Alcalde D. Marcos Martín; nutridas comisiones de Congregaciones religiosas y distinguidísimo público que hasta última hora quieren honrarnos con sus atenciones y agasajos. Con nosotros marchan a Alba de Tormes las Hijas de María, de Ciu-

dad Rodrigo y otros pueblos de la Provincia, presididos por sus Párrocos.

La despedida que, al arrancar el tren nos hace el nobilísimo pueblo salmantino es altamente cariñosa: los *vivas* a Salamanca se confunden con las entusiastas aclamaciones a Sevilla; hasta las *palmas* se escuchan en la industriosa Béjar.

Al fin, perezosamente, y como costándole honda pena, arrancó el tren, no tardando mucho en contemplar los extensos campos de *los arapiles*, que trajeron a nuestra memoria una de las más gloriosas páginas de nuestra homérica guerra de la Independencia. Allí, en aquellas llanuras, cubiertas ahora de áureas gavillas, entre aquellos dos cerros, ya antes famosos en las canciones de las glorias de Bernardo del Carpio, allí nuestros abuelos, juntos con el ejército aliado, dieron una soberana *tunda* y pusieron en vergonzosa huída a la chusma de invasores de Napoleón I: allí, el Capitán corso recibió una de tantas leccioncitas como le dimos en esta tierra, heredera en línea recta de los heroes de Sagunto y de Numancia...

Abstraídos en estas consideraciones, a las siete de la mañana llegamos a la Villa Ducal de los Alvarez de Toledo, que inmortalizó en sublimes versos Garcilaso de la Vega; y que, aún sin ésto, ya valdría mucho, por poseer, como inapreciable tesoro, el cuerpo bendito y el corazón transverberado de la más graciosa Santa que vió la luz en tierras de Castilla.

En un apeadero próximo al pueblo hizo alto el tren: una densa neblina que a veces se traduce en fría llovizna, cubre los horizontes: en el andén nos esperan las autoridades, el Párroco y los Religiosos Carmelitas: los edificios de la Villa muestran como adorno banderas de los colores nacionales; el seco traquido de los cohetes turba la soledad de aquellos campos, derramando, al estallar, multicolores *lágrimas*.

Al bajar, una tristísima noticia aplana nuestros regocijados espíritus: el Excmo. Sr. Obispo de Plasencia, D. Manuel de Torres y Torres, que por saludar a sus queridos sevillanos, de cuya Catedral había sido largos años Deán, había acudido a Alba para tomar parte en nuestras alegrías, en la mañana del día 3 de Julio, acababa de entregar su alma a Dios, víctima de dolencia repentina, en el Convento de Padres Carmelitas, donde se hospedaba.

La angustiadora nueva, como reguero de pólvora, corre de grupo en grupo; y callados, silenciosos, sin apenas querer escuchar los marciales sonos de la Banda de música que nos aguarda a la entrada, atravesamos el precioso puente sobre el Tormes, y nos dirigimos, oprimido el pecho por el dolor, a la Iglesia donde se guardan las preciadas reliquias de la ínclita Reformadora del Carmelo, para elevar allí preces al Cielo por el eterno descanso del cordobés benemérito, ilustre y bondadoso Pastor de la Diócesis plasentina, que en los seis meses que ha ocupado su Silla, realizado había grandes mejoras en la Catedral, y se había hecho acreedor al dictado de *Padre de los pobres*.

Nuestro Emmo. Sr. Cardenal, como todos, hondamente impresionado con la imprevista desgracia, mostró vehementísimo deseos, antes de celebrar el Santo Sacrificio de rezar un *responso* sobre los restos del amigo del alma.

Ni que decir tiene que, en señal de justo duelo, ostentaron negros crespones las alegres y valiosas colgaduras que engalanaban balcones y ventanas; se suspendió la celebración de la anunciada Misa Pontifical, con sermón de nuestro queridísimo Lectoral D. Juan F. Muñoz Pabón, suspendiéndose además el banquete y bailes populares que proyectaban en obsequio nuestro la Junta del Centenario y las autoridades de la Ducal Villa.

Todos los Sacerdotes de la Peregrinación han ce-

lebrado Misa de *Requiem*, y las Comuniones todas hanse ofrecido por el eterno descanso del alma de nuestro inolvidable Deán.

El desconcierto y el dolor se ha apoderado de todos los pechos; y causaba pena ver a los antes regocijados peregrinos, caminar ahora con la mirada fija en el suelo por las tortuosas y empinadas calle de la Villa, sin humor ni gusto para nada.

A las diez, se celebró Misa solemne en la Iglesia de Religiosas Carmelitas, que fué cantada por el Ilustrísimo Sr. D. Luciano Rivas, Deán de la Catedral de Sevilla, actuando de diácono y subdiácono el Párroco de la Magdalena D. José González Alvarez y el de la Ciudad de Marchena D. Fernando Torralva y García de Soria.

Además de público numerosísimo que ocupa la única nave del precioso Templo, asistieron a la Misa el Sr. Cardenal, el Gobernador civil de Salamanca, y el Cura párroco y Alcalde de la población.

La Iglesia, que es bellísima, aparecía espléndidamente iluminada con gran número de luces eléctricas y engalanada artísticamente con ricos tapices, colgaduras y banderas.

Terminada la Función religiosa, nuestro Eminentísimo Sr. Cardenal, después de dar la Bendición a los congregados fieles, dijo que la muerte del Obispo de Plasencia, casi nuestro paisano, era causa justísima del duelo que nos embargaba; dedicó grandes elogios al finado, enalteciendo sus dotes de virtud, de saber, y de prudencia y celo: recordó que el insigne Manterola, águila caudal de la hispana oratoria, falleció también en Alba de Tormes, casi en idénticas circunstancias; y terminó diciendo que envidiaba ambas muertes, ocurridas en el mismo lugar donde murió Santa Teresa de Jesús, por estimar que eran esas muertes, regalos valiosísimos de la Santa.

Después, y antes de retirarnos a nuestros modestos hospedajes, visitamos la Celda de la muerte de la Santa, sita tras un arco de enterramiento en que están sus hermanos D. Juan de Ovalle y D.^a Juana de Ahumada, y su sobrino D. Gonzalo, al que de niño resucitó la Santa en Avila, y que tantas veces se quejaba a su Santa tía de la gloria que le había arrebatado, imponiéndole el deber de ayudarle a volverla a merecer; así consiguiólo, muriendo joven y virtuoso, a los veintiocho años, siendo Gentilhombre del Duque de Alba. Esta Celda está dividida del muro por un pasillo, y en ella se conservan hasta los ladrillos del tiempo de la Santa. La ventanita que da al jardín, es por la que la Venerable Ana de San Bartolomé vió entrar las once mil Vírgenes que asistieron a la agonía y muerte de Santa Teresa, y a cuyo lado floreció el almendro seco.

Pasamos más tarde a la *Capilla del Primer Enterramiento*, que es una parte del coro bajo, en cuyo muro sepultaron a la Santa en el hueco, que aún cubre la losa de mármol que tiene esta inscripción: *¿Aquí no me darán un pedazo de tierra?*, respuesta textual que dió ella, cuando le preguntaban dónde quería ser sepultada.

Más que Iglesia, un verdadero Museo de Santa Teresa es este Templo, terminado en 1680, a expensas de la Reina D.^a Mariana de Austria, madre de Carlos II.

Expuestos en riquísimos relicarios, cuajados de valiosa pedrería, vimos y veneramos, la rodilla en tierra y el alma enagenada en temor y cariño respetuosos, el brazo y el Corazón de la Santa Madre, aquel enamorado Corazón que en amor de Dios se derretía por conquistar otros para su Amado, aquel Corazón transverberado, que jamás flaqueó en las rudas lides por su Cristo, aquel Corazón bendito que empujó su pluma, en deliquio de amor, a escribir aquel *¡muero porque no muero!* valiente de su gigantesco espíritu.

Aquí, en este Convento, concibió y escribió la Seráfica Virgen avilesa el hermoso libro de sus *Moradas o Castillo del alma*, cuyo original autógrafo, juntamente con otras preciadísimas reliquias de la Santa, se conservan en el Convento de las Teresas, de Sevilla.

En busca del necesario refrigerio, y eligiendo entre *Blas*, *Jeromito* y *el Macoterano*, que eran los *apostentadores* de 2.^a clase, escogimos la señorial mansión de este último, por haber leído en el frontispicio de su Mesón Albergue el acariciador título de *La Confianza*; y... ¡vaya por Dios!, *la confianza* nos ha matado en la presente ocasión; y nunca como hasta ahora nos hemos convenido de la verdad que encierra la vulgarísima frase de que *jamás segundas partes*, (o pupilajes de 2.^a), *fuieron buenas*.

Porque... ¡vaya un almuerzo, y unas mesas, y unos *bizantinos* cubiertos, y unas chocolateras servilletas con que nos obsequia el *chico de Macotera*, que viste batín de crudillo como nuestros oficiales peluqueros, y se trae una cara de niño llorón, de esos que *cierran los ojos*, cuando se les pide un favor, que ¡ya!

La Roya, *groom* hembra de amazacotado rodete, que ya lo quisiera para sus anuncios el *Petróleo Gal*, es la liliputiense fámula que nos asiste a la mesa; y a la voz autoritaria del *maitre d'hotel macoterano*, comienza el desfile de sustanciosas viandas, que se reducen a un plato de ensalada a discreción; y otro, con *reparto prudencial*, de unos pollitos anémicos, aderezados con sus respectivas *crestas y picos*, para tranquilidad de los *incrédulos*.

Unas cerecitas de postre ponen fin al opíparo festín, temiendo alguno de los comensales que aparezcan en los muros de la Sala, que semeja un *tranvía*, las espeluznantes palabras *¡Mane, Thecel, Fhares...!!* de la cena de Baltasar.

Lo que sí aparece es un peregrino que, enarbolan-

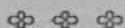
do la auténtica pata de uno de *los bipedos* sacrificados, canta:

¡Qué almuerzo tan... succulento,
Ha dado *el Macoterano!*
¡Ya tenemos alimento.,,
Para el resto del verano...!!!

Destapado el *champagne*, pronúncianse *desmayados* brindis, que terminan con una dispersión general de peregrinos que, después de admirar las bellísimas obras de la Basílica que, bajo la competente dirección del arquitecto Don E. M. Repullés y Vargas, se está erigiendo a la Mística Doctora; el *plateresco* tablado de la Plaza del Ayuntamiento, y el bizantino Apostolado de la Parroquia de San Juan, dirígense al *Café Moure*, donde pasan la siesta, *tresilleando*.

Por la tarde, a las seis y media, se rezó el Santo Rosario en la iglesia de Religiosas Carmelitas, dándose la Bendición Papal por nuestro Emmo. Prelado.

Después, entre los acordes de la música y cánticos entusiastas de los peregrinos que se apiñan y disputan el honor de conducirla en sus hombros, fué llevada en procesión la arrogante y preciosa Imagen de la Santa Doctora, desde la Iglesia a la cláusura del Convento, donde las aclamaciones y voces de despedida se multiplican: y con tan dorado broche ciérranse los actos religiosos oficiales de la Peregrinación Sevillana.



Declina triste y silenciosa la tarde, recordándonos con dulce nostalgia, que en otra, muy parecida a ésta, cuatrocientos años antes, hacía su entrada en Alba la Madre Teresa. Permittedme que reproduzca aquí no más que algunos fragmentos del bellísimo artículo que en

Abril publicó el ilustrado Secretario del Ayuntamiento de la Ducal Villa, D. José Sánchez Rojas. Dice así, impregnado del sabor de esta noble tierra castellana.

«...La Madre Teresa viene de camino, animosa y alegre, por el alto de Garcihernández. Viene de Medina, por Peñaranda, y apenas se ha detenido una noche para descansar en Madrigal de las Altas Torres, y breves momentos en Coca, en casa de una buena mujer que ha hecho grandes aspavientos de admiración al hallarse en presencia de una monja, decidida y valiente, que no teme la soledad en los caminos, y que, lejos de rehuir, provoca y anima la compañía del pueblo... Teresa le ha preguntado por los hijos. Como tuviera una linda chiquilla en la cuna, Teresa la ha besado y festejado, sin encogimiento: luego, ha lavado y fregoteado a otra mayorcita.»

«Ha comido Teresa con la familia, frugalmente. Aún quería la buena mujer regalar y festejar más a la Madre, que viaja graciosamente en una mula.»

«De camino, Teresa contempla por vez primera el pueblo de Alba, donde ha de morir algunos años después. La entrada es muy hermosa por aquel paraje. El torreón del Castillo está adosado a una galería cuadrada de ocho lienzos y de diez arcos por lienzo. A la conclusión de la galería, se inicia un patio de armas; luego del patio, una enorme casona, y al remate de la casona, paneras, carroceras, corrales... Frente al Convento de Santa Isabel, la Iglesia de San Martín. Alba no es ni más ni menos que su Castillo; hasta las iglesias parecen pedirle protección. La vega se extiende a lo lejos, limitada por la mancha gris de unos encinares y por la faja pizarrosa de una colina; a lo lejos, por el telón azul, levemente esfumado de la Sierra; unos murallones, de frente, rompen la monotonía de la serena visión. La Villa se extiende hasta San Leonardo, y más atrás de la espalda de San Leonardo, el manchón cárdeno de las

viñas, el verde brillante del centeno, un arbolado gracioso más arriba.»

«Teresa llega al pueblo a la caída de la tarde. El cielo está radiante y puro. El sol se hunde entre fulgores cárdenos, rojizos. El Tormes refleja temblorosamente la sangre del crepúsculo. Unos chicuelos cantan el romance de *Blanca-Flor* en el atrio de San Martín. Uno de ellos enseña a la Madre el camino del Monasterio de Santa Isabel. Momentos después, en el locutorio, charlan animadamente la Madre, la vieja Duquesa, un carmelita calzado, el administrador de los Alvarez de Toledo, Francisco Velázquez, y el corregidor que es varón docto y cristiano. Todos están prendados del despejo, del donaire, de la franqueza de Teresa; sobre todo, Sor María de la Lua, no puede disimular su júbilo. Francisco Velázquez dotará el nuevo Monasterio con rentas convenientes: la Duquesa le ayudará, como está puesto en razón. Los terrenos están cerca de la vega, dominándola. Teresa quiere aire, luz, espacio, para que vuelen sus monjitas.

—*Es de harta recreación mirar la vega*, exclama la madre. Desde el camino vengo prendada de su hermosura y lozanía.»

«Teresa, enferma, achacosa, triste, llena de quebrantos y de agobios, viene por segunda vez a Alba, a su Convento reformado de la Anunciación. Duras han sido las pruebas con que el Señor ha querido templar su fortaleza. En Avila, un vocero, un abogado presuntuoso y charlatán, ha dicho, delante del Justicia, en pleito que ventilaba la familia de la Madre, que la virtud de Teresa es escasa y suelta su lengua. En Valladolid, la priora la ha tratado con despego. En Medina del Campo unos hombres han apedreado la diligencia en que viajaba, y han armado gran estruendo y alboroto, llamán-

dola mujer correntona y liviana, mujer sin seso y poco asustadiza, con otros disparates dolorosos por el estilo. Tantos golpes seguidos han hecho mella en el espíritu de Teresa. Doña María Colón y Henríquez, duquesa de Alba, ha obtenido del Provincial de la orden que la Madre vuelva a la villa de sus blasones. Por eso Teresa está en Alba, donde ha de morir algunos días después.»

La celda de la Madre mira a la vega. Teresa, después de comulgar, desmayada y floja, se ha puesto a contemplarla, sin que Sor Ana de San Bartolomé, que la es tan devota y aficionada, haya osado romper el encanto de la contemplación. Unos pinos bordean las orillas del río, que han cantado galanamente poetas y troveros. El puente está lleno de viandantes, gañanes, canteros, soldados ociosos y aburridos que pasan todo el día contemplando el río, rompiendo su mansedumbre de lago con una piedra, viendo cómo se forman rápidamente círculos y más círculos que se ensanchan, que desaparecen, que tornan a formarse. Las lavanderas cantar, palmotean, chillan, juegan con las aguas, contentas. Al remate del puente se destaca, preciosa, la mota blanca de la ermita de Nuestra Señora de la Guía, cuyas espalderas están resguardadas con una colina. De allí arranca la calzada de Salamanca, cuya línea se pierde a la derecha entre los árboles, para destacarse nuevamente, en zig-zag, junto a unos ventorrillos, a la vera de un altozano. La ermita, la calzada, llevan el recuerdo de la Madre a sus viajes, a sus ajetreos, a sus fundaciones por los pueblos áridos y secos de Castilla.

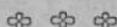
En esos viajes lentos, incómodos, oyendo al pueblo humilde, empapándose de sus amarguras, de sus anhelos, de sus esperanzas, ha formado Teresa al hechizo de su lengua, repleta de modismos populares, de provincialismos, de giros plásticos y graciosos. En esos ajetreos ha llegado Teresa al corazón de su Castilla. Con la experiencia de sus fundaciones, la tristeza, la

amargura, forasteras en su ánimo alegre y generoso, han puesto una nota grave, freno poderoso al ímpetu de su franqueza y de su generosidad».

«Teresa está muy enferma; Teresa va a morir; sus ojos han perdido su fulgor inteligente; sus labios, blancos y descoloridos, se mueven perezosamente, con desmayo. Contempla la vega por última vez: sonríe con tristeza. Sus ojos vagan absortos, de aquí para allá, pensando que también su espíritu, como el paisaje que tanto ama, ha sido sereno, plácido, luminoso y tranquilo».

«Suenan una campanita conventual. La madre se dirige al Coro».

«Y aún tiene su última mirada de comprensión abierta; aún sus ojos se posan con insistencia en la ermita blanca y en la sinuosa calzada salmantina. El cielo es azul y las aguas azules como el cielo. Las lavanderas siguen cantando, palmoteando, chillando, jugando con las aguas, contentas de la hermosura del día...»



Abismado en la lectura o más bien, en la contemplación de este cuadro de colorido local, voy dirigiéndome a la estación del ferrocarril, que dista de la villa unos tres kilómetros, casi sin darme cuenta de los bulliciosos coches que pasan cargados de peregrinos, avanzo por la ancha y polvorienta carretera que bordea las márgenes del Tormes con hilera de álamos y chopos, en cuyas aguas (no de los chopos ¿eh?), se refleja la coquetona Luna, que se *contonea* y *da importancia* en el espacio azul, adulada por vaporosas nubecillas... Y también sin darme cuenta, y ya casi entre *tinieblas... oscuras*, llego al andén, donde no obstante las sombras, es grandísima la animación y... con muy *buena sombra*.

Grupos de andaluces peregrinos e hijos de Alba

fraternizan y departen con cariño: se escuchaban los arrulladores *tu, ru, ru, ru* de los clásicos cantares de la tierra, a los que se contesta y corresponde con las festivas *sevillanas* y sentimentales *malagueñas*. Y poco después de las nueve y media, entre aplausos y vítores, nos despedimos de Alba, rogando a Santa Teresa que nos conceda un feliz viaje de retorno a nuestra amada Sevilla.

Y que la Santa, a pesar del hondo disgusto del fallecimiento de nuestro ex-Deán, no nos dejó defraudado en nuestras peticiones, se verá por quien paciencia y humor tenga, en el

CAPÍTULO XIV.

Viaje de regreso

Lo confieso con ingenuidad: ya vamos para Sevilla y... todo lo pasado (¡que no es poco!), me parece un sueño; porque, después de gozar tanto, ni *por sueño* pensé que habíamos de regresar tan *amanglados*. Pero como a pesar de tener el *sueño ligero*, todos o casi todos nos estamos cayendo *de sueño*, a fin de conciliarlo, hacemos *cabezales* de sacos y maletas; y aunque no a pierna suelta, ni con *sueño de liebre*, trascurren las primeras horas de la noche en un pujante y universal ronquido, que me recuerda *entre sueños*, por supuesto, la gran Misa de *bajos* del inmortal Eslava, con acompañamiento de fagot, oboe y demás instrumentos que *ronquean*.

La luz *tremante y doliente* de los ahumados quinqués del vagón alumbra en comandita con las plateadas hebras de la *casta Febea* los departamentos, que semejan campo de Agramante, tras reñidísima escaramuza.

Eran las tres de la mañana; un vientecillo frío y flagelador orna con diamantinas gotas de rocío los cristales de los coches. El tren ha hecho un alto en su marcha: hemos llegado a Plasencia y la Peregrinación co-

mienza a desmembrarse, perdiendo ahora la grata y honrosísima compañía de su Presidente de honor, el Emmo. Sr. Cardenal, que con los ilustres Capitulares Sres. Almaraz y Sevillano, allí se quedó para asistir a las exequias solemnes del que fué hasta ayer su amante y vigilantísimo Pastor...

Un como paño de tristeza, al que cuelga también sus crespones lo desapacible de la hora, se extiende por el casi solitario andén, envuelto en penumbras: los saludos de los acongojados sacerdotes placentinos y las despedidas tristes de los sevillanos hacen correr mudas y dolientes lágrimas.

La mayoría de los peregrinos duermen y descansan del ajetreo de los pasados días.

Y de nuevo arranca el convoy, yendo en busca de la antigua *Castra Cecilia* de los romanos, la trabajadora e industriosa Cáceres, que forma con Badajoz el antiguo reino de Extremadura: ya en nuestro vagón se ha tocado a *diana*, y comieaza el rebullir de los cansados cuerpos, y restregándose los ojos, contemplan ya los más despabilados, allá en las lejanías, el *plateresco* cabrilleo de la corriente del Tajo, y las montañas encaperuzadas de verdes castaños, olivos y frutales de la noble Ciudad extremeña.

Allí llegamos a las ocho y cinco minutos, y cuando ya el sol hacía *de las suyas*, sacando gruesas gotas de sudor de nuestros empolvados poros.

Un recibimiento grandioso, organizado por las autoridades y personas preeminentes de la capital, nos aguarda en la estación, que está cubierta de inmenso gentío.

En estas manifestaciones de simpatía ha tomado parte principalísima el hermano de nuestro querido Penitenciario y Presidente de la Junta Organizadora de la Peregrinación D. Mariano Gómez Saucedo.

En las afueras de la estación esperan a los pere-

grinos numerosos coches y automóviles particulares, cedidos galantemente por sus dueños a ruegos de la Alcaldía para trasladar a los peregrinos al Circulo Artesano, donde se nos sirve espléndido y confortante desayuno. Y después de aprovechar la media hora que nos queda, dando un *vistazo* a los monumentos notables de la población, en vertiginoso *auto, marca Opel* (¡y viva *el reclamo...!!*), regreso a la estación, en cuyo andén y antes de partir, estrecho la mano del notable periodista e ilustre sociólogo católico D. León Leal Ramos, saludando también al batallador director de *Diario de Cáceres* y al administrador de la preciosa revista *Guadalupe*.

El *deshielo*, o más bien, la desmembración continúa, quedándose aquí nuestro Presidente efectivo, al que, al arrancar el tren, se le tributa cariñosísima ovación, salpicada de entusiastas frases de enhorabuena por sus atinadas gestiones, y *vivas* calurosos a Cáceres, Sevilla, y a Santa Teresa.

En esta Estación, y con rotura de no pocos búcaros, se verificó el *trasbordo*; pasando del tren de la Compañía Madrid-Cáceres-Portugal al de los ferrocarriles Andaluces, el mismo que llevamos en nuestro viaje de ida a Madrid; cambio que es recibido por todos con palmadas de satisfacción, porque se comunican entre sí todos los vagones.

Yo, sin poderlo remediar, me acuerdo de las serenatas famosas y de los *ensayos polifónicos*: la figura simpática de *Fr. Luis* se esfuma ante mis ojos, y... partimos de Cáceres.

En el trayecto que nos separa de la antiquísima *Emérita Augusta*, doy lectura, para distraer gratamente a los de mi Grupo y *afiliados*, al siguiente preciosísimo Soneto con estrambote de la popular y católica poetisa sevillana, D.^a María Tixe de Isern.

Santa Teresa y el Niño Jesús

(EN LA ESCALERA DEL CONVENTO)

Bello, cual del Albor la luz primera,
Como Sol, al romper del alba el velo,
Teresa, un Niño con mirar de Cielo
Halló, de un Convento en la escalera.

La monja, ante visión tan hechicera,
¡Inundada de gracia y de consuelo!
Rogó al Infante con ferviente anhelo
Al punto que su *nombre* le dijera.

«¡Mi nombre...! pues el tuyo antes reclamo» —
(Dijo aquel con gran risa y dulce guiño)

—«Ya te diré después como me llamo». —

Y la virgen responde con cariño:

—Teresa... *de Jesús*, que a El solo amo.» —

«Yo... ¡*Jesús de Teresa!*... añadió el Niño.

Y la visión Divina

Flores de Gracia esparce de áureo ramo,

Desparece... y los claustros ilumina...

En estos momentos, pasa el tren por la Fábrica que los Sres. Ayala poseen en la estación de Aljucen, donde los obreros de la misma con el Capellán a la cabeza, aplauden y vitorean a los peregrinos, que contestan con señales de agradecimiento y simpatía.

Y a las once dadas, como estaba *previsto* llegamos a la Patria de la simpática Mártir Santa Eulalia, bañada por el Guadiana, que pasa lamiendo el trozo de muralla que cierra la vieja Ciudad, y por el Albarregas, el Aljucen y el Machel, que desaguan en aquel río.

Los que tienen *de qué, con qué y... para qué*, almuerzan en el Restaurant de la Estación, y los que no, que son... *cero al cociente*, aprovechan la hora y media que se nos concede de *asuetto*, para visitar la Ciudad, de aspecto humilde hoy, pero que fué, bajo la dominación romana,

la más importante colonia de aquel colosal imperio; tan importante y famosa, que llegó a contar, dentro de sus muros, hasta un millón de habitantes.

Entre las numerosas bellezas romanas de que se encuentra incrustado su suelo fertilísimo, vimos el *Arco triunfal* elevado en honor de Trajano (hoy de Santiago), constando todo de enormes piedras sillares: el *Castillo*, llamado *el Conventual*, por haber servido de residencia al *Provisor de la orden*, cuyos muros, que azotan las aguas del Guadiana, fueron considerados por los arquitectos de Felipe II como la obra maestra de la Ciudad: *el Palacio del Conde de los Corbos*, que fué el templo de Diana, en el que se ven entre otros restos de singular magnificencia, 19 columnas, cuya elevación no bajará de once metros. Contemplamos al mediodía de la actual Ciudad, las ruinas del famoso Teatro, que los merideños llamaran *Siete Sillas*, antes del descubrimiento de las gradas y de la escena, la *Naumaquia*, denominada vulgarmente *el baño de los romanos*; y entre la ermita de San Lázaro y la población, los restos del suntuoso *Circo*, cuya grandiosidad era tal, que podía hoy ver a un tiempo los espectáculos toda la gente que actualmente cuenta Extremadura.

Y tropezando a cada paso con restos de estatuas, trozos de columnas y ruinas de templos; leyendo aquí y allá inscripciones, ya sagradas o religiosas, ya sepulcrales, ya votivas o laudatorias de la antigua Mérida; admirando los pilares de su acueducto y los arcos atrevidos de su puente; recordando que cuenta entre sus hijos notables a Santa Eulalia, y al poeta Daciano, que floreció en Roma en tiempo de Augusto; y a Paulo Diácono, historiador eclesiástico de la ciudad emeritense en el siglo VII; y a Vega y Zúñiga y muchos otros ilustres varones en religión, letras y armas, sólo así podemos comprender, sin hacernos violencia alguna, las siguientes encomiásticas frases, que se atribuyen al

moro Rasis: *Non ha home en el mundo que cumplidamente pueda contar las maravillas de MERIDA.*



Y dando un cariñoso adiós de despedida a la Ciudad celeberrima en los tiempos de Pomponio, Mela y Cayo Plinio, nos acomodamos en nuestros asientos ardientes de... *segunda clase*, dejándonos llevar, a poco de mil suertes de imaginaciones y recuerdos, entre gratos y tristes, que nos entretuvieron, hasta que se ofreció, a nuestros ojos la elegante estación de Zafra, después de dejar atrás los pueblos que mecieron la cuna de Hernán Cortés y del descubridor del Pacífico, Vasco Núñez de Balboa.

La toma de una cerveza, que resulta más difícil que *la toma de la Bastilla*, nos entretiene veinte minutos en el Salón de la Cantina; y confortados con la *hordácea* bebida, seguimos nuestro itinerario, en verdadera marcha triunfal de pueblo en pueblo; pues apenas si pasamos por uno solo, que no nos haga objeto de sus saludos y simpatías.

En Llerena el recibimiento es cariñosísimo, y al paso del tren vemos allí a los señores Párrocos, las Hermanitas de ancianos desamparados y público tan numeroso como distinguido.

En el pueblo de Guadalcanal, el primero de la Archidiócesis hispalense, saludamos a los Curas de Santa María y Santa Ana, Sres. D. Demetrio Gallardo y Don Rafael Ordóñez, con todo el Clero de la población, Hermanas de la Doctrina Cristiana, los niños de las Escuelas municipales con sus maestros e inmenso gentío que agradablemente nos sorprende, cantando a la perfección el Himno de la Peregrinación sevillana.

Idénticas manifestaciones de simpatía nos hacen en la estación de Constantina-Cazalla, donde, a pesar de los muchos kilómetros que separan la estación de ambos pueblos, vemos allí al Arcipreste D. Manuel Gon-

zález-Serna, al que acompañan el Párroco de San Nicolás del Puerto, Sr. Ramírez, todo el Clero de Constantina y muchísimas personas de todas las clases sociales.

Y momentos después en El Pedroso ocupan el andén y baten aplausos a la Peregrinación el Parroco Don Manuel Fernández Merino, el señor Alcalde, el Comandante del puesto de la benemérita y centenares de personas distinguidas.

Y lo mismo en Villanueva de las Minas y en Tocina, donde con lágrimas en los ojos y sendos apretones de manos, nos despedimos del popular Grupo núm. 20, cuya *jefatura* entrego al simpático joven D. Laureano Montoto, que conducirá en el *mixto descendente* al nutrido Coro loreño a sus... *patrios lares*, no sin antes dar entusiastas *vivas* a Santa Teresa, al *inclito Macoterano*, y a la menuda *Roya* de... *petrolíferas trenzas*.

Y pasando, *como rayo que vomita la tormenta*, por los pueblos de Cantillana y Brenes, ya desde la Rinconada y el Empalme se inicia un general movimiento *sacuditorio*, y vienen al piso o centro de gravedad maletas, bártulos y portamantas. Los peregrinos, altamente satisfechos del éxito completísimo del viaje y manifestando exteriormente los deseos de poder muy pronto tomar parte en otra expedición semejante, recorren por última vez los vagones, despidiéndose mutuamente en medio del mayor entusiasmo y alegría.

Las rojizas chispas de cohetes que estallan en la altura azul de nuestro sin igual cielo, nos recuerdan que el *fúnebre* Sr. Sánchez Angles no se duerme en,, sus *fémures* y *canillas* (vulgo laureles); y allá entre la maza de gigantes edificios, se yergue, arrogante y hermosa, la Giralda que, en honor de la Peregrinación y para celebrar su feliz arribo, luce focos potentísimos de luz eléctrica: y a su vista, un aplauso seco y estruendoso vibra en todos los vagones, se canta a toda orquesta el

Himno, se murmura una Salve de salutación a la bendita Virgen de los Reyes, y aún perduran los ecos de nuestros cánticos y los *chasquidos* de nuestra prolongada ovación, cuando entramos, a las nueve y doce, en la estación de la Plaza de Armas de nuestra idolatrada y sin par Sevilla.

Y después de saludar allí al Ilmo. Sr. Provisor de la Diócesis, D. Miguel del Castillo y a la Comisión del Cabildo Catedral, formada por el dignidad de Tesorero Sr. Armario, y los Capitulares Sres. Morales y Sánchez Susillo, y a los Beneficiados Sres. Ibáñez y Reina, y a los Párrocos de San Vicente y San Nicolás Sres. Torres Galeote y Holgado Yusta, y a los Presbíteros Oficiales de la Secretaría de Cámara Sres. Navarro y Gómez Falcón, y al Notario Eclesiástico del Arzobispado y preclaro poeta D. Luis Montoto y a nutrida Comisión de PP. Dominicos, y a los Sres. Sánchez Arráiz, Casso, Zuleta, Ferrero, Camuñas, Martínez Girón, Cantos López, Terán, Reina, Moya, Gutiérrez de la Rasilla, Márquez, Voissins, López de Rueda, Berraquero, Amado Galiano y... centenares más, con mi maletín de *pedicuro* pueblerino bajo el brazo, *calé el chapeo*, atravesé el andén, y... ¡colorín, coloráo...!!

Pero, comprendiendo antes de hacer punto final que los viajes que se empiezan cantando, cantando han de morir, como el *cisne*, haciendo laud o arpa eólica de mi maletín, hago retemblar los aires con los sonos de esta postrera coplilla:

¡Bien alto su pabellón
Ha puesto la Andalucía!
Pues... ¡Avila y Salamanca
Se quedan... *locas perdías*...!

Y montando en aligero faetón de gomíferas yantas, ¡*jarrea, chico!*... decimos. Y... hasta otra! ¡Y... que viva Santa Teresa!!!

CAPÍTULO XV.

Proyectando un homenaje

Poco, o casi nada, voy a poner de mi cosecha en este capítulo postrero de mis *Impresiones* que, si algún mérito han de tener, será sólo el que a prestarle va el felicísimo pensamiento, el proyecto de homenaje, objeto de estas líneas.

Y como no he podido, ni con mucho, sustraerme a la irresistible tentación de dar cuenta de la hermosa empresa; y como a fuer de buen español y ferviente devoto de la Virgen abulense, no debiera dejar en el silencio tan loabilísimo empeño, he aquí por lo que abro capítulo nuevo, en la seguridad de que han de agradecerlo cuantos sangre española sientan correr por sus venas y chispas de amor teresiano enardecer su corazón.

En *Diario de Avila* y firmado con el modesto pseudónimo de *Fr. Juan de la Miseria*, apareció días atrás, un artículo, todo sencillez y gracia todo fuego y entusiasmo, en el que, a vuelta de otras razones, invita su inspirado autor a que se estudie la manera de honrar a la ilustre Santa Castellana con algo nuevo, para memoria eterna de la generación presente que celebra el tercer centenario de su gloriosa beatificación.

Y ese *algo nuevo* consiste, dicho en brevísimas palabras, en acudir a la Santa Sede en demanda del decreto solemne declarándola Doctora; o al menos siquiera, ya que la Iglesia ha concedido a Teresa de Jesús los honores con que distingue a sus Doctores, incluso el de que sus imágenes ostenten el birrete doctoral, en que se impusiese con solemnidad extraordinaria el birrete doctoral a nuestra inspirada extática y majestuosa Santa por el Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad o un Príncipe de la Iglesia, que bien pudiera ser, por salamanquino y fervoroso teresiano el Cardenal-Arzbispo de Sevilla.

Este es en esbozo el proyecto, éste el homenaje, que no puede, que no debe quedarse en vanas palabras.

Y como se trata de homenaje de tan seductora simpatía, toda la prensa católica española ha respondido, como potente eco de torrente desbordado a la proposición de *Fr. Juan de la Miseria*, y he aquí como muestra de los mil que pudiera citar, lo que un amante del Serafín del Carmelo, dice desde las columnas de *El Salmantino*.

«Confieso la verdad, que al leer el simpático título *Proyectando un homenaje a la Doctora avileña*, y más que todo al enterarme del tesoro precioso que encerraba, regocijeme en extremo, como español, y aún más que como vástago de la Iberia, como hijo predilecto de la gran Santa, que con su *indole apacible y muy discretas y gentiles formas naturales conquista con fuerza irresistible todas las voluntades. Pero mucho más con las admirables dotes sobrenaturales que adornaban su alma y que la hacen lucir como esplendísimo sol entre las brillantes estrellas de nuestro siglo de oro*, según frase de Pío X en su carta al General de los Carmelitas Descalzos con motivo de las fiestas centenarias de la beatificación de Santa Teresa de Jesús.»

«Al leer todo ésto, mi corazón no podía menos de saltar de júbilo, y a los pocos momentos agitándose

lleno de gozo, parece como que quería romper las leyes físicas que le fijara el Creador, y latir en una atmósfera mundial, para que se propalase más y más aquel *proyecto*, hasta que llegue a convertirse en risueña realidad. Se trata de honrar a la sin par Teresa, de colaborar todos unidos a fin de que se imponga solemnemente sobre sus sienes el birrete doctoral. Y para demostrar que la idea nada tiene de descabellada, antes a la inversa, son no pocas las razones que en pro de tan halagüeño ideal, sirvan por lo pronto de argumento las palabras mismas, no de un doctor particular o de algún corazón apasionado por la excelsa Castellana, sino del magnánimo Pontífice Pío X.»

«Al tratar el Supremo Jерarca, en la ya citada carta al General de los Carmelitas de la novedad que en demasía ha penetrado hasta en el campo de la ascética y de la mística cristianas, después de otras muchas cosas, dice lo siguiente: *Quien haya reflexionado acerca de lo que vamos diciendo, sobre la excelencia de la doctrina tere- siana, comprenderá con cuánta razón han tomado a Teresa por maestra cuantos después de ella han escrito sobre tan difíciles materias, y CUAN JUSTAMENTE CONCEDE LA IGLESIA LOS HONORES PROPIOS DE LOS DOCTORES A TAN EXCELSA VIRGEN.*»

«Después de estas palabras dichas por el Papa reinante, ¿qué falta para que *la Santa*, por antonomasia, se presente, oficialmente, orladas sus sienes con el birrete de Doctora? ¿De la declaración hecha a la declaración solemne, cuánto dista? No se nos oculta que aún resta bastante jornada que andar; pero lo más difícil, a buen seguro que ya está andado. Si el Papa mismo reconoce que *justamente la Iglesia la tributa los honores de Doctora*; si ésto lo manifiesta clara y terminantemente ante la faz del mundo, ¿no podemos decir que únicamente se desea para que la declare de un modo solemne la petición unánime de la mayoría del pueblo católico, sobre todo

del español? Y a llevarla a cabo con esperanzas de un éxito feliz, ¿no es verdad que nos invitan sus mismas palabras?»

«¿Cuándo habrá, para realizar nuestro ideal, ocasión más propicia que ésta, en la que se aunan la confesión explícita del Vicario de Cristo y la agitación del universo mundo hacia la Cuna y Sepulcro de Santa Teresa, en estas fiestas del tercer centenario de su beatificación en las que, como ha dicho muy bien la Peregrinación Andaluza, nos trae locos esta celestial *Andariega*, este imán de los corazones?»

¡Católicos españoles y de todo el orbe! ¡movéos como por un resorte mágico, recoged la voz que sale del Vaticano, y haciéndola pasar por cada uno de vosotros, multiplicad sus ondas sonoras que repercutan en los Palacios episcopales para que con su bendición se aumente y robustezca; y así, unida y compacta, penetre de nuevo en las aulas pontificias: que Su Santidad, al oír tan hermosa petición, inundado de santo regocijo su corazón eminentemente teresiano y que desea ardientemente *que los que se dedican al estudio de la llamada psicología mística, no se aparten de las enseñanzas de esta incomparable Maestra*, hará que resuene segunda vez su voz; pero ya lo hará de un modo autoritativo y magisterial, y entonces se cumplirán sus deseos y los nuestros vehementísimos de llamarla *Maestra* con toda propiedad.»

«No dejad pasar tan simpática y oportuna ocasión. De una palabra depende no más, y esa palabra parece como que está escapándose de los labios augustos que la han de pronunciar. A trabajar a una todos por arrancarla, que después llegará el momento de gozar nuestras fatigas...»



¡Católicos andaluces! ¡Sacerdotes que formásteis en las brillantes filas de la Peregrinación Sevillana! ¡Da-

mas nobles, Caballeros que con nosotros visitásteis la tierra bendita que santificó la Santa Castellana! ¡Sevillanos nobilísimos, onubenses ilustres, jerezanos leales, constantes sanluqueños, marcheneros preclaros, ecijanos celosos, loreños entusiastas, todos, todos elevemos nuestra voz, y al son del Himno de nuestra tierra, que nos sirva de acicate, laboremos porque el *proyecto* sea en breve realidad venturosa!

¡Y quiera Dios que allá para Octubre, quizás en el mismo día de la festividad de la Santa, en una otoñal tarde de blanda brisa que mece los viñedos y canta entre las hojas de los árboles, contemplemos en las calles históricas de la noble Avila a aquella *garrida Charra* que se llamó Teresa de Jesús, paseada en triunfo sobre nuestros hombros y luciendo sobre las monjiles tocas el birrete doctoral que acaricie con sus dorados flecos, salpicados de brillantes, aquel rostro peregrino y aquellas virgíneas sienes donde se elaboraran tan arrebatadores pensamientos.

Y para terminar... ¡Viva la Mística Doctora Castellana!!



EPILOGO

Cualquiera, al leer esa palabreja, llegará a figurarse que voy ahora a resumir o recapitular todo lo que llevo... *capitulizado*: y... ¡frescos estarían los lectores, y aviado estaría yo a estas alturas para semejantes... *andanzas retrospectivas*!!

Capitulo por tanto, es decir, doyme por vencido, y reemplazando el *epilogo* por una sustanciosa *postdata*, digo, declaro y hago saber a cuantos, *con o sin gorra*, vieren las presentes:

1.º Que al dar a mis *Impresiones* que nada valen (¡esto es un decir, y no me refiero a las dos *del ala*, vulgo *plumas*!), al dar a mis *Impresiones* un estilo festivo y ameno, hícelo así con sólo el ánimo de que el libro llegue a venderse, porque para dormir la siesta, comprando la *Guía de Ferrocarriles* por dos míseros reales, se tiene de sobra.

2.º Que tal vez, y sin tal vez, por la premura del tiempo y la precipitación verdaderamente escandalosa con que se ha fraguado esta obra (menos de diez días), se habrá escapado algún que otro *gazapo* del *coto* de mi intelecto: si así resultare yo lo declaro desde ahora *primi capientis*, con opción a comérselo con arroz o en la forma que estime más oportuna.

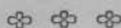
3.º Si alguno, o algunos, en el transcurso de mi

Viaje, se sintiesen molestos por haber aquí estampado su nombre, sin permiso, hagan la reclamación cuanto antes: que yo les prometo consignar su *protesta*, firmada y sellada, en la segunda edición, que verá la luz en breve; porque ésta,... *es viejo* que se agota.

4.º Como no se trata de un negocio particular del *Autor*, sino de allegar recursos para la continuación de las obras de la Basílica de Santa Teresa en Alba de Tormes, huelga decir que todos los que tomen el libro harán una limosna, que la Santa bendecirá, y que el *autor* (*vaya postin!*) agradecerá de pasó.

5.º y último. ¡*Gracias a Dios!*—Doy en nombre de todos los Peregrinos la más cordial, efusiva y entusiasta enhorabuena por lo acertado y feliz de sus gestiones y por el orden y admirable organización de los trabajos a nuestro Presidente de honor el Emmo. Sr. Cardenal y al Presidente efectivo y Secretario de la Junta Organizadora, como a todos los Vocales y *Vocalas*.

HE DICHO.



FINIS



APÉNDICES

I.

Discurso improvisado, pronunciado en la noche del 30 de Junio en la Solemne Velada con que la Cámara de Industria y Comercio, de Avila, obsequia al Emmo. Sr. Cardenal Almaraz y Santos y a la Peregrinación Sevillana, por el Sr. D. Manuel Siurot, Abogado de Huelva y Profesor de las Escuelas del Sdo. Corazón de Jesús de la misma Ciudad.

EMMO. Y RVMO. SR.

SEÑORAS:

SEÑORES:

Hace unos momentos, ignoraba yo que hubiera de tener la honra de hablaros en esta solemnidad literaria. ¡Pobre de mí,..!, que he de verme forzado a luchar con la desproporción enorme que hay entre vuestros deseos y la triste realidad de mi palabra.

No os extrañéis, pues, si aquí en la intimidad os digo, que los requerimientos constantes para hablar de que soy víctima, por causa del cariño de mis buenos amigos, me han hecho tomar tal antipatía a la oratoria,

que me acuerdo con delectación de la famosa frase de un orador andaluz, que, sometido por fuerza al uso casi diario de los discursos, empezó uno así: *¡Bienaventurados sean ahora y por siempre los..., tartamudos!!*

¡Eminentísimo Sr. Cardenal Almaraz!: ejercéis, Señor, sobre mi voluntad la doble ponderación, primero de ser quien sois; y después, de quererme como me habéis querido siempre: y como si todo ésto no fuera bastante, aún existe un título, definitivo por cierto, para el completo y gustoso rendimiento de mi albedrío, y es que el augusto corazón de Vuestra Eminencia, y mi pobre y modesto corazón, se han encontrado fraternalmente unidos, en ese camino ideal que han abierto las almas, al través de las malezas de la historia, en busca de la figura admirable de la Santa Reformadora del Carmelo.

Yo no puedo hacerlos un discurso literario, así por estos procedimientos que pudiéramos llamar, degeneración espontánea; pero voy a ver si puedo reflejar, al menos, la impresión que me ha hecho Avila.

Ayer, cuando en solemne procesión cruzábamos las calles de esta cien veces ilustre Ciudad, cuando el ánimo se recreaba en los dulces cánticos, que las damas cristianas y los caballeros de la Cruz entonaban a Santa Teresa, la emoción vino a tomar por asalto mi alma, cuando juntamente con las impresiones religiosas, llegó hasta mi frente la caricia de los recuerdos de la historia y del arte: y ahora, era vuestra monumental Iglesia de San Pedro, que nos ofrecía al paso una salutación *románica*, como un recuerdo de la primitiva monarquía castellana; más tarde, era la sin igual muralla que da a la Ciudad aspecto de la Edad Media, y al pasar bajo el arco elegantísimo de la Puerta del Mercado, nos creíamos, por la magia poderosa de la imaginación, transportados a aquellos tiempos en que nuestra nacionalidad se estaba amasando con lágrimas de dolores y con sangre que

las nobles generaciones vertieron en las luchas del sacrificio por la patria.

Luego, todos, avilese y andaluces, la voz más autorizada de la Diócesis de Sevilla, bajo las bóvedas del Templo de la Santa, y puros sentimientos del patriarcado cristiano han bajado de los labios de un príncipe de la Iglesia hasta la muchedumbre, que conmovida daba *vivas* a San Isidoro y a San Fernando, a Santa Teresa y a la Virgen de la Caridad, a Sevilla y a Avila; y como corona de gloria de los entusiasmos del pueblo, han quedado dominado, como ondulaciones de luz increada, aquellos *vivas* al Sagrado Corazón, centro universal de las almas, Rey de Reyes y fuente de donde brota el amor que arde en las blancas y humildes celdas de la Eucaristía, que es Jesús admirable y más que divino, si fuera posible la expresión.

He visto después *San Vicente* y *Santo Tomás*; y cada una de estas Iglesias ha hablado el lenguaje de las ideas, que las produjeron en el mundo de la arquitectura; cada una nos ha contado, con la sugestiva conversación de la piedra vieja, sus abolengos románicos y góticos; y los genios de la historia y la leyenda han susurrado en las luces misteriosas de estos templos viejos unas canciones de aquella edad, en que el idioma castellano corría su primera centuria, después de haberse presentado en el mundo con el documento secular del *Poema del Cid*.

Pero, señores avilese; la joya de vuestra gloria, el orgullo de vuestra raza, es esa Catedral, que es como vosotros mismos. Parece el originalísimo monumento el gráfico de vuestras mismas personas. Os he visto en las calles, en los templos, en las plazas; sois recios y firmes de cuerpo; pero son nobilísimas y espirituales vuestras cabezas.

La Catedral, que es fuerte y recia por abajo, es fina y delicada por arriba. Por abajo, románica; y allá, en

las alturas de las bóvedas, el arte gótico naciente marca como una promesa de las estupendas realidades, con que triunfan en el siglo XIII las fábricas maravillosas de León y Burgos.

Pero siendo tan personal e interesante vuestra Iglesia matriz, hay algo en ella que casi monopoliza el interés de los hombres enamorados de la historia; y ese algo es el *Abside*. Así como la Catedral representa a Avila, el ábside es el retrato de la Edad Media. La Edad Media española es una cruz y una espada. Este ábside es, en su parte baja, una Iglesia, y en lo alto, una fortaleza. Durante la lucha, está la Cruz abajo, y la espada arriba. ¡No importa!; son esas las necesidades apremiantes de la santa empresa por la Patria y por la Fe: cuando sobrevenga el triunfo, la espada se pondrá a los pies de la Cruz, significando la sumisión de la fuerza a la santidad de las ideas y el amor.

¡Abside glorioso!...; anoche, cuando un rayo de luna daba a tus originales almenas una entonación de plata y de misterio, conversaba yo con una persona querida, y decíale: —Mira; desde ese balcón, desde esa muralla, se ve y se siente mejor que desde ningún sitio, la historia de Castilla. Mirando hacia los campos de la izquierda, se cierran los ojos al punto, y en el silencio de la noche se oye el clamor de las justicias de Lain Calvo y de Nuño Rasura. Por la inmensa planicie del Norte, se siente el galopar del caballo de Fernán González.—Si prestas atención y abres los ojos del alma y los oídos del espíritu, llegarán hasta tí las ovaciones que los soldados victoriosos hacen al Conde Menendo, que por Castilla y por el Rey Niño Alfonso de León, ha ido, junto con los demás reinos cristianos, a tirar por tierra y hundir en el polvo los legítimos orgullos del más grande de todos los guerreros semitas, de Almanzor, que va huyendo mal herido, y que ha dejado el tambor en manos de sus aborrecidos guerre-

ros de Castilla. Extiende tu vista por toda la meseta castellana, y observa que no hay lugar ni caserío donde no se rindan la admiración y los corazones a Rodrigo Díaz, que toma juramento a los Reyes, es asombro de los hijos del Corán y llena los ámbitos de España con los clarines de sus hombres y el piafar de su Babicca,regonadores por todas partes de la hidalguía del caudillo, primer *desfacedor de entuertos*, de esa gloriosa dinastía que tiene su cumbre en el mundo real con él, y acaba en el mundo del pensamiento con el simpático enamorado de D.^a Dulcinea.

— ¿Quiénes son esos que vienen contentos, en tropel ordenado, con las viseras levantadas, las plumas de los cascos al aire, las lanzas refulgentes al sol, y los ojos en las damas que echan flores sobre sus vestidos de acero?—Son los soldados del gran Alfonso, que acababan de conquistar a Toledo, y traen la alegría del triunfo.—¿Y esos rotos, maltrechos?—Son los soldados del mismo Rey, vencidos en Zalaca y Uclés, que traen la tristeza de la derrota. Antes, probaron mieles y fué la vida dulce; ahora hieles, y es la vida amarga.

Si juntáis las mieles y las hieles, tendréis la verdadera imagen del vivir. No importan las amarguras de la derrota, si el honor las alumbra; porque para los derrotados en las batallas de Dios y del Rey, teje el dolor humano coronas de virtud, y los ángeles queman en los incensarios de la gloria una resina arrancada al árbol del sacrificio con la que se perfuman luego las hojas del libro de la historia.

Tiende ahora tus ojos al sur, muy al sur: llega después de la Mancha a la tierra de promisión andaluza y contempla el espectáculo guerrero más grande de la Edad Media. España ha vencido a los Almohades. Las Navas de Tolosa es el botón central de los empeños de la Reconquista. El camino del día glorioso de la unidad patria queda aliviado de sus seculares dificultades, y

no pasará mucho tiempo sin que un Rey Santo le quite al Taifa de Córdoba su Mezquita, y al de Sevilla su Alcázar, que será ungido más tarde con las leyendas de D. Pedro I de Castilla.

Finalmente, no busques nada con la imaginación: ¡aquí, aquí en estos mismos muros que pisan nuestros pies, desde una de estas almenas, vió el niño Infante D. Juan el vergonzoso espectáculo que unos ambiciosos realizaron con la efigie de Enrique IV. Y sois vosotros, señores avileses, la única nota viril y simpática, cerca de aquella empresa sediciosa; porque fuísteis leales, y fuísteis caballeros, no entregando vuestras voluntades al Arzobispo revoltoso, y poniendo vuestros corazones al compás del de aquella mujer modesta, infanta Isabel, que no quiso, aunque se le ofreció la corona, ser traidora a su Rey y hermano: dando así Avila una prueba de que está bien llamada Avila de *los Leales y de los Caballeros*; y haciendo presentir la noble Infanta castellana, que está en ella preparada por la mano de Dios, la más grande Reina que han visto las historias de los pueblos, la reina inmortal del descubrimiento de América, Isabel I de Castilla, de León, de Aragón y de Navarra.

Todo ésto, amabilísimos oyentes, y mucho más que no sé decir, contábale yo anoche a una persona que está presente, para mí muy querida, y contábalo, como si un cinematógrafo del pasado se recorriera a sus ojos. Lleno de la santa impresión de las grandezas de antaño, me acordé de vuestras glorias personales, y pasaron ante mí vuestros Vicentes, vuestras Teresas, vuestros *Tostados*, vuestros Avilas, vuestros Renjifos, los Santos, los literatos y los guerreros, y acordándome de la hospitalidad que nos dispensáis, de la energía de vuestros varones, de la belleza de vuestras damas y de la esplendidez de esta tierra ... allí, en aquel lugar sagrado, en la muralla del ábside de la Catedral avilesa, sin olvidar que soy andaluz, porque, para olvidarlo fue-

ra preciso sacar la sangre de mis venas, y arrancarme con el alma la naturaleza espiritual de mi raza, sin olvidar que soy lo que soy, eché la mirada inquieta sobre los campos de Castilla, y en un arranque de amor, que todos los españoles llevamos en el corazón por esta vieja tierra de los Santos y de los heroes, me declaré castellano. Y luego, como si en el alma de las ideas se concretaran más estas impresiones y se fijaran definitivamente las emociones de la sensibilidad, recogí solemnemente mis facultades, paseé la vista por la ciudad dormida, y con una lágrima que me trajo a los ojos la musa aristocrática de la historia y de la poesía, pensé en todo lo que habéis sido y lo que sois, y me declaré hermano vuestro, me hice avilés.

Si no fuera ahora mismo avilés, no podría ofrecer en vuestro nombre al Emmo. Cardenal que nos preside, el testimonio de vuestros respetivos afectos, y tampoco podría abrazar a la Peregrinación sevillana, diciéndole de vuestra parte que los andaluces hemos ganado vuestro corazón y entrado en vuestra Ciudad escalando las murallas y haciéndoos prisioneros de nuestro cariño.

Siendo como soy andaluz, en nombres de las andaluzas peregrinas, hago un ramillete con las rosas más puras del Guadalquivir y con los más ricos azahares de nuestros limoneros, y lo pongo sobre las frentes de las paisanas de Santa Teresa de Jesús, flor más pura y más bella que todas las que ofrecemos de las orillas de nuestro río, y en nombre de los varones de la Peregrinación, extendiendo el brazo, abro la mano, estrecho las vuestras, y firmo unas paces de amor que durarán tanto como nuestra vida, más que nuestras vidas, porque las legaremos a nuestros hijos en una risueña tradición fraternal.

Voy a concluir; pero antes de sentarme tengo que declarar que yo no me quedo con esas ovaciones con que vosotros amablemente me habéis obsequiado. Si yo

me quedara con ellas, lo que es en vosotros un cariño, sería para mí un veñeno. Un adarme de lisonjas y de aplausos pueden dar al traste con un mundo entero de modestia; excuso deciros lo que pasaría, si sobre los adarmes de mi modestia dejara caer los mundos de vuestros aplausos.

No: pongamos esos aplausos en un lugar más sereno. Los vamos a entregar a las señoras, para que los perfumen con sus manos y los depositen a los pies de Teresa de Jesús, que allí no hay peligro; porque Teresa los coge y los manda al Corazón de Jesús, único digno del homenaje de nuestros aplausos y de la gloria que en justicia le es debida. Además; así, habremos convertido el simple aplauso en aplauso plegaria, en aplauso-oración...

HE DICHO.



II

Discurso pronunciado en la noche del 2 de Julio, en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca, con motivo de la Velada con que la Peregrinación Sevillana obsequia a Santa Teresa de Jesús, por el expresado y benemérito pedagogo señor Siurot.

EMMO. Y RVMO. SR.:

EXCMOS. SRES.

SEÑORAS:

SEÑORES:

(El orador comienza haciendo la señal de la Cruz)

He empezado santiguándome, señores, no por vana ostentación de religiosidad afectada, sino por causas bien distintas, A los que aman sólo la naturaleza y en ella creen solamente, les es permitido tomarla en los labios como invocación feliz, al empezar su trabajo. Y así como yo no me molesto, porque un señor naturalista escoja lo más bello y simbólico que en la naturaleza haya, por ejemplo, una rama de laurel, y refresque con ella la pensadora y cansada frente, pido correspondencia de voluntades para mí, en este particular, ya que nosotros, y yo especialmente por ser el que habla, ama-

mos la naturaleza, pero amamos más a Cristo, y tenemos un signo integral de los dos amores: la Cruz, que es de la naturaleza, por ser madera de un árbol, y es divina por tener sangre de Jesús, Naturaleza y Cristo, todo junto lo pongo, pues, sobre mi frente para inspiración de mis palabras.

Yo pensaba, Eminentísimo Señor, que esta peregrinación fuera para mí un descanso; y para ello acaricié la idea de embarcarme en la dulce inadvertencia de la gran comunidad; pero he aquí que la palabra de Vuestra Eminencia me obliga precisamente a lo contrario. La voluntad de mi Prelado es una ley para mí

Yo os felicito, Señor, y conmigo la Peregrinación entera. Os felicitamos porque estáis muy contento, y estáis muy contento, porque la Peregrinación va por su camino triunfando espiritualmente. Ordenada, devota, alegre y cristiana, viene desde los pueblos del sur, y al pisar hoy la Ciudad ilustre donde Vuestra Eminencia naciera, recoge del alma de su egregio Pastor todas las alegrías, y las hace suyas. Os agradecemos con todo nuestro corazón que nos hayáis traído por estas benditas tierras, tierras reales, porque no hay soberanía más levantada, ni realeza más pura, que la que debe su cetro a las sublimidades de la historia y a las magnificencias del arte. Os agradecemos las fatigas, los trabajos y los desvelos que os ocasiona el hecho de compartir con nosotros las molestias de la expedición; y sobre todo, llega nuestro agradecimiento al límite, cuando nos honráis como no merecemos, poniendo todos los prestigios de vuestra personalidad en la presidencia de este acto, que es nuestro: porque si nosotros no estuviéramos al respaldo de la presidencia de nuestro Cardenal, no podríamos ostentar título alguno para estar en este sitio, cuyo sólo nombre descarta toda suerte de elogios, por innecesarios. Estamos celebrando una fiesta literaria en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca.

Y a vosotros, compañeros de la Peregrinación andaluza, también mando desde esta nobilísima tribuna todo mi cariño y toda mi felicitación. ¡Señores Peregrinos de Santa Teresa de Jesús, entusiastas amantes de ella!, yo os felicito porque habéis colocado vuestros deseos y hecho girar vuestras voluntades alrededor de la figura más grande y más completa de España.

En efecto, cuando nuestra Patria había llegado a la cima culminante de su grandeza, no parece sino que Dios quiso hacer algo así como el resumen, como una concreción de todas las virtudes de España, y tomando de los senos misteriosos donde elabora eternamente sus creaciones, una voluntad firme, una voluntad celta, y uniéndola con una actividad como de tierra de Galicia, con una laboriosidad de Cataluña, con un corazón aragonés, y una inteligencia de Levante, y un ingenio, una gracia y una donosura de Andalucía, con una severidad extremeña, y equilibrándolo todo con el santo equilibrio del alma castellana, dijo: *¡que Teresa sea!* y Teresa fué, y un grito de júbilo resonó triunfante en los ámbitos del Cielo, y acá abajo en la tierra se dilataron los meridianos de la meditación y hubo que agrandar el ecuador de la esfera espiritual, para que cupiera dentro de ella el pensamiento de mi Patria y mi raza.

Una vez creado el tipo-compendio, el tipo-resumen, el esquema de la edad de oro de nuestro pueblo, permitió Dios que distintos seres de la creación llegaran a Teresa para ofrecerle la ofrenda de sus bienes: y vinieron las hormigas del campo, y en aquellas manos blancas, finas, hicieron hormigueros de actividad; y hormiguero de continuados e inacabables trabajos fué la vida de la Santa, que nadie como ella se sometió al servicio de todas las variedades de la labor diaria; y así, aquellas manos que acababan de soltar la pluma con que se escribieron *Las Moradas*, barrían el suelo, cosían la ropa y se entregaban a todos los pormenores, muchas veces

deprimentes, del trabajo doméstico; lo cual no obsta para que, un momento después, estuvieran rígidas, pálidas, extendidas hacia el Cielo, como brújulas del norte de Dios, como flechas de carne lanzadas por el per samiento humano a los misterios de la divina contemplación.

Vinieron también las abejas del prado, y como traían esencias de las flores del bosque, formaron un panal de miel en el corazón de Teresa, cuya miel pura y rica destilose en aquellas poesías, que la aristocracia del buen gusto proclama hoy como tesoro inapreciable del arca olorosa del habla de Castilla, y de la cual, juntamente con el arte divino de Juan de la Cruz, ha dicho lleno de unción estética el más elocuente de todos los críticos de la tierra americana: «cuando se leen los versos de estos poetas, se experimenta la belleza que gustara un hombre pensativo al pasear por el campo en la soledad del crepúsculo, si herida de la dulce melancolía de la tarde, llegara a sus oídos desde las lejanías de poniente la voz humilde de la campana de la aldea que toca el *Angelus*.»

Y vinieron seres del orden inteligente, chispas de la vieja fragua de la Universidad de Salamanca y de la recién encendida de Alcalá, chispas que habían saltado de los fuegos espirituales de los libros del saber español y que prendieron en la mente de la Santa, despertando aquellos soberanos pensamientos que informan la más original filosofía y la más personal e interesante concepción teológica, que vimos acá por estas tierras de filósofos y teólogos; chispas que, al par que incendian, equilibran, porque hijos del entendimiento de Teresa son también los famosísimos y bien acordados proyectos de reformas en el orden práctico religioso, que acreditan a Santa Teresa como mujer completísima, que si tiene la frente tan alta que llegaba al Cielo, tiene los pies admirablemente plantados sobre las realidades del mundo.

Entonces las palomas de lo azul, no de ese cielo por donde van las nubes, sino del Cielo por donde van los Angeles, envidiosas de estos homenajes de las criaturas de la tierra, bajaron a los ojos de la Santa e hicieron en ellos nidos de luz y de amor; y como las palomitas venían tantas veces del cielo a los ojos, y de los ojos al Cielo, Teresa aprendió el camino y sorprendió arrobada los secretos de la divinidad, metiendo sus ojos de carne más allá de las fronteras del mundo de los espíritus. Al verla absorta en la contemplación, extática, transverberada, descubriendo ansiosa en alas de la luz el oceano infinito del amor, finge la mente a los pies de la mujer divinizada, su inmensa obra humana que lo abarca todo, y surge con fuerza irresistible la expresión comprensiva de la representación tan perfecta que es ella de España. Porque, en efecto, no hay pensador español que no la estudie, ni poeta que no suspire por ella, ni aventurero que no se sienta movido del ejemplo de esta *Aventurera* sin igual en los negocios de Dios, ni teólogo que no tenga con ella relaciones estrechas de vocación y estudio, ni espíritu movedizo de la raza, que va a América, que va a Africa, que va a Oceanía, que no se inspire en aquella monja andariega, pobre, alegre, austera, ideal, mística, hidalga e incansable, como esta España generosa e inmortal, que ha tenido en su Santa hija el retrato más acabado de su grandeza.

Por eso, cuando durante nuestra Peregrinación he oído gritar muchas veces *¡viva Santa Teresa!*, otras tantas han llegado a mis oídos esos *vivas*, como si fueran a España, y por eso, rendido a los pies de la mística sin igual, y tocando con nuestras plantas este glorioso solar de la ciencia española, que no otra cosa es este Paraninfo, casa ilustre que ya era vieja cuando no habían nacido otras universidades europeas, que parecen haberlo olvidado, digo, que saturado del puro amor de España, siente uno en estos lugares venerandos, ansias vehe-

mentos de cerrar contra esos malos patriotas, que sin hacer nada para curar los defectos de su Patria van a pregonarlos con regocijo a la casa de nuestros adversarios.

Yo de mí sé decir, señores, que aún me vive mi madre, mi vieja y bendita madre. Es claro, que mi madre no puede ser una divinidad sin defectos; así pues, yo con mi inteligencia puedo comprender defectos de mi madre, pero para eso nos ha puesto Dios el corazón en el pecho a los hijos, para que cubramos con el pabellón de nuestra sangre los defectos de las santas progenitoras de nuestras vidas. Es evidente que será un buen hijo el que, con sacrificios y esfuerzos, trate de borrar los defectos de su madre; pero esos detractores de la augusta ancianidad, profanadores de sus sagradas arrugas, violadores de la santidad de sus canas, que alguna vez por defectos reales y las más veces por defectos imaginarios, no solamente no se entristecen ni preocupan, sino por un *snobismo* criminal, van a la casa del vecino para entregar a la chacota y al escarnio la intimidad inviolable de su patria... ¡ah!, para eso no cabe más recurso que calar la visera, apretar la lanza, y sin cuidarnos del escudo, porque los cobardes no se defienden, echarles encima a Rocinante y atropellarlos, que en esto de patear a fementidos y canallas, tiene la ilustre cabalgadura una maestría sin igual.

Vamos haciendo el recorrido de los términos que marcan el principio y el fin de esa vida superior, cuyo circuito se abre en Avila y se cierra en Alba de Tormes. Ayer en Avila, conmovidos, visitamos la cuna de la Santa, el Convento de sus dudas y tribulaciones, aquel otro que patentiza su fundación inicial, cuenta primera del rosario de sus creaciones religiosas; y mañana, en Alba de Tormes, nos mostrarán el corazón de Santa Teresa, que ha sobrevivido materialmente a los siglos, para enseñar a todas las generaciones que hay que te-

nerlo tan fuerte, tan grande y encendido, que lo respeten la destrucción y la muerte, haciendo de él una excepción privilegiada en los decretos de sus universales influencias; para que los que amen a la Patria y a Dios y busquen por esos dichosos caminos altas cumbres de nobleza, sepan que es él, el corazón, la herramienta divina con que vamos a derrotar al mundo y a conquistar la gloria.

Pero, señores: entre Avila y Alba está Salamanca, la docta, la antigua, la grande.

¡Qué orgullosos estaréis, amabilísimos oyentes, de ser hijos de Salamanca, que en pleno siglo XIII enciende el faro de la ciencia, que es esta Universidad, y en tiempos anteriores ha levantado en el aire ese otro faro de la Fe, que es vuestra Catedral vieja! Con esos dos faros se alumbra la civilización.

¡Ah! tened por verdad inconcusa que nos han enseñado los tiempos, que son esos factores, sillares indestructibles de los pueblos fuertes, y estad ciertos de que es esa la causa de la hegemonía gloriosísima que habéis ejercido en España.

Yo he paseado vuestras calles y admirado vuestros monumentos. Yo me he clavado en el suelo, rendido ante la belleza de esa Casa de *las Conchas*, que parece una sonrisa de la piedra, o el sueño de un poeta arquitecto que ha escrito estrofas descompuestas de original encanto, en un idioma que hablará dulces impresiones a los artistas de todos los tiempos y escuelas.

Yo he sentido la caricia de las edades pasadas, delante del prodigio plateresco de la fachada de la Universidad, en ese paralelogramo que preside la estatua de Fray Luis; y, religiosamente recogido, me he sentado en los bancos de la cátedra perdurable del Maestro León. Yo he permanecido mudo, sin juicio, ante la formidable portada de los Dominicos, y he mareado la vista y sofocado la mente ante las puertas desesperan-

tes de la Catedral Nueva; y cuando he espaciado los ojos en el patio de los Irlandeses, y en las filigranas de la Diputación, y en las mil bellezas que la Ciudad encierra, he formulado en mi pensamiento esta sentencia: «Verdaderamente, que es la perla del Tormes algo que no tiene rival en España.»

El pueblo cristiano del occidente europeo, al poner sobre la arquitectura pagana la particular fisonomía de su temperamento religioso, dió lugar al arte visigótico primero, y al románico después. Esa misma adaptación realizada por los pueblos de Oriente dieron vida al arte bizantino. Pues bien; el monumento insigne de vuestra Ciudad es esa famosa Catedral Vieja, donde en una conjunción originalísima se han dado un abrazo genial el arte de Occidente y el de Oriente, el románico y el bizantino; románica la traza, bizantinos el ábside y el cimborrio: y al observar yo la facultad de fina adaptación que representa el enlace de dos civilizaciones extremas, aunque hermanas, en una sola expresión de belleza, he pensado: «Si estos salmantinos son capaces de unir dos extremos de Europa, con mucha más facilidad abrirán sus brazos para recibir en ellos el alma de Sevilla, fundiendo así en un momento de amor al Centro con el Mediodía de la patria.

Señores: al recibir a Sevilla, recibís su ascendencia fenicia y romana, abolengos que caen del lado allá de la era de Cristo. Ella ha compartido con Toledo el dominio y pensamiento de la civilización visigoda. Nosotros, los andaluces, hemos escrito las *Etimologías*, y hemos, durante los árabes, asombrado al mundo con la fama de nuestros filósofos, la fantasía oriental de nuestros arquitectos y la práctica de nuestros agricultores. Sevilla ha sido la glorificación de San Fernando, y la leyenda de Don Pedro el Cruel. Sevilla es su Catedral y su Giralda, esa torre singular que tiene el cuerpo moro y la cabeza cristiana, y que, como es muy alta y muy

grande, hace mucha sombra, y como hay allí tanto sol, mucha sombra es siempre... buena sombra.

Sevilla es la floración tropical de una miriada de poetas, y el país clásico de los artistas, que un día quiso pintar la tierra y suscitó el genio de Velázquez, y otro, pintar el cielo, y vino Murillo. Sevilla os trae finalmente, señores salmantinos, toda la sustancia de la tierra andaluza; porque vienen con nosotros la cultura de Cádiz, los arrestos morunos de Córdoba, el flechazo gitano de Málaga, la canturía sentimental granadina, y la propia simpatía comunicativa de la metrópoli, gloria del Guadalquivir y de España.

Vuestra actitud para con mis palabras me indica claramente que aceptáis el abrazo que os ofrece la Peregrinación andaluza.

Pero no quiero sentarme sin nombrar aquí, en este recinto, a mi noble tierra onubense.

Yo he visto esta tarde, conmovido, en el pórtico de San Esteban, la lápida conmemorativa que la Junta del Centenario del Descubrimiento de América dedicara al fraile compañero de Colón, amigo en sus adversidades, aliento en sus desmayos, luz en sus noches y guía de sus pasos, inmortal e ilustre, Diego de Deza.

Vosotros tuvisteis aquí a Deza, nosotros tuvimos allá a Marchena y los Pinzones. Nos une la epopeya más grande que han realizado los hombres. Huelva y Salamanca se dan la mano para facilitar el hecho inaudito de redondear el planeta. ¿Seréis vosotros capaces de aceptar un apretón de manos de mi pueblo, que tiene esos títulos tan esclarecidos para la consideración de la Historia?

Colón representa, en el Descubrimiento, la ciencia; Martín Alonso, nuestro hombre, la fe, el carácter, la voluntad, la acción. Son éstas dos cosas tan iguales, que no puede exaltarse a la una con olvido de la otra; Martín Alonso es mi raza, mi sangre, mi terruño.

Cuando la insubordinación de la *Santa María*, Colón, el genio, vaciló un momento, que también las montañas tiemblan; y entonces, el marino de mis playas, le dijo por el telégrafo de señales: *Cuelgue vuestra merced de las antenas del barco a esos revoltosos cobardes, que nosotros tenemos decidido descubrir las tierras nuevas o morir en el mar; que de ese modo cumplimos los mandatos de los Reyes de Castilla y Aragón.*

Por eso, señores, la Rábida, el convento humilde que se levanta en la confluencia de los ríos sagrados Tinto y Odiel, permanece impávida ante las tempestades del Tenebroso, porque saben muy bien las olas del mar violado por nuestra gente y vencido por nuestra entereza, que contra ella no pueden nada la fuerza ni los elementos, porque está ella sostenida eternamente por el genio y las ideas

HE DICHO.



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Dedicatoria	V
Prólogo	VII
Carta abierta	XI
Telón de boca	13
Capítulo I.—De Sevilla a Madrid.	19
Capítulo II.—En Madrid	37
Capítulo III.—De Madrid a El Escorial.	47
Capítulo IV. En El Escorial	51
Capítulo V.—De El Escorial a Avila.	59
Capítulo VI.— En Avila.	67
Capítulo VII.— Fiestas en Avila y visita de Monumen- tos	73
Capítulo VIII.— En el Convento de la Encarnación	85
Capítulo IX. Camino de Salamanca.	93
Capítulo X. En Salamanca	99
Capítulo XI.— Visita de Monumentos en Salamanca.	111
Capítulo XII. La Velada	121
Capítulo XIII.—En Alba de Tormes.	149
Capítulo XIV.—Viaje de regreso	161
Capítulo XV.—Proyectando un homenaje	169
Epílogo	175
Apéndices.— I. Discurso improvisado, pronunciado en la noche del 30 de Junio en la Solemne Velada con que la Cámara de Industria y Comercio, de Avila, obsequia al Emmo. Sr. Cardenal Almaraz y Santos y a la Peregrinación Sevillana, por el Sr. D. Ma- nuel Siurot, Abogado de Huelva y Profesor de las Escuelas del Sdo. Corazón de Jesús de la misma Ciudad.	177
II. Discurso pronunciado en la noche del 2 de Julio, en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca, con motivo de la Velada con que la Peregrinación Sevillana obsequia a Santa Teresa de Jesús, por el expresado y benemérito pedagogo Sr. Siurot.	185

